

Tarinta

COSTA RICA MÁGICA:

cuentos coloridos de animales, mar y personas



Racconti colorati di animali, mare e persone.



BERNAL DELGADO CASTRO

Traducción español-italiano: Goffredo Pantalone.



Tarinta

COSTA RICA MÁGICA:
cuentos coloridos de animales, mar y personas



Racconti colorati di animali, mare e persone.

863.44

D352t Delgado Castro, Bernal

Tarinta Costa Rica mágica: cuentos coloridos de animales, mar y personas / Bernal Delgado Castro. -1ª ed.- San José, CR : Litografía e Imprenta LIL, S.A., 2014.

140 p. : il. 28x21,6 cm.

ISBN 978-9977-47-459-5

1. Cuentos costarricenses. 2. Literatura costarricense.

I. Título

Segunda edición 2021

Edición Digital

Traducción español-italiano: Goffredo Pantalone.

Diagramación: Aire Studio S.A

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido, textos e imágenes de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de su autor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida de conformidad con la Ley de Derechos de Autor.

Índice

Dedicatoria.	8	El bosque.	50
Dedica.	9	Il bosco.	51
Prefacio.	10	La danza.	52
Prefazione.	12	La danza.	53
Nota del autor.	15	La Güirrizza.	54
Nota dell' autore.	17	La Güirrizza.	64
		El cacique.	70
La mariposa.	20	Il cacicco.	71
La farfalla.	24	La india.	72
La mujer.	28	L'india.	73
La donna.	29	El caballo.	74
Tarinta.	30	Il cavallo.	82
Tarinta.	34	El estero.	88
El bongo.	38	La foce.	89
Il bongo.	39	Las islas.	90
El rancho.	40	Le isole.	91
La fattoria.	41	El golfo.	92
El Gallo.	42	Il golfo.	93
Il Gallo.	46	Los tesoros.	94

I tesori.	95	El mero.	164
El toro.	96	La spigola.	165
Il toro.	102	El jaguar.	166
El manglar.	106	Il jaguaro.	172
Il mangroviato.	107	Soy.	178
El róbaló.	108	Sono.	179
Il branzino.	114	El armadillo.	180
La noche.	120	L'armadillo.	186
La notte.	121	El cazador.	192
La garza.	122	Il cacciatore.	200
L'airone.	128	Respeto.	206
El mar.	134	Rispetto.	207
Il mare.	135	Juana Teresa.	208
El cocodrilo.	136	Juana Teresa.	209
Il coccodrillo.	142	El almuerzo.	210
El río.	148	Il pranzo.	211
Il fiume.	149	¿Y entonces...?	212
El venado.	150	E allora...?	213
Il cervo.	158		

Dedicatoria

Dedico mis cuentos y poemas incluidos en este libro a mi padre, Paulino Delgado Diez Dobles, el cazador que dejó de serlo, de quien conservo hermosos y valiosos recuerdos. Al ser humano inteligente, comprensivo, bondadoso y sensible que siempre fue. Los dedico también a todas aquellas personas que han dedicado su tiempo, su intelecto y su esfuerzo a la conservación y protección de nuestra madre naturaleza.

A todos aquellos que han perdido su vida luchando por este elevado propósito.

También a aquellas organizaciones que se esfuerzan a diario por el bien común, mediante la conservación y protección de los recursos naturales, de la flora y de la fauna de nuestro hogar, el planeta tierra.

Bernal Delgado Castro.

Dedica

Dedico i miei racconti e poesie contenuti in questo libro a mio padre, Paulino Delgado Diez Dobles, il cacciatore che smise di esserlo, del quale conservo preziosi e bei ricordi. All'essere umano intelligente, comprensivo, buono e sensibile che è sempre stato.

Li dedico anche a tutte quelle persone che hanno dedicato il loro tempo, il loro intelletto ed il loro sforzo alla conservazione e protezione della nostra madre natura.

A tutti coloro che hanno perso la loro vita lottando per questi alti propositi.

Anche a quelle organizzazioni che si sforzano quotidianamente per il bene comune, mediante la conservazione e protezione delle risorse naturali, della flora e della fauna della nostra dimora, il pianeta terra.

Bernal Delgado Castro.

Prefacio

Este libro de cuentos y fotografías ha sido escrito y diseñado por un grupo de estudiantes de italiano de la Asociación Cultural Dante Alighieri en San José, Costa Rica, junto con su profesor, para proponerlo a todos los que quieran estudiar la lengua italiana por medio de los relatos que presentamos en él.

Viene publicado en los dos idiomas, español e italiano, para que lo pueda leer cualquier persona que hable español, pero que todavía no conoce la lengua italiana, o por personas que hablan italiano pero que desean aprender el idioma español.

Estos cuentos son historias acontecidas en la realidad. Los protagonistas son personas reales que vivieron estas aventuras.

La elección de los cuentos sigue un hilo común en el que los personajes interactúan con algunos animales que son parte de la fauna de Costa Rica. Tenemos así a un jaguar, un lagarto, un caballo, un venado, un gallo, una güiriza, un toro, un róbalo, una garza, una mariposa.

El escenario común es aquel de los paisajes y del clima costarricense, como los manglares de Puntarenas o las playas del Pacífico, pero también las cantinas y los mercados visitados por los protagonistas.

Las personas que viven estos sucesos forman una sección extremadamente colorida del pueblo de Costa Rica, con sus costumbres, sus debilidades o su nobleza; cuando se cruzan con los animales se manifiesta su personalidad, en el bien y en el mal.

Tenemos así a Orontes, violento y siempre metido en riñas, que luchando con un gallo resulta derrotado y no aprende ninguna lección. Fulgencio, que debido a la pelea con su caballo hasta sale de ello mutilado por siempre en el físico, perdiendo su trabajo de carretero en el mercado de Puntarenas. Paulino en cambio, fanático de la cacería y padre de Bernal Delgado, el autor

de este libro, vive aventuras fantásticas con sus eventuales presas, como un jaguar, un venado y un lagarto, animales de alguna forma mágicos que logran entrar en su ánimo y transformarlo: de hecho dejará de cazar por el sólo gusto de conquistar, como trofeo de caza, la piel de sus víctimas.

Pero tenemos también bellas personas como Carolina, que recibe el don de una mariposa que se posa en su cabellera durante dos semanas seguidas.

Alrededor de cada uno de los protagonistas giran otros personajes muy coloridos y a veces divertidos, con sus apodos típicos de la cultura popular costarricense que denotan sus características más destacadas, como el Macho Marimba, el Negro Violeta, el Flaco, Pepe Maraca, y también tenemos el Indio Gregorio, auténtico chorotega de Guanacaste, poseedor de una sabiduría antigua, en perfecta simbiosis con la naturaleza en todas sus hermosas manifestaciones, puesto a protección de su belleza y misterio.

La naturaleza es la otra protagonista de estos relatos, magnífica e inmutable, descrita con tonos delicados con colores casi pasteles, por la cual algunos de los personajes, en ocasiones, quedan fascinados y se demoran unos instantes para gozar de su belleza.

Este es un libro sencillo, que quiere poner de relieve una Costa Rica diferente de los estereotipos propuestos por las agencias turísticas, que llevan los turistas al puente del río Tárcoles para fotografiar y arrojar comida a los cocodrilos, sobre los cuales el National Geographic ha hecho un estudio acerca de sus tamaños anormales, debido a la costumbre de alimentarse sin necesidad de cazar. O a la de una Costa Rica de los fast food o de los celulares de última generación, en contraste con la historia de su gente acostumbrada a comidas frugales y hábitos sencillos y esenciales.

Goffredo Pantalone

*Docente a la Asociación Cultural Dante Alighieri
San José, Costa Rica*

Prefazione

Questo libro di racconti e fotografie è stato scritto e disegnato da un gruppo di studenti di italiano della Associazione Culturale Dante Alighieri di San José, Costa Rica, insieme al loro professore, per proporlo a tutti coloro che vogliono studiare la lingua italiana attraverso le storie che in esso presentiamo.

Viene pubblicato nei due idiomi, spagnolo e italiano, perché possa leggerlo qualsiasi persona che parli spagnolo, ma che non conosce ancora la lingua italiana, o persone che parlano italiano che però desiderano imparare l'idioma spagnolo.

Sono storie accadute realmente. I protagonisti sono persone reali che vissero quelle avventure.

La scelta dei racconti segue un filone comune dove i vari personaggi interagiscono con degli animali che fanno parte della fauna del Costa Rica. Abbiamo così un giaguaro, un coccodrillo, un cavallo, un cervo, un gallo, una güiriza, un toro, un branzino, un airone, una farfalla.

Lo scenario comune è quello dei paesaggi e del clima costaricani, come i mangrovieti di Puntarenas o le spiagge del Pacifico, ma anche le cantine e i mercati frequentati dai protagonisti.

Le persone che vivono queste vicende formano uno spaccato estremamente variopinto del popolo del Costa Rica, con le loro abitudini, le loro debolezze o la loro nobiltà; quando entrano a contatto con i vari animali si manifesta la loro personalità, nel bene e nel male.

Abbiamo così Orontes, violento e rissoso, che lottando con un gallo viene sconfitto e non impara nessuna lezione. Fulgencio, che dallo scontro con il suo cavallo esce mutilato per sempre nel fisico, perdendo il suo lavoro di carrettiere nel mercato di Puntarenas. Paulino invece, fanatico della caccia e padre di Bernal Delgado, l'autore del libro, vive avventure fantastiche con le

sue possibili prede, come un giaguaro, un cervo o un coccodrillo, animali in qualche modo magici che riescono a entrare nel suo animo e a cambiarlo: smetterà infatti di cacciare per il solo piacere di conquistare, come trofeo di caccia, la pelle delle sue vittime.

Ma abbiamo anche belle persone come Carolina, che riceve il dono di una farfalla che si posa sui suoi capelli durante due settimane. Attorno a ognuno dei protagonisti ruotano altri personaggi coloratissimi e a volte divertenti, con i loro consolidati soprannomi tipici della cultura popolare costaricana che ne denotano i caratteri salienti, come El Macho Marimba, El Negro Violeta, El Flaco, Pepe Maraca; e abbiamo anche l'indio Gregorio, autentico chorotega di Guanacaste, detentore di una saggezza antica, in simbiosi perfetta con la natura in tutte le sue splendide manifestazioni, posto a protezione della sua bellezza e del suo mistero.

La Natura è l'altra protagonista di questa collana, magnifica e immutabile, descritta con toni delicati dai colori quasi pastello, dalla quale alcuni personaggi, a tratti, sono affascinati e si fermano per qualche istante a goderne la bellezza.

È un libro semplice, che vuole mettere in luce un Costa Rica differente dagli stereotipi proposti dalle agenzie turistiche, che guidano i turisti sul ponte del fiume Tarcoles per fotografare e lanciare cibo ai coccodrilli, sui quali il National Geographic ha fatto uno studio per le loro dimensioni anormali, dovute all'abitudine di cibarsi senza la necessità di cacciare.

Un Costa Rica dei fast food o dei telefonini di ultima generazione, in contrasto con la storia della sua gente abituata a pasti frugali e abitudini semplici ed

Goffredo Pantalone

Docente alla Associazione Culturale Dante Alighieri



Nota del autor

.....

Mi padre, Paulino Delgado Diez Dobles, nacido en el año 1905, luego de decidir dejar la cacería, se dedicó a actividades asociadas a labores comunales en beneficio de Miramar, su lugar de nacimiento.

Dedicó también parte de su tiempo al apoyo de iniciativas dirigidas a la preservación de la flora y la fauna en las cuencas de los ríos en la zona geográfica de Miramar, incluyendo la cuenca del río Barranca, escenario de muchas de sus aventuras narradas en estos cuentos.

Para él la mayor prioridad se la dio a su familia, la cual formó con mi madre, Rosita Castro Vargas, con quien se casó en Puntarenas a principios de los años 40 del siglo pasado.

Vivió en San José con su familia a partir del año 1951. Tuvieron cinco hijos. Yo soy el tercero en el orden de nacimientos.

Falleció el 20 de julio de 1975 en Puntarenas.

Bernal Delgado Castro



Puntarenas, Costa Rica



Nota dell'autore

Mio padre, Paulino Delgado Diez Dobles, nato nel 1905, dopo aver deciso di lasciare la caccia si dedicò ad attività associate a lavori comunali in beneficio di Miramar, il suo luogo di nascita.

Dedicò anche parte del suo tempo ad appoggiare iniziative dirette alla preservazione della flora e la fauna nei bacini dei fiumi della zona geografica di Miramar, incluso il bacino del fiume Barranca, scenario di molte delle sue avventure narrate in questi racconti.

Per lui la maggior priorità la dette alla sua famiglia, che formò con mia madre, Rosita Castro Vargas, con la quale si sposò a Puntarenas agli inizi degli anni 40 del secolo passato.

Visse a San José con la sua famiglia a partire dell'anno 1951. Ebbero cinque figli. Io sono il terzo in ordine di nascita.

Morì il 20 luglio 1975 a Puntarenas.

Bernal Delgado Castro

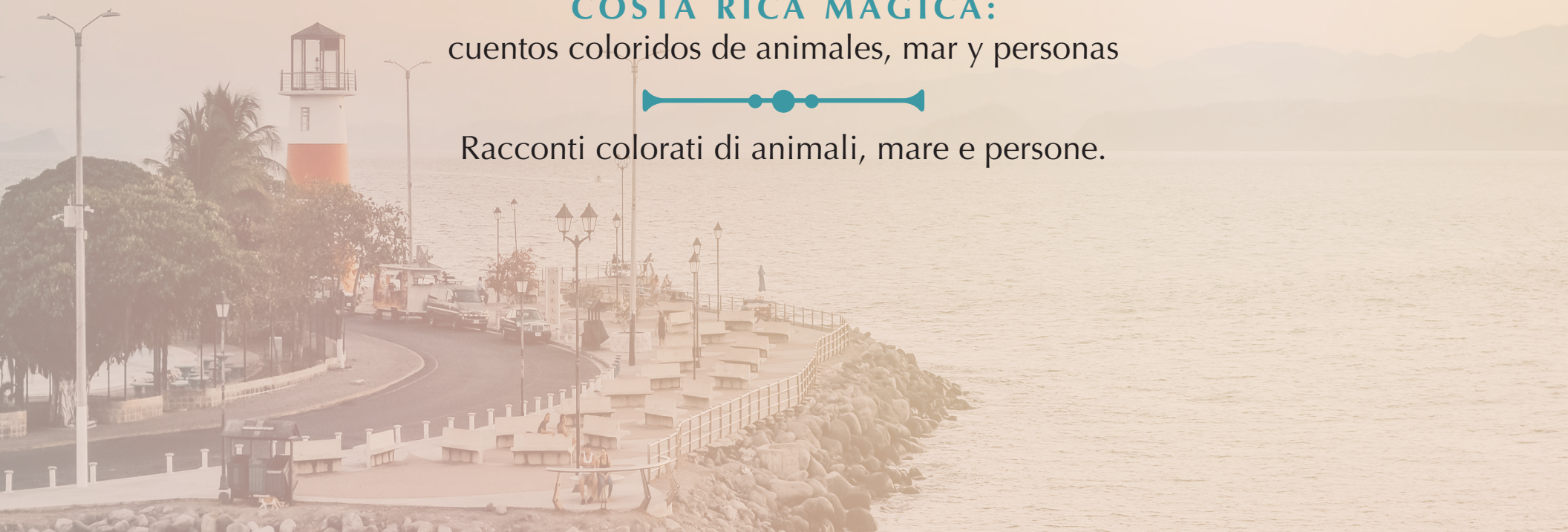
Tarinta

COSTA RICA MÁGICA:

cuentos coloridos de animales, mar y personas



Racconti colorati di animali, mare e persone.



La mariposa.

Corría el mes de julio. Un profesor y unos estudiantes de una asociación cultural para la enseñanza de la cultura y el idioma italiano, habíamos planeado un paseo a la desembocadura del río Barranca, allá en el pacífico seco de este lindo país.

La idea del viaje era aprovecharlo para que Lucía, estudiante de esa asociación y fotógrafa profesional graduada en la universidad, tomara algunas fotos de los manglares de esa parte de la costa pacífica. Con ellas ilustraríamos y adornaríamos una publicación que habíamos planeado hacer.

Ese día partimos de San José a las siete de la mañana. Era un día luminoso de una especie de veranillo que se estaba dando por esas fechas en el valle central. El camino, una vez salidos de la ciudad, era bonito, tranquilo y fresco, adornado por tramos con los lindos paisajes que se pueden admirar cuando se desciende el valle central hacia la costa pacífica.

Luego de un par de horas de viaje Lucía nos contó una linda historia. Era una vivencia que experimentó una mujer joven amiga suya. El relato me pareció muy bonito e interesante, por lo que decidí dejarlo escrito para que no se pierda con el pasar del tiempo.

Además, la historia me trajo el recuerdo de una muchacha que fue mi novia durante unas semanas en mi juventud. Terminado el amor efímero que vivimos, aquella mujer, de una manera o de otra, fue parte de mi vida y quedó para siempre en mis recuerdos. Ahora cierro mis ojos y puedo ver su cara joven y bonita.

¿Recuerdas amiga el amor que vivimos?.

Duró sólo tres semanas...

Éramos muy jóvenes, éramos adolescentes...

Aún recuerdo tu cuerpo delgado,

tu cara bonita y tus manos blancas...

tus caricias tan suaves...

tus besos tan dulces...

Contó Lucía que Carolina era una amiga suya. Por esos tiempos ambas tenían unos dieciocho años y vivían en la ciudad de Cartago, a unos veinte kilómetros de San José.

Un día, por la mañana, estando Carolina en el jardín de su casa, una linda

mariposa de color amarillo con café vino a posarse en su pelo largo. Se aferró al cabello en el lado derecho de la cabeza de la muchacha y ahí se quedó. Ella al principio no se percató de lo ocurrido, pero cuando entró a la casa, todos vieron la linda mariposa que adornaba su pelo negro.

Era una mariposa grande. Sus alas eran de color amarillo con café por un lado y café claro con blancuzco por el otro. El borde de las alas estaba enmarcado en una delgada línea un poco más oscura, lo que hacía un lindo contraste con los otros dos colores claros. El color café con amarillo de la mariposa, y el color del pelo de Carolina, constituían una linda combinación que se veía muy bien.

Ahí pasó la mariposa todo el día. Acompañó a Carolina por muchas horas. Todos fueron testigos de ese hecho tan poco común. Ella anduvo orgullosa con su mariposa por todos lados, dentro y fuera de la casa. Esto la hacía sentir especialmente contenta y animada.

Cuando cayó la noche de ese primer día, estando ella en su casa, de un momento a otro la mariposa desapareció. Carolina no supo adonde fue. Simplemente desapareció. Tal vez habría ido al jardín. Tal vez habría salido a volar de noche. Tal vez se la habría llevado el viento. Tal vez estaría parada en alguna flor que aún estuviera abierta a esas horas de la noche.

El amor nos llegó de pronto,

casi sin anunciarse...

Tu sonrisa tímida...

Mi mirada insegura...

El olor de tu perfume

y tu cara tan linda...

Fuimos tan felices...

Carolina durmió sin su mariposa, pero cuentan que por la noche todo su pelo se llenó de estrellas que habían caído del cielo negro. Las lindas estrellas eran pequeñas, verdes, azules y blancas. Cubrieron no solo su pelo, sino también sus pestañas y sus cejas. Además flotaban por todo el espacio de la habitación fresca y silenciosa.

Esa noche no se escuchaba ningún ruido. Sólo algunos podían percibir el sonido de la música del universo.

Así como el amor nos llegó de pronto,
supe que así también tenía que irse...

Tú lo sabías también...

Aunque nos quisiéramos tanto,
nuestro amor no era para siempre...

Así lo supimos desde el principio...

Pero pese a eso fuimos tan felices...

Estuvimos tan conformes...

A la mañana siguiente Carolina se levantó temprano, buscó su mariposa pero no la encontró. Fue al jardín y preguntó a las flores que si la habían visto, pero éstas le dijeron que no. Entonces preguntó a la luz del sol que si la había visto, pero ésta también le dijo que no. Carolina entonces entró a la casa, pero justo antes de entrar la vio venir. La mariposa voló un momento en torno a ella y se posó otra vez en su largo pelo negro. Entonces Carolina sonrió satisfecha.

Este segundo día la mariposa permaneció posada en su pelo mientras duró la luz del sol. Por la noche, igual que ocurrió la noche anterior, de alguna forma desapareció.

Al irse a la cama, poco antes de conciliar el sueño, de nuevo su pelo se llenó de estrellas. Y así lo hicieron también sus cejas y sus pestañas. Como la noche anterior, todo estaba fresco y silencioso. En la calma de la noche, sólo se escuchaba la música del universo.

Te viví tan poco tiempo,
pero he tardado tanto en olvidarte...

A veces, cuando duermo, pienso en ti...

Han pasado los años...

Pero no puedo dejar de recordarte...

Te quedaste por siempre en mi alma y en mi cuerpo...

Así pasaron dos días más. Carolina era muy feliz con su mariposa azul. Hasta que una mañana ésta no regresó.

Carolina la buscó durante horas pero no apareció. Tal vez estaría posada en alguna otra flor. Tal vez se la habría llevado el viento. Tal vez se habría ido tras un rayo de luz. Por alguna razón desconocida para Carolina, la mariposa se fue y nunca más volvió.

Sólo le quedó el recuerdo de aquellos días en que la mariposa la acompañó. Cuentan que por las noches, aún se vienen a posar las estrellas en su pelo negro, y la sigue acompañando la música del universo.

El motor del bote ronronea...

Y éste se mece movido por las olas del mar...

El agua verdosa se estrella contra las rocas...

A un lado veo el horizonte infinito...

Al otro lado admiro la Roca de Carballo...

Arriba brilla intensamente el sol de la mañana...

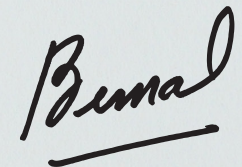
Escucho con cuidado...

Es la música del universo...

Es el rocoso acantilado milenario

que canta una canción de amor

a una linda gaviota que vuela llevada por el viento...



Julio, 2013.

La farfalla.

Era il mese di luglio. Lucia, Goffredo ed io avevamo programmato una gita alla foce del fiume Barranca, nel Pacifico secco di questo bel paese.

L'idea era di cogliere l'occasione del viaggio affinché Lucia, fotografa professionista laureata all'università, scattasse alcune foto dei mangrovieti di quella parte della costa pacifica. Con esse avremmo adornato e illustrato una pubblicazione che avevamo in mente di fare.

Quel giorno partimmo da San José alle sette del mattino. Era un giorno luminoso di una specie d'estate di quel periodo nel valle central. Il viaggio, una volta usciti dalla città, era bello, tranquillo e fresco; la strada era ornata a tratti dai bei paesaggi che si possono ammirare quando si discende dal valle central verso la costa del Pacifico.

Dopo un paio d'ore di viaggio Lucia ci raccontò una bella storia. Era un'esperienza che aveva vissuto una sua giovane amica. Il racconto mi sembrò molto bello, interessante e pieno di tenerezza, così decisi di scriverlo per non dimenticarmene e perché non si perdesse con il passare del tempo. Inoltre, mi fece ricordare una ragazza che era stata la mia fidanzata per alcune settimane durante la mia gioventù.

Terminato l'amore effimero che vivemmo, quella fanciulla, in un modo o nell'altro, entrò nella mia vita e rimase per sempre nei miei ricordi. Adesso chiudo gli occhi e posso vedere il suo viso giovane e grazioso.

Ricordi, amica, l'amore che vivemmo?
Durò solo due settimane...
Eravamo molto giovani, eravamo adolescenti...
Ricordo ancora il tuo corpo esile...
Il tuo viso grazioso e le tue mani bianche...
Le tue carezze così morbide...
I tuoi baci tanto dolci...

Lucia raccontò che Carolina era una sua amica. A quei tempi entrambe avevano circa diciotto anni e vivevano nella città di Cartago, a una ventina di chilometri da San José.

Un giorno, in un mattino soleggiato, stando Carolina nel giardino di casa, una bella farfalla di color giallo con caffè venne a posarsi sui suoi lunghi capelli.



Si afferrò ai capelli sul lato destro della testa della ragazza e lì rimase. Lei all'inizio non si accorse di ciò che era successo, però quando entrò in casa, tutti videro la bella farfalla che adornava i suoi capelli neri.

Era una farfalla grande. Le sue ali erano gialle e marroni da un lato e dello stesso colore, ma un poco più chiaro, dall'altro. I bordi delle ali erano marcate da una delicata linea, appena visibile, dello stesso colore però un po' più soave, che faceva un bel contrasto con gli altri due colori. Il colore della farfalla e il colore dei capelli di Carolina costituivano una bella combinazione che si vedeva molto bene.

La farfalla rimase lì tutto il giorno, accompagnando Carolina durante molte ore, e tutti furono testimoni di quel fatto poco comune.

Lei andava dappertutto orgogliosa della sua farfalla, dentro e fuori casa. Questo la faceva sentire specialmente contenta e animata.

Quando scese la notte di quel primo giorno, mentre lei era in casa, a un tratto la farfalla sparì. Carolina non seppe dove andò. Semplicemente sparì. Forse era andata nel giardino. O forse era uscita volando nella notte.

Probabilmente se l'era portata via il vento. Oppure si era posata su qualche fiore con i petali ancora aperti a quell'ora di notte.

L'amore ci è arrivato all'improvviso,
quasi senza annunciarsi...
Il tuo sorriso timido...
il mio sguardo insicuro...
La fragranza del tuo profumo
e il tuo viso così bello...
eravamo così felici...

Quella notte Carolina dormì senza la sua farfalla. Prima di addormentarsi, nell'oscurità della sua camera, pensò molto in essa. In realtà durante quel primo giorno si era affezionata all'animaletto. Si era davvero sentita lusingata del fatto che la farfalla avesse scelto lei per venire a posarsi sui suoi capelli neri. Questo la faceva sentire molto bene, però se n'era andata, e forse non l'avrebbe più rivista.

Quella notte non si sentiva nessun rumore: soltanto qualcuno poteva percepire il suono della musica dell'universo.

Così come l'amore ci giunse all'improvviso,
seppi che anche così doveva andarsene...

Anche tu lo sapevi...

Quantunque ci desiderassimo tanto,
il nostro amore non era per sempre...
Questo lo sapevamo fin dal principio...
Ma nonostante questo fummo felici...

La mattina dopo Carolina si alzò di buon'ora, cercò la sua farfalla ma non la trovò. Andò nel giardino e guardò i fiori quasi per chiedere loro se l'avessero vista, ma non ottenne risposta. Allora entrò in casa, ma proprio prima di entrare la vide venire. La farfalla le volò intorno un momento, quindi si posò di nuovo sui suoi lunghi capelli neri: lei si rallegrò molto e sorrise soddisfatta. In quel secondo giorno la farfalla rimase posta sui suoi capelli finché durò la luce del sole. Nella notte, come accadde il giorno prima, in qualche modo sparì.

Ho vissuto con te così poco tempo,
però ho tardato tanto a dimenticarti...
A volte, quando dormo, penso a te...

Sono passati gli anni,
ma non posso smettere di ricordarti...
Sei rimasta per sempre nella mia anima e nel mio corpo.

Passarono così altri dodici giorni circa. Carolina era molto felice con la sua farfalla.

Finché un giorno essa non tornò.

La ragazza la cercò per ore, ma non apparve. Forse si era posata su qualche altro fiore. Forse se l'era portata via il vento. Magari se n'era andata dietro un raggio di luce. Per qualche ragione sconosciuta a Carolina, la farfalla se ne andò e non tornò mai più.

Le rimase solo il ricordo di quei giorni in cui la farfalla la accompagnò.

La scomparsa della farfalla la rese triste e si sentì sola.

Però adesso, ogni volta che la ricorda, sente che continua accompagnandola la musica dell'universo.

Brontola il motore della barca...

e questa si culla mossa dalle onde del mare...

L'acqua verdognola si schianta contro gli scogli...

Da un lato vedo l'orizzonte immenso, infinito...

dall'altro ammiro la Rocca di Carballo...

in alto brilla intensamente il sole del mattino...

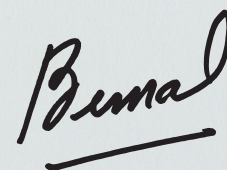
Ascolto con attenzione...

è la musica dell'universo...

è il roccioso dirupo millenario

che canta una canzone d'amore

a un bel gabbiano che vola sulle ali del vento.



Luglio, 2013.



La mujer.



La linda mujer está sentada
en una piedra grande en la ribera del río...
Su cuerpo desnudo apenas lo cubre
con un vestido amplio de color violeta...
Su piel muy blanca, su pelo negro, sus labios rojos...

Entonces comprendo,
es una escultura de mármol blanco
caída del cielo...

Le pregunto con voz insegura,
¿quién eres...?,
Me responde en silencio,
-¡Soy la madre del río...!

Bernal

Octubre, 2013.



La donna.



La bella donna è seduta
Su una pietra grande in riva al fiume...
Il suo corpo nudo è appena coperto
da un ampio vestito color viola...
La sua pelle bianca, i suoi capelli neri, le sue labbra rosse...
Allora comprendo,
è una scultura di marmo bianco
caduta dal cielo...
Le chiedo con voce insicura:
"Chi sei?"
Mi risponde in silenzio:
"Sono la Madre del fiume...!"

Bernal

Octubre, 2013.

Tarinta.

Fulgencio Chévez era un hombre raro. Tenía unos cuarenta y cinco años, pero estaba prematuramente envejecido. Eran ya muchos años de mala vida. Siempre le había gustado tomar guaro y por eso nunca había pegado con alguna de las compañeras que había tenido. Sentía especial afición por andarse metiendo en riñas de cantina, en las que siempre recibía muchos golpes y patadas. Casi nunca dormía bien pues, entre otras cosas, no tenía un lugar apropiado para hacerlo. Lo hacía en un cuarto que le alquilaban las hermanas Matarrita, cerca del barrio El Carmen, en Puntarenas. Además siempre se sentía mal del estómago y padecía de fuertes dolores de cabeza. Dormía a ratos, en medio de frecuentes sobresaltos y pesadillas. Él decía que era el diablo que lo perseguía desde joven.

Su gran compañero era el caballo de su carretón, con el que trabajaba en los alrededores mercado, jalando fletes para todo lado en la ciudad, especialmente para negocios de abarrotes y para algunas casas de habitación. El caballo era muy flaco y tenía las patas tan temblorosas, que parecía que se iba a caer en cualquier momento. Fulgencio le llamaba Tiburón, por los enormes dientes que se le veían cada vez que relinchaba.

Durante muchos años se había ganado la vida con su carretón. Se levantaba de madrugada y ya a las seis de la mañana estaba esperando fletes en la acera del mercado. Trabajaba todo el día y por ahí de las cinco o cinco y treinta de la tarde guardaba el caballo y el carretón, y se iba para su cuarto, allá en el barrio.

Se arrescotaba un rato y luego se bañaba, para después ir a comer a alguna de las fondas que en ese entonces había en los alrededores del mercado.

Terminaba el día tomando guaro en alguna de las cantinas en donde él tenía amigos y conocidos.

Así había vivido casi toda la vida, desde joven, cuando llegó de Tambor, puerto del golfo en donde había nacido de una familia muy pobre y numerosa,

aunque sin suerte para lograr algo mejor que un carretón para sus hijos, o un trabajo humilde en la ciudad para sus hijas.

Ese lunes del mes de octubre había llovido desde horas de la madrugada. Se trataba de un temporal, bastante corriente para esa época del año. Todo estaba mojado y, aunque parezca raro en ese puerto, hacía frío.

Fulgencio amaneció borracho y como estaba lloviendo no se levantó temprano. Se quedó durmiendo la mona, como él decía cada vez que despertaba sintiéndose mal por efecto del licor que había tomado la noche anterior.

Por ahí de las once de la mañana se levantó para ir a ganarse algo al mercado. Seguía lloviendo. Era una garúa necia que mojaba bastante. La verdad es que él no tenía ganas de trabajar ese día. Llovía mucho y el negocio estaba malo. Decidió entonces dejar el carretón frente a la cantina en la que entró a tomar unos cuantos tragos. Ahí se encontró a Didier Tejada, un panameño que jalaba sacos y otras cargas en el mercado y que por esos días andaba de fiesta. Tenía unos cuatro días de tomar sin parar.

Ahí estuvo tomando Fulgencio, hasta que como a las cuatro de la tarde, ya muy borracho y enojado porque no paraba de llover, decidió darse de golpes con el Tiburón, el caballo que jalaba su carretón.

Salió entonces de la cantina, balanceándose tanto que parecía que se iba a caer. Se paró tambaleante frente al caballo y empezó a insultarlo, culpándolo de su mala suerte y de no haberse ganado nada ese día.

Como el caballo lo ignoraba, Fulgencio se fue enojando cada vez más, hasta que emprendió a puñetazos contra la cara del Tiburón, que empezó a resoplar asustado ante el ataque de su amo. Didier lo observaba en silencio desde la puerta de la cantina.

De pronto ocurrió algo que yo no esperaba que sucediera.

El Tiburón le a lanzó a Fulgencio un formidable mordisco. Sus grandes dientes le arrancaron los labios, el superior y el inferior, y el carretonero quedó con sus amarillentos dientes expuestos, como si se estuviera riendo. Nadie vio si el caballo se los comió o si los escupió en la calle arenosa. El asunto es que nadie se fijó donde terminaron sus labios.

Fulgencio estaba enfurecido y cargó a patadas contra el caballo que empezó a recular, asustado, hasta pegar el carretón contra otro caballo que estaba detrás de él.

Intervino entonces la gente que en ese momento pasaba por ahí, y lograron controlar a Fulgencio que, articulando mal los sonidos, vociferaba y gritaba palabrotas contra el caballo, al que juraba que iba a matar a golpes.

En medio de la borrachera, alguien se lo llevó para el Hospital San Rafael.

Ahí estuvo internado un par de semanas, hasta que salió con la cara sana, ahora mostrando un sonrisa permanente y limpiándose con un trapo la saliva que se le salía entre los dientes.

Vendió el carretón y el caballo, y con esa plata se compró una marimba, con la que empezó a ganarse la vida en las cantinas del puerto.

Como no tenía labios no podía pronunciar bien la palabra marimba.

Sólo podía decir tarinta.

Y así lo apodaron los que lo conocieron.

Desde entonces se llamó Tarinta.

Un día, pasados muchos años, vi a un hombre viejo que pedía limosna en una esquina del centro de San José. Sus dientes expuestos me trajeron el recuerdo de esta historia.

Entonces le di algo y le pregunté su nombre.

Sólo me dijo, - Tarinta -.

Guardó silencio, desvió su mirada hacia otro lado, y siguió pidiendo.

Bernal

25-10-98.

Tarinta.

Fulgencio Chévez era un uomo strano. Avrà avuto quarantacinque anni, ma era invecchiato prematuramente: faceva già una brutta vita da molti anni. Gli era sempre piaciuto bere e per questo non aveva mai durato con nessuna delle donne che aveva avuto. Aveva una speciale predilezione per invischiarsi in risse di cantina, dove riceveva sempre molte botte. Non dormiva bene quasi mai perché, tra l'altro, non aveva un posto adatto per farlo; alloggiava in una stanza che gli affittavano le sorelle Matarrita, vicino al quartiere El Carmen, a Puntarenas. In più, aveva sempre mal di stomaco e soffriva di forti mal di testa. Dormiva a tratti, tra frequenti soprassalti e incubi. Lui diceva che era il diavolo che lo perseguitava da quando era giovane.

Il suo grande compagno era il cavallo della sua carretta con cui lavorava nei pressi del mercato, trasportando carichi dappertutto nella città, specialmente per i negozi di drogheria e per alcune case di abitazione. Il cavallo era molto magro ed aveva le zampe talmente tremanti che sembrava dovesse cadere da un momento all'altro. Fulgencio lo chiamava "Squalo", per gli enormi denti che gli si vedevano ogni volta che nitriva.

Per molti anni si era guadagnato da vivere con la sua carretta. Si alzava all'alba e già alle sei del mattino stava aspettando offrendo trasporti sul marciapiede del mercato. Lavorava tutto il giorno e verso le cinque, cinque e mezzo del pomeriggio riponeva la carretta e il cavallo e si ritirava nella sua stanza.

Si riposava un po', quindi si lavava per andare poi a mangiare in qualche locanda che c'era in quel tempo nelle vicinanze del mercato. Terminava il giorno bevendo liquore in una cantina dove lui aveva amici e conoscenti.

Così aveva vissuto quasi tutta la vita, da quando era giovane, quando arrivò da Tambor, il porto del golfo dove era nato in una famiglia molto povera e numerosa, senza fortuna per poter conseguire qualcosa di meglio di una carretta per i suoi figli, o un lavoro umile nella città per le sue figlie.

Quel lunedì del mese di ottobre aveva piovuto per ore già dall'alba: si trattava di un temporale abbastanza ricorrente per quell'epoca dell'anno. Intorno era tutto bagnato e, per quanto sembrasse strano in quel porto, faceva freddo.

Fulgencio si svegliò ubriaco e siccome stava piovendo non si alzò presto. Rimase dormendo "la mona", come diceva lui ogni volta che si svegliava sentendosi male per i postumi delle bevute della notte precedente.



Verso le undici del mattino si alzò per andare a guadagnarsi qualcosa al mercato. Continuava a piovigginare, era una pioggerellina fastidiosa che bagnava abbastanza. In realtà lui non aveva voglia di lavorare quel giorno: troppa pioggia, e gli affari andavano male.

Allora decise di lasciare la carretta di fronte alla cantina dove entrò per bere qualche bicchiere. Lì incontrò Didier Tejada, un panamense che scaricava sacchi ed altre cose nel mercato e che in quel momento era di festa, poiché erano quattro giorni che beveva senza smettere.

Lì stette bevendo Fulgencio, finché verso le quattro del pomeriggio, già abbastanza ubriaco e arrabbiato perché non smetteva di piovere, decise di fare a botte con lo Squalo, il cavallo che tirava la sua carretta.

Uscì dalla cantina bilanciandosi per non cadere, si fermò traballando di fronte al cavallo e cominciò ad insultarlo, incolpandolo della propria sfortuna e per non essersi guadagnato nulla quel giorno.

Siccome il cavallo lo ignorava, Fulgencio si arrabbiò ancora di più, finché non cominciò a prendere a pugni la faccia dell'animale, che cominciò a sbuffare spaventato dall'attacco del suo padrone. Didier lo osservava in silenzio dalla porta della cantina. Improvvisamente successe qualcosa che io non mi sarei aspettato. Lo Squalo diede a Fulgencio un morso formidabile. I suoi grandi denti gli strapparono le labbra, il superiore e l'inferiore, e il carrettiere rimase con i suoi denti giallognoli esposti, come se stesse ridendo. Nessuno vide se il cavallo si fosse mangiato le labbra o le avesse sputate sulla strada sabbiosa; il fatto è che nessuno vide dove terminarono le labbra di Fulgencio.

Questi era furioso e si lanciò contro il cavallo prendendolo a calci, il quale cominciò a rinculare, spaventato, fino a incollare la carretta contro un altro cavallo che stava dietro di lui.

Intervenire allora la gente che in quel momento passava di lì riuscendo a controllare Fulgencio che, articolando male i suoni, vociferava e gridava parolacce contro il cavallo, giurandogli che lo avrebbe ucciso di botte.

In mezzo a quel pandemonio qualcuno se lo portò via all'ospedale San Rafael. Lì stette ricoverato un paio di settimane, finché non uscì con la faccia guarita, mostrando adesso un sorriso permanente e pulendosi con un panno la saliva che gli usciva tra i denti.

Vendette la carretta e il cavallo, e con il denaro ricavato si comprò una *marimba* con la quale cominciò a guadagnarsi la vita nelle cantine del porto. Siccome non aveva le labbra non poteva pronunciare bene la parola "marimba": poteva solo dire "tarinta". E fu così che lo soprannominarono quelli che lo conoscevano: da allora si chiamò "Tarinta".

Passati molti anni, un giorno vidi un vecchio che chiedeva l'elemosina in un angolo del centro di San José: i suoi denti esposti mi fecero ricordare questa storia.

Allora gli diedi qualche moneta e gli chiesi il suo nome.

Mi disse solo:-Tarinta-.

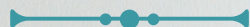
Tacque, volse il suo sguardo da un'altra parte, e continuò a chiedere l'elemosina.

Bernal

25-10-98.



El bongo.



Egidio, el hombre moreno del bongo,
ha descargado el producto,
trae plátano verde, cuadrado, y un cerdo...
Además trae tres sacos de frijol rojo...
Y tres sacos de yuca todavía con la tierra pegada...
Ya todo lo trae vendido...
Viene desde Chomes, desde allá dentro del golfo...

En el bongo lo espera la Lola,
la india..., su esposa tan querida...
Lo espera también su hijo pequeño, de brazos...

Hoy mismo regresarán a Chomes...
Con comida y ropa...
Y medicinas para la india y para el niño...

Ha descargado el producto...
Ya todo lo trae vendido...

Bernal

Noviembre, 2013.



Il bongo.



Egidio, l'uomo moreno del bongo,
ha scaricato i prodotti,
porta platano verde, banane acerbe, e un maiale...
inoltre porta tre sacchi di fagioli rossi...
e tre sacchi di yuca con ancora la terra attaccata...
e l'ha già tutto venduto...
Viene da Chomes, di là dentro il golfo...

Nel bongo lo aspetta la Lola,
l'india..., la sua sposa tanto amata...
lo aspetta anche il suo piccolo figlio, in braccio...

oggi stesso torneranno a Chomes...
con cibo e vestiti...
e medicine, per l'india e per il bambino...

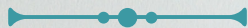
Ha scaricato i prodotti...
e l'ha già tutto venduto...

Bernal

Novembre, 2013.



El rancho.



El rancho es nuestro, pero la finca es del patrón,
él nos da permiso de vivir acá,
mi marido trabaja en la finca desde hace mil años,
mis hijos se fueron de casa hace varias centurias...

Eso nos dice la india Juana Teresa...

Pedro Tencio y yo ya nos hicimos muy viejos,
ahora estamos solos en este rancho bonito,
él trabaja todo el día en la finca con el patrón,
yo aquí hago el oficio, cocino y lo espero...

Eso nos dice la india Juana Teresa...

Este rancho es mi casa y el bosque es mi jardín,
Pedro Tencio es mi marido y los animales del bosque mis amigos,
el anafre es el hogar donde cocino
y mi cama es el nido donde duermo con mi esposo Pedro Tencio...

El patrón nos da permiso de vivir acá...

Eso nos dice la india Juana Teresa...

Bernal

Noviembre, 2013.



La fattoria.



La fattoria è nostra, ma la tenuta è del padrone,
lui ci dà il permesso di vivere qua,
Mio marito lavora nella tenuta da mille anni,
i miei figli se ne andarono di casa vari secoli fa...

Questo ci dice l'india Juana Teresa...

Pedro Tencio ed io siamo già molto vecchi,
Adesso siamo soli in questa bella fattoria,
lui lavora tutto il giorno nella tenuta con il padrone,
io qui accudisco la casa, cucino e lo aspetto...

Questo ci dice l'india Juana Teresa...

Questa fattoria è casa mia ed il bosco il mio giardino,
Pedro Tencio è mio marito e gli animali del bosco miei amici,
il focolare è la dimora dove cucino
ed il mio letto è il nido dove dormo col mio sposo Pedro Tencio...

Il padrone ci dà il permesso di vivere qua...

Questo ci dice l'india Juana Teresa...

Bernal

Novembre, 2013.

El Gallo.

Orontes vivió toda la vida en Playa Panamá. Heredó una gran propiedad cuando murieron sus padres, hacía ya muchos años. Ésta estaba situada en ese caserío, como a un kilómetro de la plaza.

Ahí vivió con su esposa Justina y con sus catorce hijos, que por la época en que ocurrió esta historia, ya se habían ido de la casa porque tenían sus propias familias.

El patio de la casa era amplio y en él habían grandes árboles de caimito y níspero. El suelo era arenoso y lleno de muchas conchas pequeñas, blancas, grises y rosadas. Al fondo, y un poco a la derecha, había un horno de barro que había sido construido desde hacía muchos años, cuando nacieron sus primeros hijos.

En el patio, justo al frente de la parte de atrás de la casa, había un buen espacio libre, cruzado sólo por los alambres de hierro galvanizado, en que Justina tendía la ropa al sol para que secara.

Orontes era un hombre moreno, grande y fornido. Su pelo era ensortijado y muy canoso. La cara tosca y marcada por el acné, calzaba con su mirada dura de hombre rudo. Tenía una gran panza que había ido creciendo con el paso de los años y que ahora parecía colgar de la cintura del pantalón corto que vestía casi siempre. Andaba sin camisa y con unos grandes zapatones que nunca limpiaba con cepillo y betún. Tenía cincuenta y cinco años de edad, durante los cuales siempre vivió en la misma casa.

De joven fue montador de toros, tomador y bailarín. Siempre fue bueno para los pleitos y casi todos los sábados peleaba en la calle frente al salón de baile. Las peleas eran por guaro y por mujeres, pero siempre las ganaba, aunque, como él decía, más de una vez le rompieron la jeta y la nariz.

El día en que ocurrió esta historia, Orontes estaba acostado por la tarde, como a las dos o a las tres. Era un domingo muy caluroso del mes de abril y hacía mucho sol, por lo que estábamos fresqueando debajo de una árbol en el patio.



Él había tomado guaro toda la tarde del sábado y parte de la noche, como hasta las ocho, hora en que llegó a la casa cayéndose y con ganas de pelear con alguien. Se comió un poco de arroz con frijoles con bastante chile, unas tortillas de maíz amarillo y un plato de sopa de jaibas mezcladas con pedazos de pescado. Luego se acostó con la ayuda de Justina. En la madrugada se estuvo levantando a vomitar, porque no le cayó bien la comida. Sin embargo durmió un rato y se levantó el domingo sintiéndose muy mal, por lo que se tomó un buen trago para componerse.

Casi no comió nada ese día y como a la una de la tarde se acostó para dormir un poco y terminar de reponerse de la fiesta del sábado.

Estaba durmiendo cuando el gallo empezó a cantar, trepado en una estiba de leña que había a un lado de la casa.

Era un gallo joven y finito que tenía algo de gallo de pelea. Era de un color colorado como herrumbre, no tenía cresta en su cabeza pequeña, las plumas del cuello eran también coloradas pero más oscuras y en la cola tenía tres largas plumas tornasoles que describían una curva hasta casi tocar el suelo. En la panza y en el buche era de un color café muy claro. Las alas eran de un color colorado muy oscuro, mezclado con el color negro de las plumas más largas, que se exhibían cada vez que palmeaba las alas después de cantar.

Orontes estaba dormido y el gallo continuó cantando, hasta que el hombre se despertó malhumorado y molesto. Salió a la puerta de la casa que daba al patio gritando: • ¡Callate gallo majadero! •, • ¡Dejame dormir tranquilo! •, • ¿Entendés lo que te digo, gallo jodido? •. Luego entró a la casa y se acostó otra vez.

El gallo no le hizo caso y continuó cantando, batiendo las alas cada vez que lo hacía. Entonces Orontes volvió a salir a la puerta. Esta vez salió al patio vociferando contra el gallo. • ¡Callate maldito, ojalá te caiga un rayo! •. Y luego gritó aún más fuerte, • ¡Vas a quedar como gallina asada y te voy a comer con pan añejo! •. Luego terminó diciendo: • ¡Te voy a arrancar las plumas con agua hirviendo! •. Así dijo y se fue otra vez para adentro de la casa.

Mientras Orontes gritaba el gallo lo miraba sin ningún miedo. Esperó a que entrara en la casa, y empezó a cantar de nuevo.

Entonces, él salió al patio, y sin decir ni una palabra, empezó a tirarle palos y piedras al gallo, que salió corriendo batiendo las alas y se paró encima del horno. Hasta ahí lo persiguió Orontes y lo atacó con la varilla de subir los alambres de colgar la ropa. El gallo entonces brincó y calló en el suelo arenoso, exactamente al frente del hombre.

Él entonces se tiró al suelo y, de cuatro patas, con las rodillas y las manos en la arena, empezó a gritar otra vez.

• ¿Quieres pelear gallo pendejo? •, mientras le hacía gestos con la mano derecha para que se acercara, • ¡Te voy a retorcer el pescuezo y a comerte en sopa! •. En ese momento el gallo caminó hacia atrás por lo que Orontes le gritó, • ¡No huyás maricón! •.

El gallo entonces erizó las plumas del pescuezo y batiendo las alas se enfrentó a Orontes, que le lanzó un fuerte manazo. El animal evitó el golpe y entonces Orontes le gritó: • ¡Parate maldito para romperte la cara! •.

En ese momento el gallo saltó hacia la cara de Orontes y le picó la frente. Le quedó una marca blancuzca que poco a poco se fue poniendo roja, hasta que resbaló de ella un fino hilo de sangre. El animal revoloteo hacia atrás mientras Orontes gritaba: • ¡Me picaste la cara hijueputa! •. Al mismo tiempo, con la mano derecha le tiraba arena al gallo en medio de un gran polvazal.

El animal atacó otra vez. Con las plumas del pescuezo erizadas, revoloteó en el aire y le cayó a Orontes sobre la cabeza, picándolo tres o cuatro veces, mientras él gritaba de dolor. Después voló hacia atrás y se paró en un mollejo que había a un lado del sitio de la pelea.

Empezó a correrle sangre por la cara, con chorrillos que le bajaban de entre el pelo lleno de polvo. Gritaba enfurecido: • ¡Me vas a tener que matar pollo flojo! •, • ¡Te juro que si te pongo la mano encima te quiebro la cabeza! •, • ¡Si te agarro te descuartizo! •.

En medio del polvazal Orontes buscaba con su mirada al gallo que había empezado a cantar otra vez. Al batir las alas levantaba aún más polvo y eso enfurecía aún más al hombre, que lanzaba manazos tratando de golpearlo.

El animal atacó de nuevo a la cara, y dio dos picotazos en los labios, que de inmediato empezaron a sangrar abundantemente. Como él se cubría la cara con las manos, entonces el gallo le picaba los dedos mientras él gritaba de dolor y de rabia, tratando de quitárselo de encima. El animal, aún así, le picó el dorso de las manos y parte de los brazos, como por las muñecas, haciéndolo sangrar todavía más.

Orontes estaba hincado en el suelo, todo cubierto de polvo, con la cara y las manos ensangrentadas y buscando al gallo para seguir peleando. Ya no gritaba maldiciendo al animal.

En ese momento apareció Justina a toda carrera y espantó al gallo con una escoba. El animal se fue a parar a un tronco viejo que había a un lado del horno.

La lucha había terminado. El gallo había resultado vencedor. El hombre estaba herido y derrotado.

La mujer abrazó a Orontes y lo ayudó a levantarse.

Se lo llevó para la pila que había en la casa para lavar la ropa y ahí le limpió las heridas y le lavó la cabeza. Él estaba callado pero furioso. A cada momento volvía a ver hacia donde estaba el gallo, que había comenzado a cantar otra vez.

Justina llevó a Orontes hacia una hamaca que había entre dos palos de guanábana y ahí lo ayudó a acostarse. Él ya estaba más tranquilo, pero no dejaba de mirar al gallo.

Cuando ella le puso yodo en las heridas Orontes gritaba y se retorció de dolor.

La mujer trajo un banco de madera y se sentó al lado de la hamaca. Los dos se quedaron callados. Ella, con la mano izquierda, le acariciaba la cabeza...

Bernal

31-05-2000.

Il Gallo.

Orontes aveva vissuto tutta la vita in Playa Panamá. Aveva ereditato una grande proprietà quando morirono i suoi genitori, molti anni prima, situata in quella frazione a circa un chilometro dalla piazza del paese.

Lì visse con sua moglie Justina e i loro quattordici figli, che all'epoca in cui successe questa storia se ne erano già andati di casa perché avevano le loro proprie famiglie.

Il cortile della casa era ampio e in esso crescevano grandi alberi di caimito e nespole. Il suolo era arenoso e pieno di piccole conchiglie bianche, grigie e rosa. In fondo, un po' a destra, c'era un forno di fango che era stato costruito molti anni prima, quando nacquero i loro primi figli.

Nel cortile, proprio di fronte alla parte posteriore della casa, c'era un ampio spazio libero, incrociato solo dal fil di ferro galvanizzato dove Justina stendeva i panni al sole perché asciugassero.

Orontes era un uomo moro, grande e muscoloso; i suoi capelli erano canuti. Il suo volto grezzo e marcato dall'acne possedeva uno sguardo da uomo duro. Aveva una gran pancia che era cresciuta con il passare degli anni e che adesso sembrava pendere dalla cintura dei pantaloni corti che portava quasi sempre. Andava senza camicia e con dei grandi scarponi che non puliva mai con lucido e spazzola. Aveva cinquantacinque anni di età, durante i quali aveva sempre vissuto nella stessa casa.

Da giovane fu montatore di tori, bevitore e ballerino. Era sempre stato buono per le risse e quasi tutti i sabati bisticciava in strada di fronte alla sala da ballo. I combattimenti avvenivano a causa del liquore e delle donne, ma lui vinceva sempre anche se, come diceva, più di una volta gli ruppero il naso.

Il giorno in cui successe questa storia, Orontes era accostato, verso le due o le tre del pomeriggio. Era una domenica molto calda del mese di aprile e c'era molto sole, per cui stavamo prendendo il fresco sotto un albero nel cortile.

Lui aveva bevuto tutto il pomeriggio del sabato e parte della notte, fino alle otto circa, ora in cui arrivò a casa quasi cadendo e con la voglia di litigare con qualcuno. Mangiò un po' di riso e fagioli con abbastanza peperoncino, alcune tortillas di mais giallo e un piatto di zuppa di granchio con pezzi di pesce. Quindi si accostò con l'aiuto di Justina. All'alba si stava alzando per vomitare, perché non gli fece bene la cena. Comunque dormì un po' e si alzò



la domenica sentendosi molto male, perciò si fece un buon bicchiere per rimettersi a posto.

Quel giorno non mangiò quasi nulla e verso l'una del pomeriggio si accostò per dormire un poco e terminare di rimettersi dalla festa del sabato.

Stava dormendo quando il gallo cominciò a cantare, arrampicato su una catasta di legna che era a un lato della casa. Era un gallo giovane e fine che aveva qualcosa del gallo da combattimento, di color rosso ruggine, non aveva la cresta sulla sua piccola testa, le piume del collo erano anche rosse però più scure e sulla coda aveva tre lunghe piume che descrivevano una curva quasi fino a toccare il suolo. La pancia e il becco erano color caffè molto chiaro.

Le ali erano rosso scuro mischiato con il colore nero delle piume più lunghe, che esibiva ogni volta che sbatteva le ali dopo aver cantato.

Orontes stava dormendo e il gallo continuava a cantare, finché l'uomo si svegliò di malumore e molesto. Uscì dalla porta di casa rivolta al cortile gridando: "Sta' zitto gallo rompiscatole! Lasciami dormire tranquillo! Capisci quello che dico, stupido gallo?". Dopo entrò in casa e si accostò di nuovo.

Il gallo non gli diede retta e continuò a cantare, battendo le ali ogni volta. Allora Orontes uscì di nuovo; questa volta uscì nel cortile sbraitando contro il gallo. "Taci maledetto! Ti colpisce un fulmine!". E dopo urlò ancora più forte: "Finirai come una gallina arrostita e ti mangerò con pane raffermo!". E terminò dicendo: "Ti strapperò le piume con acqua bollente!". Detto questo rientrò di nuovo in casa.

Mentre Orontes gridava il gallo lo guardava senza nessuna paura. Aspettò che entrasse in casa, e ricominciò di nuovo a cantare.

Allora lui uscì nel cortile, e senza dire una parola, cominciò a lanciare al gallo pietre e bastoni; quello fuggì battendo le ali e si posò sopra il forno. Orontes lo inseguì fin lì e lo attaccò con l'asta per alzare i fili per stendere il bucato. Il gallo allora saltò e cadde sul suolo sabbioso, esattamente di fronte all'uomo. Lui allora si gettò a terra e, a quattro zampe, con le ginocchia e le mani nella sabbia, cominciò a gridare di nuovo. "Vuoi litigare, gallo rompiscatole?", mentre gli faceva il gesto con la mano destra perché si avvicinasse, "ti torcerò il collo e ti mangerò nella zuppa!". In quel momento il gallo indietreggiò, per cui Orontes gli gridò: "Non fuggire, codardo!". Il gallo allora drizzò le

piume del collo e battendo le ali affrontò Orontes che gli diede un ceffone. L'animale schivò il colpo e allora Orontes gridò di nuovo: "Fermati maledetto, perché ti possa rompere il muso!". In quel momento il gallo saltò verso la faccia di Orontes e gli beccò la fronte. Gli rimase una macchia biancastra che poco a poco divenne rossa, finché non colò da essa un sottile filo di sangue. L'animale si rivoltò indietro mentre Orontes gridava: "Mi hai beccato la faccia, svergognato!". Nello stesso tempo, con la mano destra lanciava sabbia al gallo in mezzo a un gran polverone.

L'animale attaccò di nuovo. Con le piume del petto rizzate, si rivoltò nell'aria e cadde sulla testa di Orontes, beccandolo tre o quattro volte, mentre lui gridava dal dolore. Dopo volò indietro e si fermò a lato del luogo della lotta. A Orontes cominciò a scorrere il sangue sul viso, con rivoletti che scendevano dai capelli pieni di polvere. Gridava infuriato: "Mi dovrai uccidere stupido pollo! Giuro che se ti metto le mani addosso ti rompo la testa! Se ti prendo ti squarto!".

In mezzo al polverone Orontes cercava con lo sguardo il gallo che aveva ricominciato a cantare. Battendo le ali alzava altra polvere e questo faceva infuriare l'uomo ancora di più, che lanciava schiaffi nell'aria cercando di colpirlo.

L'animale lo attaccò di nuovo al viso, dandogli due beccate sulle labbra che cominciarono subito a sanguinare abbondantemente. Siccome lui si copriva la faccia con le mani, il gallo gli beccò le dita mentre lui gridava di dolore e di rabbia, cercando di toglierselo di torno. L'animale, anche così, gli beccò il dorso delle mani e parte delle braccia, sui polsi, facendolo sanguinare ancora di più.

Orontes era rannicchiato al suolo tutto coperto di polvere, con la faccia e le mani insanguinate, cercando il gallo per continuare la lotta. Non gridava più per maledire l'uccello.

In quel momento arrivò Justina tutta di corsa e spaventò il gallo con una scopa. L'animale si andò a posare su un vecchio tronco che era a fianco del forno.

La lotta era terminata. Il gallo era risultato vincitore, l'uomo era ferito e sconfitto.

La donna abbracciò Orontes e lo aiutò ad alzarsi.

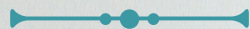
Se lo portò nella lavanderia che era in casa e lì gli pulì le ferite e gli lavò la testa. Lui era silenzioso, ma furioso. Ogni tanto volgeva lo sguardo verso il gallo, che aveva ricominciato di nuovo a cantare.

Justina portò Orontes verso un'amaca che pendeva tra due alberi di guanabana e lo aiutò a coricarsi. Era più tranquillo, ma non smetteva di guardare il gallo. Quando lei gli mise lo iodio sulle ferite Orontes gridò e si contorse dal dolore. La donna trasse una panca di legno e si sedette a fianco dell'amaca. I due rimasero silenziosi; lei, con la mano sinistra, gli accarezzava la testa.

31-05-2000.



El bosque.



Hoy el bosque amaneció dormido...
Son apenas las cinco y aún no amanece...
Al caminar por la playa, camino a la boca del río,
la arena estaba fría y las palmeras inmóviles...

El río silencioso andaba despacio,
los árboles de la ribera
escuchaban el silencio de la madrugada fría...
No habían despertado ni la garza ni el pato aguja...

Ahora, ya entrado en el bosque,
lo encuentro dormido, tranquilo y silencioso...
Es la naturaleza amiga
llena de agua, árboles, arbustos, animales y aves...

Nos corresponde cuidarla,
nos toca protegerla...,
para el gozo de todos nosotros...

Eso haré aunque sólo yo lo haga...

Bernal

Noviembre, 2013.



Il bosco.



Oggi il bosco appare addormentato...
Sono appena le cinque e non albeggia ancora...
Camminando sulla spiaggia, verso la bocca del fiume,
la sabbia era fredda e le palme immobili...

Il fiume silenzioso scorreva piano,
Gli alberi della riva
ascoltavano il silenzio dell'alba fredda...
Non si erano svegliati né l'airone né l'anatra...

Adesso, già dentro il bosco,
lo trovo addormentato, tranquillo e silenzioso...
È la natura amica
piena di acqua, alberi, arbusti, animali ed uccelli...

La dobbiamo assistere,
Ci tocca proteggerla...,
Per la gioia di tutti noi...

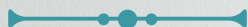
Questo farò, anche se dovessi essere solo io a farlo...

Bernal

Novembre, 2013.



La danza.



Hoy es un día luminoso y caliente,
el sol brilla en lo alto amarillo y brillante...

María de la Cruz camina por la playa hermosa...

Su cuerpo delgado, sus brazos largos, sus piernas bonitas...

Se mueven como llevados por el viento marino de la mañana...

Al hablar hace gestos, se ríe y mueve su cuerpo blanco y bonito...

Miro su sombra proyectada en la arena negra...

Se mueve como llevada por el viento y las palabras...

Parece danzar al compás de la música de la vida...

Es la danza de María de la Cruz...

Es su cuerpo movido por la ternura de un poema de amor...

Es su sombra llevada por la luz, el viento y las palabras...

Es la naturaleza amiga...

Noviembre, 2013.



La danza.



Oggi è un giorno luminoso e caldo,
Il sole brilla in alto giallo e brillante...

María de la Cruz cammina sulla bella spiaggia...

Il suo corpo sottile, le sue braccia lunghe, le sue gambe graziose...

si muovono come fossero portati dal vento marino del mattino...

parlando fa dei gesti, ride e muove il suo bel corpo bianco...

guardo la sua ombra proiettata sulla sabbia nera...

si muove come mossa dal vento e le parole...

sembra danzare al ritmo della musica e della vita...

È la danza di María de la Cruz...

è il suo corpo mosso dalla tenerezza di una poesia d'amore...

è la sua ombra trasportata dalla luce, dal vento e le parole...

È la natura amica.

Novembre, 2013.

La Güirrizza.

Una serie de poemas cortos expresan el pensamiento de la naturaleza por medio de la imagen de una niña que le habla a un personaje anónimo: el personaje es el autor del relato.

Ese día era un domingo muy temprano en pleno invierno. Todo había amanecido húmedo porque llovió casi toda la noche anterior.

Corría entonces el mes de octubre y llovía casi todos los días después de la hora de almuerzo, pero el sábado anterior, la verdad es que llovió todo el día y prácticamente toda la noche. Por eso esa mañana de domingo, todo amaneció mojado.

Ese día me levanté como a las seis y media, porque a las siete quedó pasar Amílcar para ir de cacería.

Desayuné dos huevos picados con mucha cebolla, dos bollos de pan añejo del día anterior y dos tazas de café fuerte con bastante azúcar. Comí doble ración de cada cosa porque iba a necesitar mucha energía ese día.

Iríamos con un bala U y una escopeta 28 con munición para venado. No llevábamos almuerzo porque pensábamos regresar temprano, un poco después del medio día. Nada más me eché a la bolsa dos limones dulces para comérmelos como a las nueve y media.

Salí de la casa y me quedé recostado a un horcón de la cerca, a la orilla de la calle pedregosa. En ese momento ya iban a ser las siete y Amílcar estaba por llegar.

La niña bonita está pescando
parada en una piedra grande
a la orilla del río...

Con la caña de pescar en sus manos
lanza la cucharilla plateada



que describe en el aire una linda parábola...

El engañador calló en el cárcamo
casi al otro lado del río...

De pronto me mira y pregunta,
¿se morirán los peces del río...?

Yo le contesto, – nunca morirán –,
– estarán ahí por siempre... –.

Entonces me mira y sonríe...

Pasados unos minutos oí que se aproximaba mi amigo.

Amílcar venía cantando una canción viejísima, mientras golpeaba el suelo con un palo que había juntado en algún lado.

Había traído a El Flaco, un perro zahuato de rabo parado, que no sabía nada de cacería.

Era de color café y se llamaba así porque se le pintaban todas las costillas debajo del pellejo.

Entonces, como a unos cincuenta metros, al salir de la curva que se hacía el camino antes de llegar a mi casa, apareció la figura de Amílcar.

Era un hombre delgado y alto. Su figura desgarbada daba risa. Con el sombrero de lona, los zapatonos grandes y su camisa de manga larga, parecía en realidad un cazador. Sobre todo porque llevaba colgado del hombro derecho, el viejo bala U con la cache quebrada.

Tiro Fácil, así le llamaba a ese rifle que lo había acompañado desde que era un niño y que hacía una vida entera que le había regalado su padre.

Ahora era un hombre adulto de mi edad y ya casi se le había olvidado aquella época en que fue un niño.

La niña bonita
está muy contenta...

Frente a ella, tranquilo y manso,
pasa el río de aguas cristalinas...

El río que nació en las montañas,
en las cumbres de la cordillera...

Es el agua de la vida que viene bajando,
desde la cumbre del cerro inmenso...

Es fresca y cristalina,
como la niña bonita...

Cuando estuvo cerca me saludó y se sentó en las piedras de la calle.

Ahí, sentado en el suelo me preguntó, – ¿por dónde nos vamos patrón?
–, –¿subimos el cerro o nos vamos por el río? –. Luego continuó diciendo,
– por donde quiera que nos vayamos vamos a tirar un venado grande con
buena cachera, por eso da lo mismo si escoge una u otra alternativa –, y soltó
una gran risotada al ponerse de pie.

En definitiva y luego de una corta conversación, decidimos irnos por
el cerro, porque supusimos que los venados ya habían bebido agua en el río,
e irían cerro arriba, rumbo al plano, comiendo cogollos y hierbas tiernas.

Así entonces nos pusimos en marcha, bajo el sol de las siete de la
mañana.

Luego de cómo una hora de camino, cuando llegamos a la finca de

los Velásquez, unos dos kilómetros antes del río, nos salimos del camino y
empezamos a subir el cerro.

De ahí se devolvió El Flaco, no quiso continuar con nosotros. De
todas formas él era uno de esos perros a los que no les gusta la cacería.

Sin hacer gestos y sin ladrar, se devolvió en dirección a la casa de
Amílcar.

La niña bonita
quisiera tener las orquídeas...

Son las orquídeas del bosque,
son las hijas del sol...

Y entonces pregunta,
¿puedo llevarlas para mi casa?

Y ella misma contesta...

Son las orquídeas del bosque,
son las hijas del sol...

Y si el bosque es mi casa,
las dejaré en el árbol bueno...

Ahí quedarán por siempre...

La niña bonita
es la hermana de las orquídeas...

La subida del cerro no fue fácil porque todo estaba mojado y
resbaloso.

Estuvimos trepando como dos horas. Eso es un esfuerzo tremendo.

Subimos agarrándonos de los arbustos y del tronco de los árboles, hasta que llegamos a un plano muy bonito desde el que se podía ver el mar de un color azul intenso. A lo lejos se veían las lindas islas verdes del golfo, bordeadas por un collar blanco apenas visible desde donde estábamos.

En ese momento serían tal vez las nueve y media o diez de la mañana y entonces le ofrecí a Amílcar uno de los limones dulces que yo había llevado para comérmelos cuando hubiera una oportunidad.

Él lo aceptó gustoso y nos sentamos en un zacatal, debajo de un madero negro bastante grande.

Desde ahí se veía, abajo y a lo lejos el pueblo y la desembocadura del río.

En ella, y justo al frente, estaba lo que nosotros llamábamos la barra, que era una especie de barrera de olas grandes y espumosas, que se producían al encontrarse el agua del río con el agua del mar.

El paisaje era muy bonito y tan impresionante, que guardamos silencio un largo rato.

La niña bonita
fija su mirada curiosa
en aquel paisaje...

Luego, sin mirarme, pregunta,
– ¿de quién es el mar? –

Y mirando el paisaje
pregunta de nuevo,
– ¿de quién es el mar? –

Yo sólo contesto,
– el mar es de todos... –

De todos los que aman,
de todos los que sienten,

de todos los que viven...

Y la niña bonita pregunta,
– ¿y de los demás? –

Yo sólo contesto,
– es de ellos también... –

El mar es de todos...

El mar, el sol y el río son nuestros hermanos...

Pasado un buen rato nos pusimos de pie y ya íbamos a empezar a caminar por el plano, cuando Amílcar descubrió una gran güiriza, que parecía dormida en el tronco del madero negro.

Aquel animal era como ver una iguana de las que a veces venden en los mercados. De esas que venden vivas, con un cordón amarrado al cuello y que son pequeñas, de color verde y de cola larga. La güiriza es un animal muy parecido pero mucho más grande. Además, es un reptil bravo y agresivo que, con el hocico abierto, muestra una figura realmente intimidante. Su hocico abierto, con sus grandes dientes, es impresionante. Cuando se enoja, tiende a golpear a su enemigo con la larga cola, la que utiliza a modo de látigo.

Este animal que descubrió Amílcar en el árbol de madero negro, era un animal espléndido, por su tamaño y su estampa de monstruo prehistórico.

Mediría tal vez un metro y medio de largo, quizás hasta más, desde la cabeza hasta el extremo de la cola. Estaba en posición de alerta, listo para atacar o para salir huyendo según se desarrollaran las circunstancias.

Era de un color verde muy brillante. Con el lomo negro. Tenía una gran cresta blanca a lo largo de la espalda. Debajo del hocico y hacia los lados de las orejas, era de un color rojo brillante. Su cola era negra y larga.

Era un lindo animal de aspecto amenazante.

Yo no sé para qué, pero Amílcar se le acercó para punzarle la panza con un palo que andaba en la mano. El animal estaba inmóvil, con la mirada fija en nosotros. Él lo hizo solamente por molestar al reptil que esa mañana se estaba asoleando en el árbol.

Amílcar se fue acercando cada vez más, pero muy despacio, al gran animal que lo miraba sin mover un solo músculo.

De pronto, y sin que ninguno de nosotros esperara aquello, la güiriza saltó como un rayo del tronco del árbol al pecho de Amílcar, que se quedó paralizado por el miedo, con aquel enojado animal abrazado a su cuerpo.

La güiriza tenía las uñas de sus patas delanteras firmemente clavadas en la camisa y en el hombro derecho de Amílcar. Las uñas de sus patas traseras, estaban como agarradas de la bolsa derecha y de la faja del pantalón. La gran cola descansaba en la hojarasca en que estaba parado mi amigo.

El gran hocico del animal estaba justo a la par de la oreja, un poco debajo del ala del sombrero de lona.

Amílcar estaba inmóvil. En su mano izquierda tenía el bala U y en la derecha el palo con el que estuvo punzando la panza blanca del animal. Tenía los ojos muy abiertos y su tez estaba pálida, de un color blanquecino muy pronunciado.

Nunca olvidaré aquella curiosa escena.

La niña bonita
camina contenta...

El camino es largo
pero le agrada andarlo...

Puede ver el bosque,
el bosque verde que es su hermano...

Puede ver el río,
el río cristalino que también es su hermano...

Puede ver las cumbres azules
de la cordillera inmensa...

Puede ver el paisaje de colores...

Los animales del bosque son sus hermanos...

Amílcar estaba inmóvil con el animal firmemente agarrado a su hombro derecho. Como antes dije, se veía muy pálido y asustado. Yo estaba a unos dos metros de él.

Pensé, en ese momento, que si él se movía y asustaba al animal, éste lo podría morder a un lado de la cara, o arrancarle la oreja, o ambas cosas. Esto sin pensar en lo que ocurriría si el animal le mordía la cara de frente, afectando los ojos y la nariz.

Pensé en dispararle a la güiriza con mi escopeta, pero la lluvia de perdigones podría destrozarle la cabeza a Amílcar.

Lo ideal hubiera sido dispararle con el bala U, con mucho cuidado para darle al animal sin herir a mi amigo, pero el rifle lo tenía él, en su mano izquierda y si yo me acercaba o me movía podría provocar el mordisco del animal.

Así pasaron algunos minutos y yo no encontré qué hacer para resolver aquella peligrosa situación.

Amílcar no decía una sola palabra para no asustar al animal y yo tampoco me atrevía ni a moverme.

Poco a poco, él se fue acercando al tronco del madero negro. Cuando estuvo justo al lado del mismo, empezó a mover el hombro, como invitando al animal a que se subiera en el árbol. El hocico de la güiriza rozaba la oreja y la cara del hombre. Por momentos me parecía que se agarraba de Amílcar cada vez con más fuerza. No parecía que el animal quisiera soltarse para subir al árbol.

Él continuó haciendo movimientos como antes, pero de pronto, por alguna razón, de manera totalmente inesperada el animal se asustó y lanzó un tremendo mordisco a Amílcar, que cayó al suelo gritando de terror. El sombrero de lona salió volando hacia un lado y fue a caer como a dos metros de nosotros.

La güiriza, lanzando un violento latigazo con su cola, saltó hacia el charral, donde desapareció como una exhalación.

Amílcar gritaba, – ¡mi oreja, mi oreja, me la arrancó el animal! –.

Hincado en el suelo, con la mano derecha tocándose el lado de la cara continuó gritando, – ¡esa hijueputa güiriza se comió mi oreja! –.

Haciendo gestos de terror me gritó, – persíguela, Paulino, y matala para sacarle mi oreja de la panza –. Para luego continuar diciendo, – la muy hijueputa me arrancó la oreja –, – Mátala, mátala Paulino –.

Cuando pude reaccionar me acerqué a él. Esperaba ver algo horrible, pero lo que tenía era un gran raspón en la mejilla derecha que le abarcaba la oreja. Toda la zona estaba muy enrojecida pero no sangraba. La oreja estaba en su lugar.

A un lado, cerca de nosotros, tirado en el suelo, estaba el sombrero de lona.

Para suerte nuestra, yo creo que la güiriza lo que mordió fue el ala del sombrero y no la cara y la oreja de Amílcar.

Le expliqué que todo estaba bien, que no había pasado nada malo, y entonces se tranquilizó poco a poco.

Ya más calmado me dijo, – por dicha esa hijueputa no me arrancó la oreja –, y diciendo esto soltó la risa.

Yo también empecé a reír y empezamos a correr cuesta abajo hacia el pueblo pegando gritos y saltos entre el montazal.

Del susto tan grande que nos pegó la güiriza, se nos olvidó por completo que habíamos ido a cazar un venado.

Corrimos y corrimos como media hora, cuesta abajo y cayéndonos en las pendientes más resbalosas. Íbamos todos llenos de barro rojizo. Los dos íbamos jadeando como perros de cacería...

Así bajamos del cerro.

Cuando llegamos a mi casa, continuamos riendo y gritando, y al despedirnos, Amílcar me dijo, – hijueputa güiriza, qué susto me pegó –, y siguió corriendo hacia su casa.

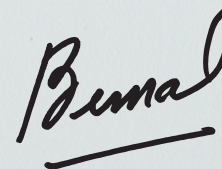
Luego, cuando ya iba a unos cincuenta metros me gritó diciendo, – viste Paulino, la muy hijueputa no me mordió la oreja –. Luego, agitando en alto la mano derecha, desapareció en la curva que hacía el camino un poco más adelante.

Yo me quedé sentado en la calle, frente al portón de mi casa...

¡Qué susto nos pegó la güiriza!.

La muy hijueputa...

¡Qué susto...!



29-08-2001.

La Güiriza.

Una serie di poesie corte esprimono il pensiero della natura per mezzo dell'immagine di una bambina che parla ad un personaggio anonimo: il personaggio è l'autore del racconto.

Era una domenica mattina molto presto, e tutto era umido perché aveva piovuto molto quasi tutta la notte. Eravamo nel mese di ottobre e pioveva quasi tutti i giorni dopo l'ora di pranzo, però il sabato anteriore aveva piovuto tutto il giorno e praticamente tutta la notte; per questo quella mattina di domenica era tutto bagnato.

Quel giorno mi alzai verso le sei e mezza, perché alle sette doveva passare Amilcare per andare a caccia. Feci colazione con due uova strapazzate con molta cipolla, due pagnotte di pane del giorno prima e due tazze di caffè forte ben zuccherato; mangiai due razioni di ogni cosa perché quel giorno avrei avuto bisogno di molta energia.

Saremmo andati con una calibro 22 e una doppietta calibro 28 con munizioni da caccia. Non portavamo il pranzo perché pensavamo di tornare presto, poco dopo mezzogiorno. Misi nella borsa solo due limoni dolci per mangiarli verso le nove e mezza. Uscii di casa e mi appoggiai a un lato del recinto, al bordo della strada sassosa. In quel momento erano quasi le sette ed Amilcare stava per arrivare.

La bella bambina sta pescando
In piedi su una pietra grande
Sulla riva del fiume...
Con la canna da pesca nelle mani
lancia l'amo argentato
che descrive nell'aria una bella parabola...
All'improvviso mi guarda e domanda:
moriranno i pesci del fiume?
Io le rispondo: – Non moriranno mai,
saranno lì per sempre... –.
Allora mi guarda e sorride...

Passati alcuni minuti, sentii avvicinarsi il mio amico. Amilcare veniva cantando una canzone vecchissima, mentre picchiava il suolo con un bastone che aveva raccolto da qualche parte. Aveva portato *el Flaco*, un cane



bastardino dalla coda alzata, che non sapeva niente di caccia. Era color caffè e si chiamava così perché gli si vedevano tutte le costole sotto la pelle. Così a circa cinquanta metri, uscendo dalla curva che si faceva prima di arrivare a casa mia, apparve la figura di Amilcare.

Era un uomo alto e magro, e la sua figura sgraziata faceva ridere. Con il cappello di tela, gli scarponi grandi e la sua camicia dalle maniche lunghe, sembrava davvero un cacciatore. Soprattutto perché portava appeso alla spalla destra il vecchio fucile calibro 22 con il calcio rotto: *Tiro Facile*, così chiamava quel fucile che lo aveva accompagnato da quando era bambino e che gli aveva regalato suo padre da una vita. Adesso era un uomo adulto della mia età e si era quasi dimenticato di quell'epoca.

La bella bambina
è molto contenta...
di fronte a lei, tranquillo e placido,
scorre il fiume dalle acque cristalline...
il fiume che nasce dalle montagne,
sulle vette della cordigliera...
è l'acqua della vita che viene scendendo
dalla vetta del colle immenso...
è fresca e cristallina,
come la bella bambina...

Quando fu vicino mi salutò e si sedette sulle pietre della strada. Seduto lì per terra mi chiese: – Da dove passiamo, capo? Saliamo la collina o passiamo dal fiume? – Poi continuò: – Da dovunque vuoi che passiamo andiamo a tirare a un cervo grande con belle corna, perciò è lo stesso se scegli l'una o l'altra alternativa –, e fece una gran risata alzandosi in piedi. Alla fine, dopo una breve conversazione, decidemmo di passare per la collina, perché supponemmo che i cervi avevano già bevuto acqua dal fiume e avrebbero risalito la collina, verso il pianoro, mangiando germogli ed erbe tenere.

Così ci mettemmo in marcia, sotto il sole delle sette del mattino. Dopo circa un'ora di cammino, quando arrivammo alla tenuta dei Velasquez un paio di chilometri prima del fiume, uscimmo dal sentiero e cominciammo a risalire la collina. Da lì *el Flaco* tornò indietro: non volle continuare con noi. Comunque era uno di quei cani a cui non piace la caccia; senza abbaiare si diresse verso la casa di Amilcare.

La bella bambina vorrebbe le orchidee...

Sono le orchidee del bosco,
sono le figlie del sole...
e allora domanda:

– Posso portarmele a casa? –

E lei stessa risponde...

– Sono le orchidee del bosco,
sono le figlie del sole...
e se il bosco è casa mia,
le lascerò sull'albero buono,
lì resteranno per sempre... –
la bella bambina
è la sorella delle orchidee...

La scalata della collina non fu facile perché tutto era bagnato e scivoloso. Ci arrampicammo per circa due ore, il ché fu uno sforzo tremendo. Salivamo afferrandoci agli arbusti ed ai tronchi degli alberi, finché non arrivammo a un pianoro molto bello da dove si poteva vedere il mare di un colore azzurro intenso. In lontananza si vedevano le belle isole verdi del golfo, bordate da una collana bianca appena visibile da dove eravamo. In quel momento saranno state forse le nove e mezzo o dieci del mattino, così ofrii ad Amilcare uno dei limoni dolci che avevo portato per mangiarli quando ci fosse stata una opportunità. Lui lo accettò volentieri e ci sedemmo sul prato, sotto un albero nero abbastanza grande. Da lì si vedeva, sotto in lontananza, il villaggio e la foce del fiume. In essa, e giusto di fronte, si vedeva quella che noi chiamiamo la barra, che è una specie di barriera di onde grandi e spumeggianti che si produce quando si incontrano le acque del fiume con quelle del mare. Il paesaggio era così bello e impressionante che restammo in silenzio un bel pezzo.

La bella bambina
fissa il suo sguardo curioso
in quel paesaggio...

Poi, senza guardarmi, domanda:

– Di chi è il mare? –

Io rispondo solo:

– Il mare è di tutti... –

Di tutti quelli che amano,
di tutti quelli che sentono,

di tutti quelli che vivono...

E la bella bambina domanda:

– E degli altri? –

Io rispondo solo:

– È anche loro... –

Il mare è di tutti...

Il mare, il sole e il fiume sono nostri fratelli...

Dopo un bel po' ci alzammo in piedi e stavamo per incamminarci sul pianoro, quando Amilcare vide una grande güiriza che sembrava dormisse nel tronco di legno nero.

Quell'animale somiglia alle iguane che a volte si vendono nei mercati, di quelle che vendono vive, con una corda legata al collo e che sono piccole, color verde e con la coda lunga: la güiriza è un animale molto simile ma molto più grande. Inoltre, è un rettile cattivo e aggressivo che, con le fauci aperte, è una figura veramente intimidatoria. La sua bocca aperta, con i suoi grandi denti, è impressionante. Quando si arrabbia tende a colpire il suo nemico con la lunga coda, che utilizza come una frusta. Questo animale che scoprì Amilcare nell'albero di legno nero era splendido, per le sue dimensioni e la sua parvenza di mostro preistorico. Sarà stato lungo forse un metro e mezzo, forse anche di più, dalla testa fino alla punta della coda. Era in posizione di allerta, pronto ad attaccare o darsi alla fuga a seconda di come si sviluppavano le circostanze. Era di un color verde molto brillante, con la schiena nera lungo la quale correva una gran cresta bianca. Sotto la bocca e in corrispondenza dei lati delle orecchie il colore era rosso brillante e la coda era lunga e nera: un bell'animale dall'aspetto minaccioso.

Non so perché, però Amilcare gli si avvicinò per punzecchiargli la pancia con il bastone che aveva in mano. L'animale rimase immobile, con lo sguardo fisso su di noi; lui lo fece solo per dar fastidio al rettile che quella mattina stava prendendo il sole sull'albero. Amilcare si avvicinò sempre di più, però molto lentamente, al grande animale che lo guardava senza muovere un muscolo. Improvvisamente, e senza che nessuno se lo aspettasse, la güiriza balzò come un fulmine dal tronco dell'albero al petto di Amilcare, che rimase paralizzato dalla paura, con quell'animale arrabbiato abbracciato al suo corpo. La güiriza teneva le unghie delle zampe anteriori saldamente inchiodate sulla camicia e sulla spalla destra di Amilcare; le unghie delle zampe posteriori erano afferrate alla tasca destra e alla cintura dei pantaloni dell'uomo.

Il gran muso dell'animale era giusto a fianco dell'orecchio, un po' sotto la falda del cappello di tela. Amilcare era immobile. Nella mano sinistra stringeva la

calibro 22 e nella destra il bastone con il quale gli aveva punzecchiato la pancia. Aveva gli occhi sbarrati e la sua carnagione era pallida, di un colore bianchiccio molto pronunciato. Non dimenticherò mai quella scena curiosa.

La bella bambina
cammina contenta...
Il sentiero è lungo
ma lei gradisce percorrerlo...
Può vedere il bosco,
il bosco verde che è suo fratello...
può vedere le cime azzurre
della cordigliera immensa...
Può vedere il paesaggio di colori...
Gli animali del bosco sono suoi fratelli...

Amilcare stava immobile con l'animale fermamente afferrato alla sua spalla destra. Come ho già detto, sembrava molto pallido e spaventato; io ero a un paio di metri da lui. Pensai in quel momento che se lui si fosse mosso e avesse spaventato l'animale, quello lo avrebbe potuto mordere su un lato della faccia, o strappargli l'orecchio, o tutte e due le cose, e non osavo pensare a ciò che sarebbe successo se l'animale gli avesse morso la faccia di fronte interessando gli occhi e il naso.

Pensai di sparare alla güirrizza con la mia doppietta, però la pioggia di pallini avrebbe potuto frantumare la testa di Amilcare.

L'ideale sarebbe stato spararle con la calibro 22, facendo molta attenzione a colpire l'animale senza ferire il mio amico, però il fucile lo teneva lui nella mano sinistra, e se io mi fossi avvicinato o mi fossi mosso avrei potuto provocare il morso dell'animale.

Trascorsero così alcuni minuti ed io non sapevo che fare per uscire da quella pericolosa situazione. Amilcare non pronunciava una sola parola per non spaventare la güirrizza, ed io non osavo muovermi. Poco a poco, lui si avvicinò al tronco di legno nero. Quando stette giusto a fianco di questo, cominciò a muovere la spalla, come per invitare l'animale a salire sull'albero. Il muso della güirrizza sfiorava l'orecchio e il volto dell'uomo. A volte mi sembrava che si afferrasse ad Amilcare con sempre più forza; non sembrava che volesse lasciarsi andare per salire sull'albero.

Lui continuò a fare dei movimenti come prima, però improvvisamente, per qualche motivo, in modo completamente inaspettato l'animale si spaventò e diede un morso tremendo ad Amilcare, che cadde al suolo urlando di terrore; il suo cappello di tela fu lanciato a un lato e andò a cadere a un paio

di metri da noi. La güirrizza, dando una violenta frustata con la coda, saltò verso i cepugli, dove sparì in un soffio.

Amilcare gridava: – Il mio orecchio, il mio orecchio! Me l'ha strappato l'animale! –

Disteso a terra, toccandosi con la mano destra il lato della faccia continuava a gridare: – Quella svergognata güirrizza si è mangiato il mio orecchio! – Gesticolando dal terrore mi gridò: – Seguila, Paulino, e uccidila per tirarle fuori il mio orecchio dalla pancia! – Per poi continuare a dire: – La gran svergognata mi ha strappato l'orecchio, uccidila, uccidila Paulino! –

Quando potetti reagire mi avvicinai a lui; mi aspettavo di vedere qualcosa di orribile, però quello che aveva era una gran abrasione sulla guancia destra che prendeva anche l'orecchio. Tutta l'area era molto arrossata, però non sanguinava: l'orecchio era al suo posto. A un lato vicino a noi, buttato nel suolo, c'era il cappello di tela. Per nostra fortuna, credo che ciò che morse la güirrizza fu la falda del cappello e non la faccia o l'orecchio di Amilcare. Gli spiegai che tutto era in ordine, che non era successo niente di grave, e così si tranquillizzò poco a poco.

Quando era già più calmo mi disse: – Per fortuna quella svergognata non mi ha strappato l'orecchio –, e dicendo questo si mise a ridere.

Anch'io cominciai a ridere ed iniziammo a correre lungo la discesa verso il villaggio, saltando e gridando tra le erbacce.

Per il grande spavento che ci diede la güirrizza, dimenticammo completamente che eravamo andati a caccia di un cervo.

Corremmo e corremmo per una mezz'ora, in discesa e cadendo sui pendii più scoscesi; eravamo pieni di fango rossastro e ansimavamo come cani da caccia.

Così scendemmo dalla collina. Quando arrivammo a casa mia, continuammo a ridere e gridare, e nel congedarci, Amilcare mi disse: – Güirrizza svergognata, che spavento mi ha dato –, e continuò correndo verso casa sua. Poi, quando era già a una cinquantina di metri, mi disse gridando: – Hai visto Paulino, la svergognata non mi ha morso l'orecchio! -. E dopo, agitando in alto la mano destra, sparì nella curva che faceva la strada un po' più avanti.

Io rimasi seduto sulla strada, di fronte al portone di casa.

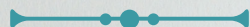
Che spavento ci diede la güirrizza! La gran svergognata..., che spavento!

Bernal

29-08-2001.



El cacique.



Mamá, -¿qué se hizo el cacique...?-.
 -¡Ese pájaro anaranjado con negro

lo cogí ayer por la tarde en el palo de mango...!-.
 -¡Lo metí en la jaula de bambú...!-.
 -¡Pero ya no está..., se fue...!-.
 -¡El cacique se escapó, Bernal...!-.
 Y contesto, -eso no puede ser, la jaula está cerrada...-.
 -¡El cacique se escapó, Bernal...!-.
 -El pájaro es libre, es libre como el viento...-.
 -¡Usted no debe encerrarlo, Bernal...!-.
 -El pájaro es el adorno del palo de mango...-.
 -¡Usted no debe encerrarlo, Bernal...!-.
 Mamá, -¿qué se hizo el cacique...?-.
 Bernal

Bernal

Octubre, 2013.



Il cacicco.



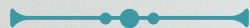
"Mamma, che fine ha fatto il cacicco?"
 "Quell'uccello arancione e nero
 l'ho preso ieri pomeriggio sull'albero di mango...!".
 "L'ho messo nella gabbia di bambù...!".
 "Però non c'è più..., se n'è andato...!".
 "Il cacicco è scappato, Bernal...!".
 E rispondo: "Non può essere...la gabbia è chiusa...".
 "Il cacicco è scappato, Bernal...!".
 "L'uccello è libero, libero come il vento...".
 "Tu non devi rinchiuderlo, Bernal...!".
 "L'uccello è l'ornamento dell'albero di mango...".
 "Tu non devi rinchiuderlo, Bernal...!".
 "Mamma, che fine ha fatto il cacicco?"
 Bernal

Bernal

Ottobre, 2013.



La india.



¿Hacia dónde marchas Pepe Maraca...?
 ¿Vas para el monte Paulino...?
 ¡Ya llevan el rifle cargado..., imagino!
 Me has dicho Paulino que hoy van a cazar palomas...
 Van a ir a caminar por los potreros y por los cerros...
 A cazar coliblancas,
 especialmente ahora, que estamos iniciando el verano...

No, no vamos a cazar palomas,
 tampoco llevamos los rifles...
 Vamos a ir a ver los animales del bosque...
 Vamos a caminar bajo el sol...
 A bañarnos en la poza verde...

Te traeremos comida sabrosa,
 y pescaremos camarones de río para almorzar...
 Almorzaremos juntos en tu rancho bendito, en tu mesa sagrada...
 Sólo pescaremos lo necesario para comer nosotros tres...

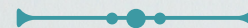
Vamos a caminar bajo el sol...
 A bañarnos en la poza verde...

Bernal

Noviembre, 2013.



L'india.



Verso dove cammini Pepe Maraca...?
 Vai in montagna Paulino...?
 Portate il fucile già carico..., immagino!
 Mi ha detto Paulino che oggi andate a caccia di colombe...
 Andate in giro per pascoli e colline...
 A cacciare *coliblancas*,
 specialmente adesso, che inizia l'estate...

No, non andiamo a caccia di colombe,
 e neanche portiamo i fucili...
 Andiamo a vedere gli animali del bosco...
 Andiamo a camminare sotto il sole...
 A bagnarci nella pozza verde...

Ti porteremo cibo gustoso,
 e pescheremo gamberi di fiume per pranzo...
 Pranzeremo insieme nella tua fattoria benedetta, al tuo tavolo sacro...
 Pescheremo solo il necessario per mangiare noi tre...

Andiamo a camminare sotto il sole...
 a bagnarci nella pozza verde...

Bernal

Novembre, 2013.

El caballo.

Por aquellos días, allá por el año 1945, al pueblo de Arenal sólo se llegaba a caballo o en un vehículo muy fuerte en época seca. Si llovía muy seguido, era muy difícil llegar a esta linda población de la cordillera, épocas en que normalmente permanecía aislada incluso por espacio de varios días o semanas.

El poblado más cercano era Tilarán, que estaba a unas dos horas a caballo, yendo hacia el oeste, cruzando por bellísimos paisajes que permanecían verdes todo el año, debido a las lluvias que en ese lugar casi nunca cesaban.

A lo lejos podía verse el cono perfecto del Volcán Arenal, recortado contra el horizonte que, en días claros, era azul. Por ratos, apenas cubierto de algunas nubes blancas que pronto se llevaba el viento.

Ahí en Arenal vivía Arcadio, un hombre blanco que había llegado a ese lugar desde el valle central del país. Lo había hecho hacía muchos años, con sus padres, que vendieron el cafetal para comprar aquella finca de trescientas hectáreas en aquel paraíso enclavado en las faldas de la cordillera.

Ahí vivía con su esposa Alba y con sus dos hijos, Alfredo de cinco y Gonzalo, de dos años.

Ahí se dedicaban a la ganadería de leche, producto que vendían en Tilarán, para que luego lo llevaran al centro del país. Sacar la leche de la finca era en extremo difícil. Lo hacían en un camión muy fuerte que llegaba al sitio una vez por semana, luego de batir el barro colorado durante hora y media.

Alba de mis amores,
tu cuerpo bonito y tu cara blanca
son una escultura y una flor muy linda...
La cordillera es mi patria y
el paisaje verde es mi hermano del alma...



Alfredo estaba sentado tranquilo. Conversaba narrando en detalle una historia muy linda. Era una historia de miedo que se dio allá en Arenal, en las faldas de la cordillera, cuando él tenía unos cinco años, es decir, por allá de 1945. Estábamos tomando cervezas en una cantina llamada El Refugio, en el centro de Tilarán. Era una noche en que soplaba mucho viento y caía, como siempre, una leve llovizna fría. Alfredo estaba ya un poco locuaz por efecto del alcohol, por lo que la historia se desarrollaba de manera fluida y entretenida.

Contaba Alfredo que, cuando él era un niño que aún no iba a la escuela, en su casa de la finca, los asustaba por las noches un caballo. Él no recordaba muy bien el aspecto del animal, porque en la oscuridad de la noche lo veía sólo como una masa oscura, muy grande, que se movía haciendo sonar sus cascos contra el suelo y que resoplaba de cuando en cuando, inquieto y nervioso, por lo que a Alfredo le parecía que el caballo estaba amarrado a algo.

Eso se daba frecuentemente, por las noches. En esas ocasiones siempre ocurría poco después de que ellos se habían ido a la cama, cosa que hacían como a las ocho de la noche.

Recordaba Alfredo que cuando él ya se estaba durmiendo, llegaba a asustarlos el fantasma del caballo. Él se asomaba por la ventana pero no veía nada en la oscuridad de la noche. Sólo de vez en cuando veía un bulto oscuro que se movía nerviosamente cerca del frente de la casa. Sonaban sus cascos y sus rebuznos cada cierto tiempo. Aquel fantasma le daba un miedo terrible.

Entonces él buscaba a su madre en la habitación de ella, pero de nuevo, sólo veía en la oscuridad el bulto de su cuerpo cubierto por la cobija, inmóvil y profundamente dormida. La llamaba pero no le contestaba. Ella le había prohibido que entraran a su habitación si ella no les contestaba, esto para que no la despertaran, pues le costaba mucho conciliar de nuevo el sueño.

Estas situaciones se daban cuando su padre andaba en Tilarán haciendo

negocios de ganado y de leche. Acostumbraba quedarse a dormir ahí una o dos noches, ocasiones en que a Alfredo lo asustaba el fantasma del caballo.

Alba de mis amores,
he esperado a que llegue la noche,
echo de menos tus besos,
necesito tus caricias,
quisiera sentir tu cuerpo caliente,
y escuchar tu risa en el silencio...

Un día Alfredo se armó de valor y trató de descifrar el enigma, pero para esto debía ser muy valiente y osado. Decidió levantarse en la oscuridad a espantar el fantasma del caballo, aunque su madre durmiera y su padre no estuviera en la casa.

A los pocos días su papá tuvo que ir a Tilarán a hacer negocios, por lo partió un día jueves por la mañana. Ellos se quedaron en la casa con su madre cuidando y dirigiendo la finca. Como de costumbre, al ser como las cinco y treinta de la tarde del día jueves se sentaron a la mesa a comerse la cena de ese día, luego bebieron un vaso de agua dulce con leche, se lavaron los dientes y se fueron a dormir.

Al poco rato empezó a sonar el ruido del fantasma del caballo. Todo estaba muy oscuro y en silencio. Alfredo se levantó y se asomó por la ventana pero no vio nada. Entonces se fue al cuarto de su madre, pero ella estaba profundamente dormida. Su hermano Gonzalo dormía también tranquilamente en su cuarto. No los llamó ni los despertó.

Se fue de puntillas hacia la sala de la casa y pudo ver dos fantasmas de figuras humanas entrelazadas en una lucha feroz. Él creyó que uno de los dos estaba matando al otro. La lucha se daba en la oscuridad y en un silencio absoluto, solo turbado por el jadear de los dos enemigos mientras luchaban a muerte.

Pronto uno de los dos llevó al otro contra la pared y ahí le pareció que lo ahorcaba por los ruidos sordos que emitía la víctima. La lucha se dio unos minutos más y pronto todo terminó.

Los dos fantasmas enemigos, jadeantes, quedaron apoyados contra la pared, agotados por la pelea.

Alfredo sólo podía ver sus figuras como masas amorfas y oscuras, por lo que no podía saber quiénes eran esos dos fantasmas que luchaban como queriendo matarse.

Alba, me has dado dos hijos,
yo te he dado todo lo que soy,
el volcán y laguna son mis testigos...
El viento y el potrero no me dejan mentir...
Por ti haría lo que fuera...
Con tal de tenerte siempre a mi lado...

Alfredo se fue rápidamente para su habitación por temor a que lo fueran a atrapar los fantasmas. Toda la casa estaba en silencio, sólo se oía el ruido del caballo de vez en cuando. Al poco rato el fantasma del caballo dejó de molestar.

Aquella noche le costó mucho dormir. No podía dejar de pensar en que los fantasmas le podrían llegar a tocar la espalda cuando estuviera acostado. Por eso durmió con la espalda contra la pared de la habitación. Finalmente, luego de varias horas, logró conciliar el sueño.

Él no le comentó a su madre lo ocurrido, pues ella se hubiera enojado mucho al enterarse de que él andaba levantado de noche, deambulando por ahí, en vez de estar durmiendo. De hecho él nunca le habló a ella del fantasma del caballo.

Luego de este evento pasaron los días sin ninguna novedad. Su padre regresó a su casa y, aunque su relación con él era muy distante, se sintió acompañado y seguro, por lo que por las noches pudo dormir bien. No le contó nada de lo ocurrido, por temor a que su papá le dijera que él era un miedoso y un cobarde, que se dejaba asustar por los fantasmas.

Alfredo recordaba que su padre le enseñó a disparar con la escopeta 28 de cañón largo. Le enseñó también a cargar los cartuchos con diversos tipos de munición, desde munición para paloma morada o codorniz, hasta munición

para venado o para chanco de monte. Esto lo hizo su padre para que defendiera a su madre y a su hermano en caso necesario, por si algún animal llegaba a amenazarlos un día en que él no estuviera en la casa.

Con el paso de los días Alfredo se fue llenando de valor. Decidió que se iba a enfrentar a los fantasmas. Para eso tenía la escopeta 28, cartuchos con munición para venado o chanco de monte y buena vista para ver de noche.

Esperó pacientemente a que su padre tuviera que ir a hacer negocios a Tilarán. No le habló a nadie de sus planes. Arcadio siempre le había dicho que no debía nunca sentir miedo, que siempre debía enfrentar las amenazas aunque estuviera nervioso. Él estaba decidido a hacerlo. No debía temer a los fantasmas.

Alba de mis amores,
nuestros hijos son valientes,
pueden luchar contra animales salvajes,
pueden trabajar fuertemente,
pueden enfrentar a los fantasmas...

Pasadas dos semanas, su padre les dijo que estaría en Tilarán dos o tres días haciendo negocios. Se iría el día lunes y regresaría el miércoles.

A Alfredo le dio miedo aquello, pero como antes nos dijo, estaba decidido a enfrentar a los fantasmas.

Por fin llegó la noche del lunes. Esa tarde no llovió, pero soplaba un viento tremendo. Se comieron la cena con su madre y luego, ya tarde, se fueron a dormir. Alfredo, sin que su madre lo notara, esa tarde metió debajo de su cama la escopeta cargada con un cartucho con munición para chanco de monte.

Cuando había pasado como una hora después de haberse acostado, escuchó el fantasma del caballo. Sus manos empezaron a sudarle e incluso el resto de su cuerpo, al extremo de que sentía su pijama mojada por el sudor.

Se levantó sigilosamente, fue al cuarto de su madre pero ella, como de

costumbre, estaba profundamente dormida. Su hermano dormía sin saber que el fantasma estaba cerca. Se fue entonces para la sala de la casa y pudo ver de nuevo a los fantasmas sentados en el sofá. La lucha entre ellos era a muerte. Pronto cayeron al suelo luchando como furiosos enemigos. Aunque Alfredo no podía ver bien lo que ocurría, por el ruido que hacían notaba que respiraban con dificultad.

Luego de algunos minutos de lucha, en medio de la lucha de los enemigos, escuchó una especie de quejido apenas audible en medio de unos movimientos violentos, los fantasmas se retorcieron entre sí jadeantes y furiosos, luego se quedaron quietos. Entonces todo quedó en silencio. Sólo era turbado por el ruido del viento en el techo de la casa.

Ahí se quedaron largo rato. En medio del ruido del viento uno de los fantasmas se levantó del suelo, abrió la puerta de la casa y salió al exterior. El otro fantasma permaneció acostado en el piso de la sala.

Alfredo, caminando de puntillas, regresó a su habitación, tomó la escopeta, abrió la ventana de su cuarto sin hacer ruido y esperó a que llegara a asustarlo el fantasma del caballo.

Esa noche estaba inusualmente clara pese al viento que soplaba, por lo que pudo ver la masa amorfa del fantasma del caballo que estaba frente a su ventana.

Entonces Alfredo tomó la escopeta y apuntó cuidadosamente a la parte superior de la figura del caballo. Estaba tan asustado que los latidos de su corazón le impedían apuntar con precisión, pero en parte a puro cálculo, en parte a pura vista, centró el blanco y disparó.

La detonación sonó como un trueno. El estruendo del disparo fue ahogado en parte por el ruido del viento. Las gallinas se despertaron asustadas cacareando a viva voz. Su hermano Gonzalo sólo se revolvió en la cama murmurando algo. Luego todo quedó en silencio.

Con el disparo de la escopeta el fantasma del caballo salió corriendo a gran velocidad. Su madre llegó al cuarto de Alfredo, lo tomó en sus brazos y se lo llevó para su cama. Alba tomó la escopeta y la guardó en el ropero donde

siempre estaba. Le pidió a Alfredo que no le contara a nadie, ni siquiera a su padre, lo que había ocurrido esa noche. Hasta entonces, Alba supo que a Alfredo llegaba a asustarlo el fantasma de un caballo.

El resto de la noche fue terrible para Alfredo. Del todo no pudo dormir. Tan pronto como se dormía, empezaba a soñar con el fantasma del caballo y con el estampido de la escopeta. Ya de madrugada, luego de haber dormido algunas horas, se despertó aterrorizado y gritando, por lo que su madre vino a tranquilizarlo y a calmarlo. Para su dicha, su madre se lo llevó para su lecho, sitio en que logró quedarse dormido hasta el amanecer del día siguiente.

Alba de mis amores,
tu, mis hijos y yo
seremos uno solo,
nos defenderemos a muerte...
Guardaremos silencio y
ahuyentaremos a los fantasmas...

A la mañana siguiente todo transcurrió con normalidad y su madre no le dijo nada fuera de lo normal. Ella estaba silenciosa y preocupada. Se notaba irritable. Alfredo estaba un poco aturdido por haber pasado una muy mala noche, pero se sentía bien. El día transcurrió con normalidad, llegó la noche, cenaron y se fueron a dormir. Esa noche la pasó en la cama de su madre, quien lo abrazaba para que estuviera tranquilo. De hecho concilió el sueño sin problemas y descansaron todos hasta el amanecer.

El día miércoles, por la mañana, regresó Arcadio a casa.

Le contó a su esposa que, en Arenal, el martes por la mañana, había aparecido el caballo de Ernesto, el dueño de la finca vecina. En el lomo del caballo estaba él, muerto y rígido doblado sobre el cuello del caballo. En su agonía se agarró tan fuerte, que ya muerto no se cayó, pese a que el caballo parecía haber caminado un largo trecho.

Decían en el pueblo que un cazador de chanchos de monte, cazando de noche, lo había confundido y lo había matado. Opinaban que sólo el caballo sabría qué era lo que en realidad había pasado.

Para todos, Ernesto había sido muerto en un accidente de cazadores.

El niño nunca más habló del asunto con su madre y menos con su padre. Ese fue un secreto que él guardaría para siempre.

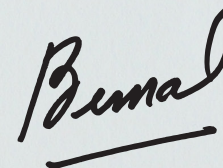
Alfredo se quedó callado. El contar la historia, agregado al alcohol de las cervezas, lo había afectado mucho.

Desde esos días habían pasado más de cincuenta años.

Todos los demás guardamos silencio. Alfredo estaba borracho.

Pagamos la cuenta y salimos de la cantina El Refugio.

De regreso en mi casa, esa noche, en mi habitación silenciosa, se escuchaba el ruido del viento fuerte de la cordillera...



Abril, 2013.

Il cavallo.

In quel tempo, attorno al 1945, al villaggio di Arenal si arrivava solo a cavallo o con veicoli molto resistenti durante la stagione secca; se pioveva molto era difficile raggiungere questa bella popolazione della cordigliera, epoca in cui restava isolata anche per vari giorni o settimane. L'abitato più vicino era Tilarán, che era a un paio d'ore di cavallo, verso ovest, passando per bellissimi paesaggi che restano verdi tutto l'anno grazie alle piogge che in quelle zone non cessano mai. In lontananza si poteva vedere il cono perfetto del vulcano Arenal, stagliato sull'orizzonte che nelle giornate chiare era azzurro, appena coperto in alcuni momenti da nuvole bianche che si portava via il vento. Lì ad Arenal viveva Arcadio, un uomo bianco che era arrivato in quel luogo dal valle central. Lo aveva fatto molti anni prima, con i suoi genitori, che vendettero la piantagione di caffè per comprare quella tenuta di trecento ettari in quel paradiso incastonato alle falde della cordigliera.

Lì viveva con sua moglie Alba e i suoi due figli, Alfredo di cinque anni e Gonzalo di due. Si dedicavano all'allevamento di mucche e alla produzione del latte, che vendevano a Tilarán da dove veniva trasportato al centro del paese. Trasportare il latte dalla tenuta era un'impresa ardua, lo facevano con un camion molto forte che arrivava sul posto una volta alla settimana, dopo aver battuto il fango rosso della strada per un'ora e mezza.

Alba dei miei amori
Il tuo bel corpo e il tuo viso bianco
sono una scultura e un bel fiore...
La cordigliera è la mia patria e
il paesaggio verde il mio fratello dell'anima...

Alfredo stava seduto tranquillo e conversava raccontando i dettagli di una storia molto bella. Era una storia di paura che successe lì nell'Arenal, alle falde della cordigliera, quando lui aveva circa cinque anni, ossia verso il 1945.

Stavamo bevendo birra in una cantina chiamata El Refugio, nel centro di Tilarán. Era una notte che soffiava molto vento e cadeva, come sempre, una pioggerellina fredda. Alfredo era un po' loquace per effetto dell'alcol, per



cui la storia si sviluppava in forma fluida e divertente. Raccontava Alfredo che, quando era un bambino che non andava ancora a scuola, nella sua casa della tenuta, di notte, li spaventava un cavallo. Lui non ricordava molto bene l'aspetto dell'animale, perché nell'oscurità della notte lo vedeva solo come una massa oscura, molto grande, che si muoveva facendo rumore con i suoi zoccoli contro il suolo e sbuffando di quando in quando, inquieto e nervoso, tanto che Alfredo pensava che il cavallo fosse legato a qualcosa. Questo accadeva con frequenza, di notte. Succedeva sempre poco dopo che tutti si fossero accostati, cosa che facevano verso le otto di sera. Alfredo ricordava che quando lui si stava già addormentando veniva a spaventarli il fantasma del cavallo. Lui si sporgeva dalla finestra, ma non vedeva nulla nell'oscurità della notte; solo ogni tanto notava qualcosa di scuro che si muoveva nervosamente di fronte alla casa. A volte risuonavano i suoi zoccoli e i suoi nitriti: quel fantasma gli faceva una paura terribile.

Allora lui cercava sua madre nell'altra stanza, però vedeva solo la massa del suo corpo sotto la coperta, immobile e profondamente addormentata. La chiamava, ma non gli rispondeva. Lei aveva proibito loro di entrare nella sua stanza quando non rispondeva, perché non la svegliassero dato che poi faceva fatica a conciliare di nuovo il sonno. Queste cose succedevano sempre quando suo padre andava a Tilarán per il commercio del bestiame e del latte. Aveva l'abitudine di fermarsi a dormire lì una o due notti, occasioni in cui Alfredo era spaventato dal fantasma del cavallo.

Alba dei miei amori,
ho aspettato che scendesse la notte,
mi mancano i tuoi baci,
ho bisogno delle tue carezze,
vorrei sentire il tuo corpo caldo,
e ascoltare le tue risa nel silenzio...

Un giorno Alfredo si armò di coraggio e cercò di decifrare l'enigma, però per questo doveva essere molto coraggioso e audace. Decise di alzarsi nell'oscurità per spaventare il fantasma del cavallo, quando sua madre dormiva e suo padre

non era in casa. Pochi giorni dopo suo papà dovette andare a Tilarán per affari e partì un giovedì mattina; loro rimasero in casa con la mamma prendendosi cura della tenuta. Come d'abitudine, verso le cinque e mezzo del pomeriggio sedettero a tavola per cenare, quindi bevettero un bicchiere di *agua dulce* con latte, si lavarono i denti e andarono a dormire. Dopo un po' cominciò a risuonare il rumore del fantasma del cavallo. Tutto era oscuro e silenzioso. Alfredo si alzò e si sporse dalla finestra, però non vide nulla; allora entrò nella stanza di sua madre, ma lei era profondamente addormentata. Anche suo fratello Gonzalo dormiva tranquillamente in camera sua: non li chiamò né li svegliò. Andò in punta di piedi verso la sala della casa e potette vedere due fantasmi di forma umana intrecciati in una lotta feroce. Lui credette che uno dei due stesse ammazzando l'altro. La lotta si svolgeva nell'oscurità e in un silenzio assoluto, turbato solo dall'ansimare dei due nemici mentre lottavano a morte.

Subito uno dei due portò l'altro contro la parete e lì gli sembrò che lo stesse strozzando, per i rumori sordi che emetteva la vittima; la lotta continuò alcuni minuti e poi terminò. I due fantasmi nemici, ansimando, rimasero appoggiati alla parete, esausti per la lotta. Alfredo poteva solo vedere le loro figure come masse amorphe e scure, per cui non poteva sapere chi erano quei due fantasmi che lottavano come se volessero uccidersi.

Alba, mi hai dato due figli,
io ti ho dato tutto quello che sono,
il vulcano e la laguna sono i miei testimoni...
il vento e il pascolo non mi permettono di mentire...
per te farei qualsiasi cosa...
pur di tenerti sempre al mio fianco.

Alfredo rientrò rapidamente nella sua stanza per paura che lo prendessero i fantasmi. Tutta la casa era in silenzio, si udiva solo il rumore del cavallo, ogni tanto; dopo poco tempo il fantasma del cavallo smise di molestare.

Quella notte fece molta fatica ad addormentarsi. Non poteva smettere di pensare che i fantasmi avrebbero potuto toccargli la schiena quando sarebbe stato accostato, per questo dormì con la schiena contro la parete dell'abitazione. Finalmente, dopo alcune ore, potette conciliare il sonno.

Non raccontò a sua madre ciò che era successo, dato che lei si sarebbe arrabbiata molto sapendo che lui si alzava di notte, deambulando per la casa

invece di dormire. Di fatti lui non le parlò mai del fantasma del cavallo.

Dopo quell'evento passarono i giorni senza nessuna novità. Suo padre tornò a casa e, nonostante che la sua relazione con lui fosse distante, si sentì in compagnia e sicuro, per cui di notte potette dormire bene. Non gli raccontò nulla di ciò che era successo, per timore che suo papà gli dicesse che era un pauroso e un codardo, che si spaventava per i fantasmi. Alfredo ricordava che suo padre gli aveva insegnato a sparare con il fucile da caccia di canna lunga; gli insegnò anche a caricarlo con cartucce di diversi tipi di munizioni, da quelle per le colombe viola o le quaglie, fino alle munizioni per i cervi o i cinghiali. Questo fece suo padre perché difendesse sua madre e suo fratello in caso di necessità, nel caso che qualche animale fosse venuto a minacciarli un giorno che lui non fosse stato in casa. Con il passare dei giorni acquistava coraggio, e decise che avrebbe affrontato i fantasmi. Per questo aveva il fucile da caccia caricato con cartucce per cervo o cinghiale, e una buona vista per vedere di notte. Aspettò pazientemente che suo padre andasse per affari a Tilarán, e non parlò con nessuno del suo piano. Arcadio gli aveva sempre detto che non doveva mai aver paura, che doveva sempre affrontare le minacce anche se era nervoso. Lui era deciso a farlo: non doveva aver paura dei fantasmi.

Alba dei miei amori,
i nostri figli sono coraggiosi,
possono lottare contro animali selvaggi,
possono lavorare duramente,
possono affrontare i fantasmi...

Passate due settimane, suo padre disse loro che si sarebbe recato a Tilarán per due o tre giorni per lavoro: sarebbe partito lunedì e tornato mercoledì.

Ad Alfredo questo lo spaventò, però come si disse prima, era deciso ad affrontare i fantasmi.

Infine arrivò la notte di lunedì. Quel pomeriggio non aveva piovuto, però soffiava un vento tremendo. I bambini cenarono con la loro mamma e poi andarono a dormire. Alfredo, senza che sua madre lo notasse, quella sera mise sotto il letto il fucile da caccia caricato con cartucce per cinghiali. Dopo circa un'ora che si era accostato, udì il fantasma del cavallo. Le sue mani cominciarono a sudare ed anche il resto del corpo, tanto che sentiva il pigiama bagnato di sudore. Si alzò furtivamente e andò nella stanza di sua madre

però lei, come sempre, era addormentata; suo fratello dormiva senza sapere che il fantasma era lì vicino. Andò quindi in sala e potette vedere i fantasmi seduti sul sofà: stavano lottando a morte. Caddero subito al suolo lottando come nemici furiosi. Anche se Alfredo non poteva vedere bene ciò che stava accadendo, per il rumore che facevano notò che respiravano a fatica. Dopo alcuni minuti di lotta, ascoltò una specie di piagnucolio appena percepibile tra alcuni movimenti violenti; i fantasmi si ritorcevano tra loro ansimando furiosamente, poi rimasero quieti. Allora tutto rimase nel silenzio, turbato solo dal rumore del vento sul tetto della casa: lì rimasero per un bel po'. Tra il rumore del vento uno dei fantasmi si alzò dal suolo, aprì la porta della casa e uscì; l'altro fantasma rimase accostato sul pavimento della casa. Alfredo, camminando in punta di piedi, tornò nella sua stanza, prese il fucile, aprì la finestra senza far rumore e aspettò che venisse a spaventarlo il fantasma del cavallo. Quella notte era insolitamente chiara nonostante il vento che soffiava, per cui potette vedere la massa amorfa del fantasma del cavallo che era di fronte alla sua finestra. Allora prese il fucile e puntò attentamente verso la parte superiore della figura del cavallo. Era talmente spaventato che i battiti del cuore gli impedivano di mirare con precisione però, un po' calcolando, un po' a vista, mirò al bersaglio e sparò. La detonazione risuonò come un tuono. Il fragore dello sparo fu soffocato in parte dal rumore del vento; le galline si svegliarono spaventate schiamazzando, suo fratello Gonzalo si girò solo nel letto mormorando qualcosa, poi tutto rimase in silenzio. Per lo sparo del fucile il fantasma del cavallo si mise a correre a gran velocità. Sua madre andò nella stanza di Alfredo, lo prese tra le braccia e se lo portò nel letto; quindi prese il fucile da caccia e lo ripose nell'armadio dove stava sempre. Ordinò ad Alfredo di non dire a nessuno, neanche a suo padre, ciò che era successo quella notte. Solo allora Alba seppe che ad Alfredo lo spaventava il fantasma del cavallo.

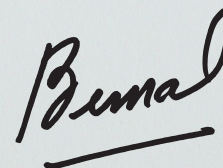
Il resto della notte fu terribile per Alfredo: non potette dormire affatto. Appena si addormentava, cominciava a sognare il fantasma del cavallo e il colpo di fucile. All'alba, dopo aver dormito qualche ora, si svegliò gridando terrorizzato, per cui sua madre dovette tranquillizzarlo e calmarlo. Per sua fortuna, sua madre lo teneva nel suo letto, dove riuscì a dormire fino al mattino seguente.

Alba dei miei amori,
tu, i miei figli ed io

saremo uno solo,
ci difenderemo a morte...
staremo in silenzio e
metteremo in fuga i fantasmi...

Al mattino seguente tutto trascorse regolarmente e sua madre non gli disse niente fuori dal normale; lei era silenziosa e preoccupata. Si vedeva irritabile. Alfredo era un po' stordito per aver passato una brutta notte, però si sentiva bene. Il giorno trascorse regolarmente, arrivò la notte, cenarono ed andarono a dormire. Quella notte la passò nel letto di sua madre, che lo abbracciava perché stesse tranquillo. Di fatto conciliò il sonno senza problemi e riposarono tutti fino all'alba. Mercoledì mattina tornò a casa Arcadio. Raccontò a sua moglie che, nell'Arenal, era apparso il cavallo di Ernesto, il padrone della tenuta vicina. Sul dorso del cavallo c'era lui, morto e rigido piegato sul collo dell'animale. Nella sua agonia si afferrò con tanta forza che dopo morto non cadde, nonostante che il cavallo dovette aver camminato per un lungo tratto. Si diceva nel villaggio che un cacciatore di cinghiali, cacciando di notte, lo aveva confuso e lo aveva ucciso. Opinavano che solo il cavallo sapesse quello che in realtà fosse successo. Per tutti, Ernesto era morto in un incidente di caccia. Il bambino non parlò mai più della faccenda con sua madre e ancor meno con suo padre; quello fu un segreto che lui avrebbe custodito per sempre. Alfredo rimase in silenzio. Raccontare la storia, insieme all'alcol delle birre, lo aveva scosso molto; da quei giorni erano passati più di cinquant'anni. Tutti noi restammo in silenzio; Alfredo era ubriaco. Pagammo il conto ed uscimmo dalla cantina El Refugio.

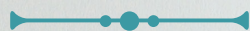
Di ritorno a casa, quella notte, nella mia stanza silenziosa, si udiva il rumore del vento forte della cordigliera.



Aprile, 2013.



El estero.



Frente al negocio de mi padre
puedo ver el estero verde...
Allá a lo lejos, al otro lado del agua,
puedo ver el manglar de color verde claro...
Puedo ver incluso donde llega el río...

Los botes, los bongos y las lanchas
llegan y se van despacio..., lentamente...,
Frente al negocio de mi padre
puedo ver el estero verde...

Hace mucho sol y el cielo es completamente azul,
no hay una sola nube, es pleno verano,
el estero parece un espejo
y el manglar parece un encaje...

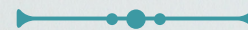
Frente al negocio de mi padre
puedo ver el estero verde...
Y allá a lo lejos, al otro lado del agua,
una mujer bonita me mira sonriendo...

Bernal

Noviembre, 2013.



La foce.



Di fronte al negozio di mio padre
posso vedere la foce verde...
Là in lontananza, all'altro lato dell'acqua,
posso vedere il mangroviato color verde chiaro...
posso vedere perfino dove arriva il fiume...

Le barche, i bonghi e le lance
arrivano e se ne vanno piano..., lentamente...,
Di fronte al negozio di mio padre
posso vedere la foce verde...

C'è molto sole ed il cielo è completamente azzurro,
Non c'è una sola nube, è piena estate,
la foce sembra uno specchio
e il mangroviato un merletto...

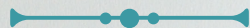
Di fronte al negozio di mio padre
posso vedere la foce verde...
E là in lontananza, all'altro lato dell'acqua,
una donna carina mi guarda sorridendo...

Bernal

Novembre, 2013.



Las islas.



Son las diez de la mañana,
camino por la playa rumbo al lugar donde me baño en el mar,
el sol amarillo brilla radiante ya muy alto en el cielo azul,
lo siento cómo quema mi piel morena...

Las islas casi púrpura se ven a lo lejos,
tras unas se ve el horizonte, tras otras se ve la cerranía...
Estoy dentro del golfo y el mar está calmo,
revientan las olas y cubren de espuma blanca la arena negra...

Las islas adornan el paisaje marino,
parecen barcos que flotan anclados en el golfo,
que siempre están ahí, silenciosos, misteriosos...
Son barcos que nunca se van,
cada mañana llegan de nuevo al mismo lugar...
La playa solitaria y el mar verde esmeralda
son testigos de aquella belleza sin par...
lo mismo son
la gaviota gris y el pájaro fragata que surcan el aire caliente...

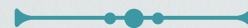
Las islas púrpura se ven a lo lejos...

Bernal

Noviembre, 2013.



Le isole.



Sono le dieci del mattino,
Cammino sulla spiaggia diretto al luogo dove mi bagno nel mare,
Il sole giallo brilla alto e raggiante nel cielo azzurro,
Sento come brucia la mia pelle morena...

Le isole quasi porpora si vedono in lontananza,
Dietro alcune si vede l'orizzonte, dietro altre le montagne...
Sono dentro il golfo e il mare è calmo,
Le onde che si infrangono coprono di spuma bianca la sabbia nera...

Le isole ornano il paesaggio marino,
sembrano battelli che galleggiano ancorati nel golfo,
che stanno sempre lì, silenziosi, misteriosi...
Sono battelli che non partono mai,
ogni mattina arrivano di nuovo nello stesso luogo...
La spiaggia solitaria ed il mare verde smeraldo
sono testimoni di quella bellezza senza pari...
Lo stesso sono
il gabbiano grigio e l'uccello fregata che solcano l'aria calda...

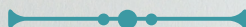
Le isole porpora si vedono in lontananza...

Bernal

Novembre, 2013.



El golfo.



-¿Tú quieres tener un acuario, Bernal?-

Y contesta Paulino, mi padre...

-¡La naturaleza te hizo uno, muy grande y muy bello...!-.

-¡Es tan grande que le puso islas de color púrpura...!-.

-¡Tiene tanta agua que le puso los peces, el cangrejo y el caracol...!-.

-¡Es tal su amistad que tiene la brisa marina que acaricia nuestra cara...!-.

-¡Le dio tanta fuerza que le hizo la tormenta, el rayo y la centella...!-.

-¡Lo adornó con la gaviota, el buchón y el pájaro fragata...!-.

-¡Es tal su belleza que le puso los atardeceres rojos...!-.

-¡El golfo es tu amigo, Bernal...!-.

-¡Así también lo es el pez volador, el tiburón poderoso, el mero de setenta kilos y la mantarraya gigantesca...!-.

-¡No lo ensucies...!-.

-¡No destruyas su belleza...!-.

-¡El golfo es tu amigo, Bernal...!-.

-¡Protégelo...!-.

Bernal

Noviembre, 2013.



Il golfo.



- Tu vuoi avere un acuario, Bernal?-

E risponde Paulino, mio padre...

- La natura te ne ha fatto uno, molto grande e bello...!-.

- È tanto grande che ci ha messo le isole color porpora...!-.

- Contiene tanta acqua che ci ha messo i pesci, il granchio e la chiocciola!-.

- È tale la sua amicizia che la sua brezza marina accarezza il nostro viso...!-.

- Gli dette tanta forza che fece la tormenta, il flmine e la scintilla...!-.

- L'ha adornato con il gabbiano, il pellicano e l'uccello fregata...!-.

- È tale la sua bellezza che gli pose i tramonti rossi...!-.

- Il golfo è tuo amico, Bernal...!-.

- Così come il pesce vela, lo squalo poderoso, la spìgola di settanta chili e la manta gigante...!-.

- Non sporcarlo...!-.

- Non distruggere la sua bellezza...!-.

- Il golfo è tuo amico, Bernal...!-.

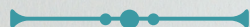
- Proteggilo...!-.

Bernal

Novembre, 2013.



Los tesoros.



¿Cuál es el jardín, Paulino?...
El jardín es el bosque verde lleno de vida...
¿Cuál es el acuario, Paulino?...
El acuario es el mar inmenso lleno de algas y peces...
¿Cuál es la fuente de agua fresca y limpia, Paulino?...
La fuente es el río que baja de las montañas...
¿Cuál es el origen del aire y del viento, Paulino?...
El origen es la atmósfera transparente, impecable...

El jardín, el acuario, la fuente, el aire y el viento
pertenecen a todos los seres humanos,
son también de los animales del bosque,
son propiedad de las aves del cielo,
son el futuro de todos los niños del mundo...
Son la naturaleza amiga...

Juntos debemos velar por ella...

Bernal

Noviembre, 2013.



I tesori.



Qual'è il giardino, Paulino?...
Il giardino è il bosco verde pieno di vita...
Qual'è l'acquario, Paulino?...
L'acquario è il mare immenso pieno di alghe e pesci...
Qual'è la fonte di acqua fresca e limpida, Paulino?...
La fonte è il fiume che scende dalle montagne...
Qual'è l'origine dell'aria e del vento, Paulino?...
L'origine è l'atmosfera trasparente, impeccabile...

Il giardino, l'acquario, la fonte, l'aria ed il vento
appartengono a tutti gli esseri umani,
Sono anche degli animali del bosco,
sono proprietà degli uccelli del cielo,
sono il futuro di tutti i bambini del mondo...
sono la natura amica...

insieme dobbiamo vigilare per lei...

Bernal

Novembre, 2013.

El toro.

Por medio del toro la naturaleza les habla a los que lo persiguen y al viejo que no le teme al animal.

Yo estaba sentado en el marco de la ventana del almacén de mi papá. El negocio se llamaba La Bola de Oro.

La calle al frente del almacén hacía una curva justo en la esquina, yendo hacia el mercado. Era arenosa, sin aceras y por el cordón del caño escurría el agua de la lluvia.

Al frente había sido construido el Hotel Fenix, edificación de madera por ese entonces pintada de color verde con rojo. Al otro lado había un edificio que casi no recuerdo. En medio de los dos se veía el estero, que en esos días de octubre tenía un color casi café oscuro, debido al lodo que arrastran los ríos en sus grandes crecidas.

Hacia mi derecha, a unos cincuenta metros, en dirección de la bomba Acón, venía caminando Don Indalecio.

Era un hombre muy viejo, de unos ochenta y cinco años. Caminaba por el centro de la calle de arena gris, con su bastón de rama de tamarindo sin corteza, en dirección al almacén.

Don Indalecio estaba casi completamente ciego.

Traía puesto un sombrero de pita, que cubría su cabeza de pelo completamente blanco. Su cara morena, inexpresiva, era como tallada en madera oscura.

Vestía una camisa blanca de manga larga, que llevaba abotonada hasta el último botón en el cuello. Su pantalón caqui era de piernas muy anchas. Le quedaba bastante corto. Calzaba zapatones de color café, de esos que típicamente usan los sabaneros en la bajura. No andaba puestas medias.



Don Indalecio había sido un finquero, con grandes extensiones de terreno bueno para el ganado y las frutas, en la Península de Nicoya, cerca de Paquera.

Ahora todo estaba en manos de sus hijos, y él vivía en una casita de madera en Puntarenas, frente a Las Playitas.

Su casa estaba situada a unos quinientos metros del almacén de mi papá. Era color verde claro con morado.

Con la edad me llegó la sabiduría...

Me llegó la paz espiritual...

Ahora estoy tranquilo y sereno...

Comprendo mi libertad y la de los demás...

Vivo mi vida y a los otros los dejo vivir...

Respeto el pensamiento de cada uno...

Me siento bien de madrugada...

Me encanta el amanecer púrpura

y el atardecer rojo naranja...

Soy feliz en el silencio de la noche...

Y aunque ya no las veo,
disfruto el ruido lejano de las olas del mar...

Estaba yo observando al viejo, cuando por la esquina de la Cantina El Yoyo, a unos cien metros de donde yo estaba sentado, empezó a salir la gente corriendo como en estampida, muy asustados por algún peligro que venía de en dirección del matadero de la ciudad.

No sé por qué, pero yo no sentí miedo.

La gente pasaba corriendo al lado de Don Indalecio que venía caminando, muy lentamente, por en medio de la calle. Pese a que no veía nada, pues estaba ciego, sí era muy probable que oyera el bullicio y la agitación de los que corrían.

Sin embargo siguió caminando sin dar muestras de nerviosismo.

Una mujer gorda y morena, en medio de la carrera, lo tomó del brazo y lo haló hacia un lado de la calle, para introducirlo en un negocio y ponerlo a salvo del peligro, pero él, con un movimiento brusco, rechazó la ayuda. La mujer gorda entonces continuó su camino tan rápido como pudo.

Estaba en esto cuando apareció el animal.

Era un gran toro de color café, con manchas negras en el lomo, y la frente blanca. Parecía uno de esos cimarrones que abundan en la bajura, y que cuando ven gente enfurecen hasta volverse locos. Embisten con fiereza todo lo que se les atraviesa cuando van pidiendo camino. Pesaría tal vez unos quinientos kilos y corría hacia donde venía caminando Don Indalecio.

¿Por qué me persigues...?
No te he hecho daño alguno...
Corro asustado, no estoy enojado...
Corro en busca de mi libertad,
libertad que me pertenece...
Que me ha pertenecido siempre...

Nací libre y soy libre,
¿por qué me persigues...?

El toro había escapado del matadero hacía algunos minutos y venía corriendo buscando hacia el estero.

Cuando estuvo a unos veinte metros del viejo ciego, disminuyó la velocidad poco a poco, y cuando llegó a estar muy cerca se detuvo del todo.

Luego reculó un poco como dispuesto a embestirlo, pero con el hocico casi rozando el suelo arenoso, movía la cabeza de un lado a otro. No lo atacó.

Mientras tanto el viejo seguía caminando.

No sé por qué, pero yo no sentía miedo por lo que pudiera pasarle. Confiaba en que no le ocurriría nada malo.

El toro entonces se acercó lentamente al viejo ciego y lo olfateó por algunos instantes. Luego se puso a rascar la arena con la pezuña derecha, moviendo siempre la cabeza de un lado a otro, con el hocico casi rozando el suelo arenoso.

Tú no me persigues, amigo...

Eres mi hermano mayor,
no puedes verme pero soy tu amigo,
te respeto y te quiero
como quiero a mi padre, a mi abuelo...

Por tu edad eres sabio, eres luz...

Te respeto y te quiero...

Tú no me persigues amigo...

Cuando los sabaneros que lo perseguían corriendo a pie, lazo en mano, llegaron a estar cerca del toro, éste salió corriendo y saltó hacia el estero.

Como la marea estaba alta no se golpeó, sino que cayó al agua y empezó a nadar alejándose de la orilla, mientras los perseguidores le gritaban todo tipo de palabrotas, en medio de la agitación de toda la gente.

Don Indalecio siguió su camino sin, aparentemente, haberse dado cuenta de lo que acababa de pasar.

Pertenezco a la pampa...
A los espacios abiertos...

El corral y estas calles me asfixian...

Los que me persiguen me angustian...
¿Por qué no me dejan vivir en libertad...?
¿Acaso a ti te aprisiono yo...?

Nací libre como el viento,
como el sol o las estrellas...

Pertenezco a la pampa...
A los espacios abiertos...

El toro siguió alejándose de la orilla y su cabeza y cornamenta se veían cada vez más pequeñas. Había que ir lejos, en bote, para seguirlo y capturarlo.

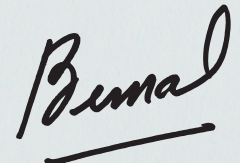
Yo me quedé sentado en el marco de la ventana del almacén...

¿Por qué me colocas la soga en el cuello?,
¿para dónde me llevas?,
¿por qué me has perseguido hasta aquí?,
¿por qué no me dejas vivir en paz y en libertad...?

El hombre viejo no puede verme, pero me respeta...
Por eso lo quiero y lo respeto yo también...
Él no me persigue...
Somos amigos...
Somos hermanos...

Perseguidor, por favor, déjame escapar...
Quiero regresar a mi pampa...
Quiero regresar a mis espacios abiertos...

Nací libre como el viento...



16-08-1996

Il toro.

Per mezzo del toro la natura parla a coloro che lo inseguono ed al vecchio che non ha paura dell'animale.

Ero seduto sulla cornice della finestra del magazzino di mio papà. Il negozio si chiamava La Bola de Oro. La strada di fronte al magazzino faceva una curva proprio sull'angolo, verso il mercato. Era sabbiosa, senza marciapiede e lungo il canale che la costeggiava scorreva l'acqua della pioggia. Di fronte era stato costruito l'Hotel Fenix, un edificio di legno in quel tempo pitturato di verde e rosso. Sull'altro lato c'era un edificio che quasi non ricordo. In mezzo ai due si vedeva l'estuario, che in quei giorni di ottobre aveva un colore quasi caffè oscuro dovuto al fango che trascinano i fiumi nelle loro grandi piene. Alla mia destra, a una cinquantina di metri, in direzione del distributore di benzina, stava camminando don Indalecio. Era un uomo molto vecchio, di circa ottantacinque anni; camminava nel centro della strada grigia, col suo bastone di legno di tamarindo senza corteccia, in direzione del magazzino.

Don Indalecio era quasi cieco, un cappello copriva la sua testa dai capelli completamente bianchi; la sua faccia morena, inespressiva, sembrava scolpita nel legno scuro. Aveva una camicia bianca dalle maniche lunghe, che portava chiusa fino all'ultimo bottone sul collo. I suoi pantaloni color cachi, molto larghi, gli stavano un po' corti. Aveva scarponi color caffè, di quelli tipici degli uomini della pampa: non portava calze. Don Indalecio era stato un *finquero*, proprietario di grandi estensioni di terreni buoni per l'allevamento e i frutteti, nella penisola di Nicoya, vicino a Paquera. Adesso era tutto in mano ai suoi figli, e lui viveva in una casetta di legno a Puntarenas, di fronte a Las Playitas. La sua casa era situata a circa cinquecento metri dal magazzino di mio papà: era color verde e viola.

Con l'età mi arrivò la saggezza...
Mi arrivò la pace spirituale...
Adesso sono tranquillo e sereno...
Comprendo la mia libertà e quella degli altri...
Vivo la mia vita e lascio vivere gli altri ...



Rispetto il pensiero di ognuno...
Al sorgere del sole mi sento bene,
mi affascinano l'alba color porpora
e il tramonto rosso arancione,
Sono felice nel silenzio della notte,
e anche se non le vedo più,
godo del rumore lontano delle onde del mare.

Io stavo osservando il vecchio, quando dall'angolo della cantina El Yoyo, a un centinaio di metri da dove ero seduto, cominciò a sbucare la gente correndo spaventata da qualche pericolo che veniva dal mattatoio della città. Non so perché, ma io non avevo paura. La gente passava correndo a fianco di Don Indalecio che stava camminando, molto lentamente, in mezzo alla strada. Nonostante non vedesse nulla, poiché era cieco, era molto probabile che udisse il chiasso e l'agitazione di quelli che correvano, ma continuò a camminare senza mostrare nessun nervosismo. Una donna grassa e mora, in mezzo alla corsa, lo prese per un braccio e lo tirò verso un lato della strada per introdurlo in un negozio e metterlo in salvo dal pericolo ma lui, con un movimento brusco, rifiutò l'aiuto. La donna grassa allora continuò il suo cammino tanto rapidamente come poteva. D'un tratto apparve l'animale. Era un gran toro color caffè, con macchie nere sulla schiena e la fronte bianca. Sembrava uno di quei tori selvaggi che abbondavano nella pianura, che quando vedono la gente si infuriano fino a impazzire investendo con furore tutto ciò che gli attraversa la strada quando chiedono il passo. Avrà pesato un cinquecento chili e correva nella direzione dove camminava Don Indalecio.

Perché mi insegui?
Non ti ho fatto niente di male...
Scappo spaventato, non sono arrabbiato...
Scappo alla ricerca della mia libertà,
libertà che mi appartiene...
che mi è sempre appartenuta...
nacqui libero e sono libero,
perché mi insegui..?

Il toro era scappato dal mattatoio alcuni minuti prima e stava correndo verso l'estuario. Quando giunse a una ventina di metri dal vecchio cieco diminuì la velocità poco a poco, e quando gli fu molto vicino si fermò del tutto. Dopo arretrò un poco come se volesse investirlo, con il muso quasi sfiorando il suolo sabbioso, muovendo la testa da una parte all'altra. Non lo attaccò. Intanto il vecchio continuava a camminare; non so perché, ma io non avevo paura per quello che sarebbe potuto succedergli, confidavo che non gli sarebbe successo nulla di male. Il toro si avvicinò al vecchio cieco e lo annusò per alcuni secondi, poi si mise a raschiare la sabbia con lo zoccolo destro, muovendo la testa da un lato all'altro. Quando i *sabaneros* che lo inseguivano correndo a piedi con il cappio in mano arrivarono vicino al toro, questo scappò di corsa e saltò verso l'estuario.

Siccome c'era alta marea non si fece male, ma cadde nell'acqua e cominciò a nuotare allontanandosi dalla riva, mentre gli inseguitori gli gridavano ogni tipo di parolacce, tra l'agitazione di tutta la gente. Don Indalecio continuò il suo cammino senza accorgersi, apparentemente, di quello che era appena successo.

Appartengo alla pampa...
Agli spazi aperti...
Il recinto e queste strade mi asfissiano...
Quelli che mi inseguono mi angustiano,
perché non mi lasciano vivere in libertà?
Forse io imprigiono te?

Nacqui libero come il vento,
come il sole e le stelle...
appartengo alla pampa...
agli spazi aperti...

Il toro continuò ad allontanarsi dalla riva mentre la sua testa e le sue corna si vedevano sempre più piccole. Bisognava andare lontano, in barca, per inseguirlo e catturarlo.

Io rimasi seduto sulla cornice della finestra del magazzino.

Perché mi metti la corda al collo?
Dove mi porti?

Perché mi hai inseguito fin qui?
Perché non mi lasci vivere in pace e libertà?
Questo vecchio non può vedermi, però mi rispetta,
per questo gli voglio bene ed anch'io lo rispetto...

lui non mi insegue...
siamo amici...
siamo fratelli...

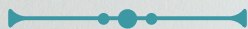
Inseguitore, per favore, lasciami scappare...
Voglio tornare alla mia pampa...

Ai miei spazi aperti,
nacqui libero come il vento.

16-08-1996



El manglar.



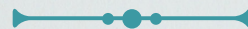
¿Quién me habla?, escucho tu voz en el silencio,
 Y aunque no te veo, percibo tu presencia...
 Me parece que escucho la voz del universo infinito
 que llega desde un lugar situado mucho más allá de las estrellas...
 ¿O será tal vez mi propia voz?,
 ¿será la voz que brota desde lo más profundo de mis pensamientos?...
 Pienso que la voz del universo y la de mis pensamientos
 Son lo mismo, pues soy parte del universo infinito...
 Entonces alguien me dice en voz baja...
 Hermano, lo que escuchas es la voz del manglar,
 ese manglar que es la morada del cangrejo y del mero de setenta kilos...
 Ese manglar que es la casa de la garza y la chucheca,
 ese manglar que te habla desde lo profundo de tus pensamientos...
 Soy el manglar, quiero estar en el mar y en el estero,
 Vivir acá por siempre..., en tus pensamientos y en tus recuerdos...
 Somos una sola cosa,
 el universo, el mar, el estero, tus pensamientos y tus recuerdos...
 Lo que escuchas es mi voz, hermano...
 La voz de nuestra madre naturaleza...

Bernal

Noviembre, 2013.



Il mangroviato.



Chi mi parla? Ascolto la tua voce nel silenzio,
 E quantunque non ti veda, percepisco la tua presenza...
 Mi sembra di ascoltare la voce dell'universo infinito
 che arriva da un luogo situato molto più in là delle stelle...
 O forse è la mia stessa voce?
 Sarà la voce che sgorga dal più profondo dei miei pensieri?...
 Penso che la voce dell'universo e quella dei miei pensieri
 siano la stessa cosa, dato che sono parte dell'universo infinito...
 Allora qualcuno mi dice a bassa voce...
 Fratello, quello che ascolti è la voce del mangroviato,
 quel mangroviato che è la dimora del granchio e della spigola di settanta
 chili...
 Quel mangroviato che è la casa dell'airone e la *chucheca*,
 Quel mangroviato che ti parla dal profondo dei tuoi pensieri...
 Sono il mangroviato, voglio stare nel mare e nella foce,
 Vivere qui per sempre..., nei tuoi pensieri e nei tuoi ricordi...
 Siamo una cosa sola,
 L'universo, il mare, la foce, i tuoi pensieri ed i tuoi ricordi...
 Quello che ascolti è la mia voce, fratello...
 La voce della nostra madre natura...

Bernal

Novembre, 2013.

El róbaló.

Como a las cinco de la mañana empezaron a hacer bulla los zanates. Me desperté poco a poco en medio de los chillidos y graznidos de esos bonitos pájaros de color negro tornasol. Las hembras son de color café.

Aparte de eso, la mañana era fresca y silenciosa. Muy a lo lejos se oía el ruido de las olas que venían con la creciente. Por momentos todo quedaba sumido en el más completo silencio, hasta que lo volvía a interrumpir el ruido de los zanates.

Muy despacio fue amaneciendo y entonces empezó a clarear. La luz de la mañana entraba por el petatillo, haciendo visible los muebles del cuarto, el ropero y los cuadros que colgaban de la pared.

Entonces me levanté de la cama y me fui hacia la cocina a encender el fuego. Caminaba lentamente porque aún estaba medio dormido.

Cogí un poco de astillas, las puse en el fondo del anafre y encima le agregué una cama de carbón de mangle. Luego le eché un poco de canfín y le tiré un fósforo encendido. El fuego ardió bonito lanzando al aire grandes llamas anaranjadas.

Me preparé un sabroso desayuno y luego de comérmelo, sin haberme bañado, alisté una cuerda de trescientos metros para sacar un róbaló con carnada viva, tal y como había planeado hacerlo con mi amigo Gerardo la tarde anterior.

Luego me fui al patio de la casa a ver el mar. Comprobé que ya había crecido pero no lo suficiente, todavía le iba ganando el río que desembocaba a unos quinientos metros hacia la derecha.

Como aún tenía tiempo, me bañé con agua fría del pozo y esperé a que la brisa secara mi cuerpo y mi pelo. Para eso me quedé sentado un rato en una poltrona con sentadera de cuero. Cuando escuché que las olas reventaban más cerca, me levanté, cogí la cuerda y me fui caminando como hacia la boca del río.

Ahí habría quedado de encontrarme con Gerardo, ese amigo del pueblo a quien conocía desde la infancia, que se iba a encargar de obtener la carnada viva antes de que yo llegara.



De hecho así fue. Cuando llegué al sitio acordado, él ya estaba lanzando la atarraya con el agua por la cintura cerca de unas rocas de color negro. Me saludó desde lejos levantando la mano y continuó tratando de lograr capturar la carnada. Ese día le tocó a él pescar lisas vivas, porque la semana anterior lo había hecho yo.

Al poco rato empezó a llamarme a gritos, mientras corría con dificultad entre las olas, halando el mecate de la atarraya. Cuando llegó a la arena seca tiró la red en la playa y quedaron saltando cinco lisas de buen tamaño.

Gerardo se reía a grandes carcajadas y me miraba con gran satisfacción en su rostro. Estaba muy contento pues las había sacado justo en el momento oportuno, ya que la marea en ese momento estaba apenas buena para pescar.

Cogí una de ellas, le coloqué el anzuelo cerca de la cola y rápidamente la lancé un poco más allá de donde revientan las olas. Luego empecé a darle cuerda mientras la lisa se iba alejando muy despacio hacia mar adentro.

Gerardo hizo lo mismo a unos cincuenta metros de donde estaba yo.

Pusimos las otras tres lisas en un cajón de madera con huecos que, amarrado a un mecate, lo dejamos flotando en el agua. Esto para mantenerlas vivas.

En ese momento serían tal vez las siete y media de la mañana y el sol no quemaba mucho.

Yo estaba en la playa con el agua a las rodillas y la cuerda se veía claramente al sumergirse en el lomo de las olas. A cierta distancia estaba Gerardo, sin camisa y fumando cigarrillos uno tras otro.

La cuerda se iba yendo entre mis dedos lentamente conforme la lisa iba nadando mar adentro. Estaba muy viva porque se movía bien, por unos momentos dejaba de jalar, pero al poco rato lo hacía otra vez, primero muy despacio y luego un poquito más rápido.

Estaba en eso cuando un golpe de brisa me quitó el sombrero de pita que cayó entre la espuma de las olas. Me agaché a cogerlo para que no se lo llevara el agua y me lo puse otra vez. Como el sombrero estaba mojado, goteaba y el agua del mar me caía en la cara y en la espalda.

En ese momento la cuerda empezó a correr rápido entre mis dedos, señal de que un animal grande había picado. Dejé que se llevara un poco más de cuerda y entonces le di un buen jalón para engancharlo. La cuerda se puso tensa, cortando el agua a gran velocidad hacia mi derecha. Entonces aflojé un poco más para que no me la reventara, por lo que el animal se fue mar adentro arrastrando metros y metros de la cuerda de nylon.

Me fui hacia la arena seca para poder moverme con más rapidez y con más facilidad, mientras le daba más y más cuerda, corriendo yo hacia la derecha para que el animal no me la reventara.

Gerardo me miraba en silencio como hacen los pescadores cuando el compañero logra pegar una buena pieza, corriéndose poco a poco, muy serio y sin decir palabra alguna, para darme campo y no estorbarme, mientras continuaba fumando muy despacio como lo había hecho desde que llegamos.

El animal continuaba jalando hacia la derecha, se detenía a descansar un poco y luego empezaba a jalar hacia la izquierda, siempre mar adentro. Debía ser muy grande porque no parecía cansarse, más bien se notaba siempre fuerte y veloz.

En un momento dado la cuerda perdió la tensión, quedó así por unos segundos y entonces creí que había perdido al animal. Jalé entonces un poco y recogí varios metros sin sentir la carga del pez. Me estaba desanimando creyendo que quizá la cuerda se había reventado, cuando de pronto empecé a deslizarse entre mis dedos otra vez con mucha fuerza.

Salí corriendo por la playa hacia mi izquierda, dándole más cuerda hasta que el animal dejó de jalar, para quedarse quieto otra vez. Pensé entonces que ya se estaba cansando. Yo también estaba jadeando y sudando de tanto correr por la playa.

Mientras pensaba en eso, el animal volvió a jalar, siempre hacia la izquierda y mar adentro, me fui corriendo por la playa y, por ir concentrado en la cuerda tensa, no vi que ya estaba muy cerca de unas rocas que parecían nacer entre la arena.

En ese momento tropecé con una de las piedras cubiertas de broma. Sentí un dolor intensísimo y caí al suelo sin soltar la cuerda. Pude ver entonces un gran raspón blanco cubierto de arena, que poco a poco se fue poniendo rojo hasta que empezó a brotar sangre, primero poquito y luego bastante, hasta cubrirme los dedos del pie.

Aunque me dolía mucho, no dejé de sujetar bien la cuerda. Luego de algunos segundos me puse de pie para continuar corriendo para donde jalaba el pez.

Iba renqueando a cada paso, y cuando el dolor era muy fuerte, saltaba en pata renca. Con la parte delantera del pie cubierta de sangre, iba dejando huellas rojizas en la arena gris de la playa.

Esta vez la presa jaló con menos fuerza pero durante más tiempo. La cuerda no estaba muy tensa y la velocidad del animal era menor. Eso era bueno para mí porque, con el pie herido, ya no podía correr como antes.

Aproveché entonces para jalar un poco de cuerda, por lo que empecé a arrollar poco a poco, pero cuando apenas estaba empezando, el pez jaló con una fuerza tal que casi me arranca el nylon de las manos. Le di un poco de cuerda otra vez y el animal se detuvo, esta vez más rápido que antes.

En ese momento comprendí que el valiente animal estaba cansado y que ya pronto se rendiría.

Empecé a arrollar lentamente y le fui ganando cuerda metro a metro. De vez en cuando el animal volvía a jalar, pero ahora los jalones eran suaves y poco frecuentes.

El pie me dolía y me ardía muchísimo, ya casi no lo podía apoyar en la arena, mis manos estaban adoloridas por la presión de la cuerda, pero pese a todo yo no quería perder la pieza, por lo que continué jalando más y más cuerda, acercando lentamente al animal a la arena de la playa.

Luego de algunos minutos lo vi por primera vez.

En el lomo de una gran ola de color verde esmeralda, pude observar al valiente animal. Era un robalo de más o menos un metro de largo que, agotado por el esfuerzo realizado, se dejaba llevar por el movimiento de la ola.

Probablemente mis ojos expresaron una gran satisfacción cuando vieron el color gris del gran animal, al contrastar con el verde claro del agua del mar. Entonces sentí un gran respeto por aquel peleador tan valiente que, ahora ya cansado y agotado, no tenía fuerzas suficientes para continuar la lucha.

Desapareció bajo el agua cuando pasó la ola, pero el tumbo siguiente lo acercó aún más a la playa, lo que probablemente lo asustó, obligando al robalo a hacer un esfuerzo más. Jaló fuerte por algunos segundos, pero ya

no podía más. Aunque continuaba luchando, ya sus fuerzas prácticamente se habían acabado.

Cuando estuvo muy cerca de la arena de la playa, pude ver una larga línea negra que contrastaba con el color gris del lomo del lindo animal que ya casi no oponía resistencia. Por un momento me pareció que, al fin, se había rendido.

Yo también estaba muy cansado y sudoroso, el pie me dolía mucho y tenía la boca seca. Sin embargo me sentía satisfecho de haberle ganado al gran robalo gris de quince kilos.

Pasado unos segundos una ola empujó aún más al pez hacia la playa y entonces, cuando su panza tocó la arena, pegó un gran salto entre la espuma retorciéndose en el aire.

En el movimiento que hizo al saltar, agitó la cabeza con mucha fuerza lo que, de alguna manera, hizo que se soltara del anzuelo de acero, quedando libre pero ladeado sobre uno de sus lomos.

Cuando vi aquello pegué un gran grito y me lancé a agarrarlo con las manos para terminar de llevarlo hasta la arena seca, pero el animal era muy resbaloso y no lo logré. Se me escapaba de entre los dedos cuando yo trataba de sujetarlo, moviéndose lentamente en la blanca espuma de las olas.

Aún así lo seguí intentando, tratando de meter mis dedos en sus agallas para tener un lugar de donde agarrarlo con firmeza, pero no pude lograrlo.

El movimiento del agua de las olas hacía más difícil la captura del róbalo, que cada vez me parecía más fuerte, quizás por el hecho de sentirse libre y porque, aunque agotado, ahora tenía un motivo para no rendirse y una última esperanza para seguir luchando.

Yo sentía que el animal se escapaba, por lo que me le tiré encima para bloquear su huida con mi cuerpo, pero el agua del mar se me metió en los ojos y, junto con el sudor que caía de la frente, dificultaron mi visión a tal punto, que no podía verlo. Sólo sentía su lomo resbaloso escaparse de mis manos.

Me erguí un poco, y me quité el agua de los ojos. En ese momento pude ver una gran ola que se acercaba desde mar adentro. Se fue acercando y reventó a unos veinte metros de la playa, la vi cuando se me vino encima y sentí cuando me revolcaba entre la espuma, hasta dejarme tendido en la arena de la playa.

El róbalo había desaparecido. Había logrado nadar mar adentro y ahora estaba a salvo. Mi rollo de cuerda también había desaparecido, se lo había llevado el agua y ya no lo veía. El sombrero de pita estaba varado en la arena de la playa.

Yo estaba sentado entre la espuma de las olas, el pie me ardía terriblemente, y no podía ver bien por el agua de sal que aún tenía en los ojos.

Oí un ruido a mi lado, como si alguien estuviera agitando el agua. Volví a ver y pude observar a Gerardo que estaba parado mi lado.

Me miró tranquilo y me dijo, - yo lo vi todo, pescador-, luego me extendió la mano y continuó diciendo, - era un róbalo grande, muy grande -.

Sin decir nada más me ayudó a ponerme de pie, recogimos el sombrero y apoyándome en él nos fuimos para el pueblo.

Cuando íbamos de camino Gerardo murmuró algo que yo no pude oír bien, pero me pareció que me decía, - pescador, usted está en paz con el mar y el mar está en paz con usted -, y luego con voz firme prosiguió diciendo, - así ha sido desde siempre, desde aquellos días cuando de niño se sentaba en la arena de la playa. Recuerdo que siempre andaba solo -. Hizo una larga pausa y continuó hablando, - yo lo recuerdo pescador, así ha sido usted desde pequeño -.

Entonces seguimos caminando y dijo, - esa es la historia del mar amigo y del pescador bueno -.

Luego guardó silencio mientras caminábamos despacio bajo el caliente sol de la mañana.

Detrás de mí quedó la playa gris, las olas esmeralda... y un róbalo de quince kilos nadando libre en el mar inmenso...

Bernal

26-12-2001.

Il branzino.

Verso le cinque del mattino cominciarono a schiamazzare i corvi. Mi svegliai poco a poco tra gli strilli e il gracchiare di quei begli uccelli neri (le femmine sono color caffè).

A parte quello, la mattina era fresca e silenziosa. In lontananza si udiva il rumore delle onde del mare; per qualche istante tutto rimase sommerso nel più completo silenzio, finché non fu di nuovo interrotto dal rumore dei corvi. Molto lentamente cominciò ad albeggiare, e quindi a schiarirsi. La luce del mattino entrava dalle persiane rendendo visibili i mobili dalla stanza, l'armadio e i quadri appesi alla parete.

Allora mi alzai dal letto e andai verso la cucina ad accendere il fuoco; camminavo lentamente perché ero ancora mezzo addormentato.

Presi alcune schegge di legno, le misi nel fondo della stufa e sopra aggregai un letto di carbone di mangrovie, quindi ci buttai un fiammifero acceso: un bel fuoco arse lanciando nell'aria grandi fiamme arancioni.

Mi preparai una gustosa colazione e dopo aver mangiato, senza essermi lavato, presi una corda di trecento metri per pescare un branzino con dell'esca viva, così come avevo programmato di fare con il mio amico Gerardo il pomeriggio anteriore.

Dopo andai nel cortile della casa a guardare il mare. Costatai che la marea era già cresciuta ma non a sufficienza, continuava a essere più alta l'acqua del fiume che sboccava a circa cinquecento metri verso la mia destra.

Siccome avevo ancora tempo, mi lavai con l'acqua fredda del pozzo e aspettai che la brezza asciugasse il mio corpo e i miei capelli: per questo mi sedetti un po' in una poltrona di cuoio. Quando ascoltai le onde sbattere più vicino mi alzai, presi la corda e mi incamminai verso l'imboccatura del fiume.

Ero d'accordo per incontrarmi con Gerardo, quell'amico del villaggio che conoscevo dall'infanzia, che si era incaricato di trovare l'esca viva prima che io arrivassi.



Di fatto fu così. Quando arrivai sul posto convenuto, lui stava già lanciando la rete, con l'acqua alla cintura, vicino a una pietra nera. Mi salutò da lontano alzando la mano e continuò nell'intento di catturare l'esca. Quel giorno toccava a lui catturare esca viva, perché la settimana prima l'avevo fatto io. Dopo un po' cominciai a chiamarmi con delle grida, mentre correva con difficoltà tra le onde, tirando la corda della rete. Quando arrivò alla sabbia secca tirò la rete in spiaggia nella quale rimasero cinque esche di buone dimensioni.

Gerardo emetteva delle grandi risate e mi guardava con gran soddisfazione sul viso. Era molto contento perché le aveva prese proprio nel momento opportuno, giacché la marea in quel momento era a buon punto per pescare.

Ne presi una, la collocai sull'amo che lanciai rapidamente un poco più in là da dove si frangono le onde. Dopo cominciai a dare corda mentre l'esca si allontanava molto piano verso il mare aperto. Gerardo fece lo stesso a una cinquantina di metri da dove ero io.

Mettemmo le altre tre esche in una cassa di legno con dei buchi legata a una corda, e la lasciammo galleggiare in acqua: questo per mantenere vive le esche. In quel momento saranno state forse le sette e mezzo del mattino ed il sole non bruciava molto. Io stavo in spiaggia con l'acqua alle ginocchia e si vedeva la corda chiaramente sommersa dal dorso delle onde. A una certa distanza c'era Gerardo, senza camicia e fumando una sigaretta dopo l'altra. La corda scorreva tra le mie dita lentamente man mano che l'esca andava nuotando verso il largo. Era molto viva perché si muoveva bene, ogni tanto smetteva di tirare, però poco dopo lo faceva di nuovo, prima molto piano e dopo un poco più forte.

In quel momento un colpo di brezza mi tolse il cappello che cadde nella spuma delle onde: mi inchinai a prenderlo perché non se lo portasse via l'acqua e me lo misi di nuovo. Siccome il cappello era bagnato, gocciolava e l'acqua del mare mi cadeva sul viso e sulla schiena. In quel momento la corda cominciò a scorrere veloce tra le mie dita, segno che un grande animale aveva

abboccato. Lasciai che tirasse un po' più di corda e quindi diedi un buon strattone per agganciarlo. La lenza si tese, tagliando l'acqua velocemente alla mia destra. Allora mollai un poco perché non si rompesse, per cui l'animale andò verso il largo trascinando metri e metri della corda di nylon.

Andai verso la sabbia secca per potermi muovere più rapidamente e con più facilità, mentre davo più e più corda, correndo verso destra affinché l'animale non me la strappasse. Gerardo mi guardava in silenzio come fanno i pescatori quando il compagno riesce a prendere una buona preda, spostandosi poco a poco, molto serio e senza dire una parola, per darmi spazio e non ingombrarmi, mentre continuava a fumare lentamente come aveva fatto da quando eravamo arrivati.

L'animale continuava a tirare verso destra, si fermava a riposare un po' e poi riprendeva a tirare verso sinistra, sempre verso il largo. Doveva essere molto grande perché non sembrava stancarsi, anzi si notava sempre forte e veloce. A un certo momento la corda perse la tensione, rimase così alcuni secondi ed allora pensai di aver perduto l'animale. Tirai un poco e raccolsi vari metri di lenza senza sentire il peso del pesce. Stavo perdendomi d'animo pensando che forse la lenza si era spezzata, quando all'improvviso cominciai a scorrere di nuovo tra le mie dita, sempre con molta forza.

Mi misi a correre sulla spiaggia verso la mia sinistra, dando più corda finché l'animale smise di tirare rimanendo quieto di nuovo, per cui pensai che si stesse già stancando. Anch'io stavo ansimando e sudando per tanto correre. Mentre pensavo questo, l'animale riprese a tirare, sempre a sinistra e verso il largo; mi misi a correre sulla spiaggia e, per essere concentrato sulla corda tesa, non vidi che ero molto vicino a delle rocce che sembravano spuntare dalla sabbia. In quel momento inciampai in una delle pietre, sentii un dolore intensissimo e caddi al suolo senza mollare la corda: vidi allora sul piede una grande abrasione bianca coperta di sabbia, che poco a poco divenne rossa finché cominciò a sgorgare il sangue, prima poco e dopo abbondante, fino a coprimi le dita. Quantunque mi dolesse molto, non smisi di stringere bene la lenza. Dopo alcuni secondi mi misi in piedi per continuare a correre nella direzione dove tirava il pesce. Zoppicavo ad ogni passo, e quando il dolore era molto forte saltavo su una sola gamba. Con la parte anteriore del piede coperta di sangue, lasciavo orme rossicce sulla sabbia grigia del mare. Questa volta la presa tirò con meno forza però per più tempo; la corda non era molto

tesa e la velocità dell'animale era minore. Questo era un buon segno perché, col piede ferito, non potevo più correre come prima.

Ne approfittai allora per tirare un poco di lenza, per cui cominciai ad arrotolarla poco a poco, però quando avevo appena cominciato, il pesce tirò con tale forza che quasi mi strappò il nylon dalle mani. Diedi di nuovo un poco di corda e il pesce si fermò. In quel momento capii che il valoroso animale era stanco e che presto si sarebbe arreso. Cominciai ad arrotolare lentamente e andai guadagnando corda metro a metro. Ogni tanto l'animale riprendeva a tirare, però adesso gli strappi erano deboli e poco frequenti.

Il piede mi faceva male e mi bruciava moltissimo, non potevo quasi appoggiarlo sulla sabbia, le mie mani erano indolenzite per la pressione della lenza, ma nonostante tutto non volevo perdere la preda, per cui continuai a tirare più e più corda, avvicinando lentamente l'animale alla sabbia della spiaggia.

Dopo alcuni minuti lo vidi per la prima volta. Sul dorso di una grande onda verde smeraldo, potetti osservare il coraggioso animale. Era un branzino lungo più o meno un metro che, sfinito per lo sforzo, si lasciava andare al movimento dell'onda. Probabilmente i miei occhi espressero una grande soddisfazione quando videro il colore grigio del gran pesce, che contrastava con il color verde del mare. Allora sentii un grande rispetto per quel lottatore così coraggioso che adesso, stanco e sfinito, non aveva la forza sufficiente per continuare la lotta.

Sparì sott'acqua quando passò l'onda, però l'oscillazione seguente lo avvicinò ancora di più alla spiaggia, cosa che probabilmente lo spaventò, costringendolo a fare uno sforzo ulteriore: tirò forte per qualche secondo, ma non ne poteva più. Quantunque continuasse a lottare, le sue forze si erano esaurite.

Quando fu molto vicino alla spiaggia, potei vedere una lunga linea nera che contrastava con il colore grigio del dorso del bell'animale che non opponeva quasi più resistenza. Per un momento mi sembrò che, finalmente, si fosse arreso. Anch'io ero molto stanco e sudato, il piede mi doleva molto ed avevo la bocca secca. Tuttavia mi sentivo soddisfatto per aver vinto il grande branzino grigio di quindici chili.

Passati che furono alcuni secondi, un'onda spinse ancora di più il pesce verso la spiaggia e allora, quando la sua pancia toccò la sabbia, spiccò un gran salto

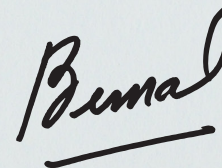
nella spuma torcendosi nell'aria. Con il movimento che fece nel saltare agitò la testa con molta forza il che, di una certa maniera, fece che si sciogliesse dall'amo di acciaio, restando libero ma accostato di lato sul dorso. Quando vidi ciò emessi un grido e mi lanciai ad afferrarlo con le mani per tirarlo fino alla sabbia secca, però l'animale era molto scivoloso e non ci riuscii. Mi scappava tra le dita quando cercavo di afferrarlo, muovendosi lentamente tra la bianca spuma delle onde. Anche così continuai nell'intento, cercando di mettere le dita tra le sue branchie per avere un posto dove afferrarlo con fermezza, però non ci riuscii. Il movimento dell'acqua delle onde rendeva più difficile la cattura del branzino, che mi sembrava sempre più forte, forse per il fatto di sentirsi libero e perché, quantunque sfinito, adesso aveva un motivo per non arrendersi e un'ultima speranza per continuare a lottare.

Io sentivo che l'animale mi scappava, per cui mi tirai in cima ad esso per impedire la sua fuga con il mio corpo, però l'acqua del mare mi entrò negli occhi e insieme al sudore che mi scendeva dalla fronte, mi impediva la visione a tal punto che non potevo vederlo. Sentivo solo il suo dorso scivoloso sfuggirmi dalle mani. Mi ersi un poco e mi tolsi l'acqua dagli occhi: in quel momento vidi una grande onda che si avvicinava. Si avvicinò e si infranse a una ventina di metri dalla spiaggia, la vidi quando mi venne addosso e la sentii quando mi rotolai nella spuma, fino a rimanere steso sulla spiaggia. Il branzino era sparito. Era riuscito a prendere il largo ed ora era in salvo. Anche il mio rotolo di lenza era sparito, se l'era portato via l'acqua e non lo vedevo più. Il cappello era caduto sulla sabbia. Ero seduto nella spuma del mare, il piede mi bruciava terribilmente e non potevo vedere bene a causa dell'acqua salata che avevo negli occhi. Sentii un rumore al mio fianco, come se qualcuno stesse agitando l'acqua; tornai a guardare e vidi Gerardo que stava in piedi osservandomi. Mi guardò tranquillamente e mi disse: - Ho visto tutto, pescatore -. Dopo mi tese la mano e continuò: - Era un branzino grande, molto grande -. Senza aggiungere altro mi aiutò ad alzarmi, io raccolsi il cappello e ci incamminammo verso il villaggio. Mentre camminavamo Gerardo mormorò qualcosa che non potetti udire bene, però mi sembrava che dicesse: - Pescatore, tu sei in pace con il mare e il mare è in pace con te -, e dopo con voce ferma aggiunse, - così è stato da sempre, fin da quei giorni quando da bambino ti sedevi sulla sabbia della spiaggia. Ricordo che andavi sempre solo -. Fece una pausa e continuò: - Io lo ricordo, pescatore, fosti così

da quando eri piccolo-.

Continuammo a camminare e disse: - Questa è la storia del mare amico e del buon pescatore-. Poi tacque, mentre camminavamo piano sotto il sole caldo del mattino.

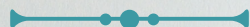
Dietro di me restarono la spiaggia grigia, le onde color smeraldo...e un branzino di quindici chili nuotando libero nel mare immenso.



26-12-2001.



La noche.



Ya prácticamente cayó la noche,
me encuentro sentado en el corredor de mi casa,
es pleno verano..., han empezado a salir las estrellas...
Casi no se escuchan ruidos, todo está en silencio...

Las islas del golfo dormitan perezosamente
acostadas apenas en el agua del mar...
La marea está muy baja,
las olas revientan muy lejos de mí...

La casa está oscura,
pronto encenderé el anafre...
Se empiezan a escuchar apenas
los ruidos de los animales en la noche...

Las galaxias si acaso se asoman
en el cielo negro...

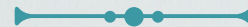
Esta es la noche marina en mi casa oscura...

Bernal

Octubre, 2013.



La notte.



È praticamente caduta la notte,
sono seduto nel corridoio di casa mia,
in piena estate...sono cominciate ad uscire le stelle...
quasi non si sentono rumori, tutto è silenzio...

Le isole del golfo sonnecchiano pigramente
appena accostate nell'acqua del mare...
La marea è molto bassa,
le onde si infrangono lontano da me...

La casa è oscura,
presto accenderò la stufa...
Si cominciano appena a sentire
i rumori degli animali notturni...

Le galassie a malapena si affacciano
nel cielo nero...

Questa è la notte marina nella mia casa oscura.

Bernal

Octubre, 2013.

La garza.

Los poemas incluidos en este relato son declamados para una mujer blanca que se identifica con la garza. A su vez la garza y la mujer blanca representan la naturaleza.

Aquella madrugada del mes de diciembre era deliciosa para dormir. Estaba fresca y silenciosa, sólo turbada por el ruido de las olas del mar a lo lejos, y el sonido de las voces de los animales silvestres. En ese momento eran las cuatro y media de la mañana, y los zanates empezaban apenas a cantar. En lontananza se podía escuchar, con toda claridad, el rumor del silencio en aquella madrugada mágica.

Me costó un poco levantarme, pero finalmente me bajé de la cama y me fui directo al baño, pues era peligroso que me entrara la pereza. Todavía la casa estaba oscura, sobre todo porque las ventanas eran de madera, por lo que a mi habitación no podía entrar nada de luz.

La noche anterior dejé preparado mi desayuno, que consistía en un pedazo de pan con queso y unas tajadas de plátano maduro frito que sólo tendría que calentar en el anafre. Además, únicamente tenía que chorrear un poco de café que tomaría con leche tibia. Todo lo completaría con un banano y gran vaso de agua fría.

A las cinco y treinta debía verme en la playa, frente a mi casa, con Pepe Maraca, al que le decían así porque la gente pensaba que tenía tan poco talento para cazar, que no tenía cerebro. En su lugar la naturaleza había puesto en su cabeza un puño de semillas de tamarindo, que la hacían sonar como una maraca cuando la movía de un lado a otro. Eso que decían no lo molestaba, sino que lo que hacía era reírse del mote. En realidad se había acostumbrado al mismo desde hacía muchos años.

Cuando salí a la playa ya estaba amaneciendo. Mirando hacia el cielo, exactamente sobre mi cabeza, las nubes blancas ya brillaban iluminadas por el sol apenas naciente. Conforme bajaba mi mirada hacia el horizonte, el color del cielo se tornaba de celeste a rosado, después a púrpura y luego a azul, el que se hacía oscuro cuando se encontraba con el color verde, ya sin luz, del mar. A lo lejos podía ver las islas del golfo, que se detallaban con



siluetas negras similares a monstruos prehistóricos que dormían en el mar. Era un lindo cuadro pintado ante mis ojos aquel amanecer de diciembre.

Tu figura dorada y delgada,
apenas cubierta de un corto vestido blanco,
baila sobre la arena negra y fría de la playa...
El ondular de tu cuerpo y
el movimiento de tus brazos y piernas,
siguen el ritmo de los sonidos del universo...
Tu cara bonita, de labios muy rojos,
Sonríe y sonríe como saludando al dios sol...
Lo saluda alegre
con los párpados pintados de azul...
Los rayos anaranjados del sol
iluminan tu cuerpo dorado
apenas cubierto por un corto vestido blanco...

Ese día pensábamos cazar una garza grande, para utilizar su plumaje en un almohadón que yo quería tener en la casa. Las plumas servirían para complementar un buen puño de plumas que yo ya tenía guardadas en la casa.

Para eso iríamos al río, en donde escogeríamos uno de esos pájaros tan bonitos para tirarlo, pero de tal forma que no cayera al agua, para que no se mojaran las plumas que podrían echarse a perder al humedecerse.

A las cinco y treinta llegó Pepe Maraca con su viejo rifle bala U ya listo. Yo cargué el mío sobre mi hombro derecho y nos pusimos en marcha caminando por la playa en dirección a la boca del río, sitio desde el cual continuaríamos caminando aguas arriba, alejándonos de la gente, en busca de una buena garza. Yo había llevado como almuerzo unos pedazos de coco, un mango cele, un pedazo de tapa de dulce y una botella de agua con limón ácido con bastante azúcar.

Cinco buchones volaban a poca altura. De vez en cuando uno de ellos disminuía la velocidad y se lanzaba en picada hacia el agua. Caía al mar y se quedaba quieto unos segundos con el pico bajo la superficie. Luego subía la cabeza y engullía la sardina que había pescado. Entonces se elevaba otra vez y se volvía a unir al grupo de compañeros.

Luego de unos treinta minutos de caminata el sol ya estaba alto en el horizonte. Se veía como una gran rueda de color amarillo intenso, que iluminaba el follaje verde claro de los árboles y de las palmeras. El cielo ahora era azul brillante y contrastaba muy bien con el agua verde esmeralda del mar. La espuma blanca de las olas le daba al paisaje un toque de elegancia y majestuosidad. Casi no soplabla viento. Sólo se oía el ruido de nuestras pisadas en la arena, el tumbo de las olas y, de vez en cuando, el canto de las aves en la mañana.

Te deslizas por la playa negra,
tus pies apenas rozan la espuma del mar...
El dios sol ilumina de amarillo tu figura dorada...
Debajo de tu corto vestido blanco...
Está tu cuerpo desnudo...
Perfecto...
La música de las olas
Es la que mueve tu cuerpo, tus brazos, tus piernas...
Con tu linda sonrisa
saludas al dios sol en esa mañana mágica...
Tus labios tan rojos...

Cuando llegamos a la desembocadura del río no nos detuvimos, sino que de una vez empezamos a caminar por la orilla en dirección aguas arriba. Era un camino difícil pues había muchas piedras redondeadas y troncos grandes que habían dejado las crecidas del invierno. Por momentos teníamos que alejarnos un poco de la orilla del río, pues había paredones que no permitían nuestro paso, pero pronto lo volvíamos a tomar, y continuábamos nuestro camino. Así anduvimos un par de horas. El río era ancho y poderoso, de aguas verdosas, en las que flotaban muchas hojas de colores. La corriente era suave. Todo estaba en silencio.

En un momento dado llegamos a un gran playón en la ribera del río. En ese lugar se formaba un cauce muy ancho, en que el río se hacía poco profundo, pero aun así fluía sereno y despacio. A unos cien metros de donde estábamos, siempre en el playón, había un tronco de árbol semienterrado en la arena. De él sobresalía solamente un pedazo, luego del cual quedaba al descubierto una rama ya sin hojas, que se elevaba sobre la arena algo así como un metro. En la punta de la rama, inmóvil, estaba parada una gran garza blanca.

Aquel animal se veía muy bonito. El color blanco de su plumaje contrastaba con el color negro café de la arena del playón. Al fondo se veía el agua verdosa del río y, a lo lejos, se podía ver el verde intenso de los árboles, algunos de los cuales estaban cubiertos de flores anaranjadas. Sobre nosotros,

y reflejándose en el agua del río, estaba el cielo azul celeste de las ocho o nueve de la mañana.

Tu figura dorada y delgada,
con su pelo que apenas agita la brisa,
es una bella estatua de bronce
de proporciones perfectas...
Ahora me miras y sonrías
sabiendo que admiro maravillado
tu belleza y tu danza...
tu mirada dulce y tus gestos elegantes...
Pasa un instante eterno,
ahora estás inmóvil
Iluminada por los rayos del dios sol...
Tu pelo bonito y
tus ojos de párpados azules...
Tus labios tan rojos...

Pepe Maraca y yo decidimos que él tiraría la garza. Era un tiro difícil para un rifle bala U, puesto que la garza, a la distancia, era un blanco realmente pequeño. Por eso él tendría que acercarse a ella despacio, con movimientos lentos y en completo silencio. Dispararía cuando la tuviera a unos veinte metros. Aunque la garza estaba inmóvil, su oído es muy fino y siempre, aunque no lo parezca, están en condición de alerta, listas para emprender el vuelo ante cualquier peligro.

Como aún estábamos lejos del animal, nos acercamos poco a poco los dos juntos, con mucho cuidado para no espantarla. Pero cuando estuvimos a unos cincuenta metros nos dimos cuenta de una situación que no habíamos considerado, pues no la conocíamos.

Cerca de la garza, a unos cuatro o cinco metros de donde ella estaba parada en la rama del tronco de árbol sin hojas, como si estuviera tomando el sol, estaba un gran lagarto. Su cuerpo enorme, de unos quinientos kilos, era de color café. El reptil estaba inmóvil acechando a su presa, con el hocico en dirección a la garza, se notaba que estaba listo para atacarla.

Aquel animal nos disputaba la presa. Había que dispararle al pájaro antes de que el lagarto lo atacara.

Pepe Maraca lo comprendió desde el principio, por lo que se tiró de panza entre las piedras y empezó, él solo, a acercarse a su blanco. Se movía

lentamente, sin hacer ruido. A ratos sólo se veía el sombrero de lona, cada vez que él levantaba la cabeza para ubicar el objetivo.

Así avanzó Pepe Maraca, poco a poco, hasta que estuvo a unos veinte metros de la garza, que no parecía haberlo visto. Ella no se percató del peligro que le significaba el ser humano que se le estaba acercando. Parecía más bien no haberse dado cuenta de esto, porque tenía la vista fija en el lagarto que la estaba velando.

Pepe Maraca avanzó unos metros más, ahora ya la tenía a tiro. Lo vi cuando le apuntó con el rifle. La garza estaba inmóvil.

Entonces ocurrió lo inesperado.

Instantes antes de que Pepe Maraca disparara a la garza, el gran lagarto la atacó con la velocidad del rayo. El gigantesco reptil de unos cinco metros se movió corriendo con extrema velocidad, como suspendido en sus cuatro patas, hacia su presa que en esos instantes aún permanecía inmóvil en su lugar.

Fracciones de segundo antes de que el lagarto pudiera atraparla con sus fauces, la garza, como impulsada por una fuerza descomunal, se suspendió como dos metros en el aire y, con gran dificultad, trataba de emprender el vuelo para escapar del reptil. Este movimiento la hizo escapar momentáneamente del lagarto el que, al fracasar en su intento de cazar a la garza, cayó pesadamente sobre el tronco sin haber logrado devorar a su presa.

Estando en el suelo, el lagarto aún tuvo fuerzas para suspender la parte frontal de su cuerpo hacia arriba, como brincando sobre la arena, tratando de capturar a la garza que en esos momentos trataba de alejarse del peligro y que estaba, temporalmente, como suspendida en el aire. El lagarto no logró morderla y volvió a caer pesadamente sobre la arena, en donde se volvió a quedar inmóvil, como descansando del esfuerzo extremo que había hecho.

La garza había escapado. No la pudo matar el cazador, tampoco la pudo devorar el lagarto. Por suerte permanecería viva y libre.

Pepe Maraca se había puesto de pie, y muy concentrado, con el sombrero en la mano izquierda, veía el desenlace de aquel juego entre la vida y la muerte. Ambos fuimos testigos de ese emocionante hecho que se había dado en el seno de la naturaleza.

Luego todo quedó quieto y en silencio. Sólo se veía el movimiento de la corriente del río.

Pasado aquel momento tan significativo, decidimos regresar al pueblo por el mismo camino por el que habíamos venido.

Ya por ese momento estaba cercano el medio día.

Caminábamos sin hablar, pero pasado un rato, Pepe Maraca me dijo, -Paulino, por culpa de ese hijueputa lagarto perdimos la garza-, y continuó hablando, -me la espantó cuando yo ya le iba a disparar-.

Yo entonces le contesté, -es mejor así, de ese modo continuará adornando el río, el estero y el manglar...-.

A continuación le dije, -de todas formas yo la quería para hacer un almohadón, en cambio el lagarto tenía hambre y la quería para comer-.

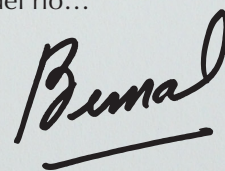
Finalmente agregué, -no volveré a cazar animales tan bellos por puro placer-.

Entonces Pepe Maraca contestó, -yo tampoco-, y guardó silencio.

Luego de ese diálogo no hablamos más.

Simplemente continuamos nuestro camino de regreso a casa.

Mujer delgada de cuerpo tan blanco,
ahora flotas en el aire
suspendida sobre el agua verde del río...
Tu cuerpo perfecto
se desliza hacia el cielo azul
subiendo por un dorado rayo de sol...
Puedo ver tu cara bonita y
tu linda sonrisa...
Extiendes los brazos hacia mí...
Me iré contigo...
Y estaremos juntos...
Eres la elegante garza blanca del río...



Agosto, 2013.

L'airone.

Le poesie incluse in questo racconto sono declamate da una donna bianca che si identifica in un airone. A loro volta l'airone e la donna bianca rappresentano la natura.

Quell'alba del mese di dicembre era deliziosa per dormire. Era fresca e silenziosa, solo turbata dal rumore delle onde del mare in lontananza e dal verso degli animali selvatici. In quel momento erano le quattro e mezzo del mattino, e i corvi cominciavano appena a gracchiare. In lontananza si poteva ascoltare, con tutta chiarezza, il suono del silenzio di quell'alba magica.

Feci un po' fatica ad alzarmi, ma finalmente scesi dal letto ed andai al bagno, perché c'era il rischio che mi prendesse la pigrizia. La casa era ancora nell'oscurità, soprattutto perché le finestre erano di legno e nella mia stanza non poteva entrare la luce.

La sera precedente lasciai preparata la colazione, che consisteva in un pezzo di pane e formaggio e una fetta di platano maturo fritto che dovevo solo scaldare sulla stufa. Inoltre, dovevo solo colare un poco di caffè che avrei bevuto con latte tiepido: il tutto lo avrei completato con una banana e un gran bicchiere d'acqua fresca.

Alle cinque e mezza dovevo vedermi sulla spiaggia, di fronte a casa mia, con Pepe Maraca, che la gente chiamava così perché si pensava che avesse talmente poco talento per cacciare che non aveva cervello: al suo posto la natura aveva messo nella sua testa un pugno di semi di tamarindo, che la faceva suonare come una *maraca* quando la muoveva da un lato all'altro. Ciò che dicevano di lui non lo molestava, ma piuttosto rideva del nomignolo; in realtà ci si era abituato già da parecchi anni.

Quando uscii verso la spiaggia stava già albeggiando. Guardando il cielo, esattamente sopra la mia testa le nubi bianche brillavano già al sole nascente; man mano che abbassavo lo sguardo verso l'orizzonte, il colore del cielo cambiava da celeste a rosato, dopo al porpora e quindi all'azzurro, che diventava scuro quando si mischiava con il colore verde del mare. In lontananza potevo vedere le isole del golfo, che si stagliavano nere come mostri preistorici che dormivano sul mare. Era un bel quadro dipinto, di fronte ai miei occhi, quell'alba di dicembre.



*La tu figura dorata e sottile,
coperta appena da un corto vestito bianco,
balla sulla sabbia nera e fredda della spiaggia...
L'ondulare del tuo corpo e
il movimento delle tue braccia e gambe,
seguono il ritmo dei suoni dell'universo...
Il tuo bel viso dalle labbra rosse
Sorridente e sorride salutando il dio sole,
lo saluta allegra
con le palpebre dipinte di azzurro...
I raggi arancioni del sole
illuminano il tuo corpo dorato
coperto appena da un corto vestito bianco.*

Quel giorno pensavamo di cacciare un'airone grande, per utilizzare il suo piumaggio in un cuscino che io avevo in casa: le piume sarebbero servite per completarne altre che tenevo già conservate.

Per questo saremmo andati al fiume, dove avremmo scelto uno di quegli uccelli così belli per tirargli, ma in modo tale che non cadesse nell'acqua affinché non si bagnassero le piume, che si sarebbero potute rovinare con l'umidità.

Alle cinque e mezzo arrivò Pepe Maraca con il suo vecchio fucile calibro 22 già pronto. Io misi il mio in spalla e ci mettemmo in marcia camminando sulla spiaggia in direzione della disimboccatura del fiume, da dove avremmo continuato a camminare risalendo la corrente e allontanandoci dalla gente, alla ricerca di un buon airone. Avevo portato per il pranzo dei pezzi di noce di cocco, un mango, un pezzo di *tapa dulce* e una bottiglia d'acqua con limone e molto zucchero.

Cinque pellicani volavano a bassa quota; ogni tanto uno di essi diminuiva la velocità e si tuffava in picchiata verso l'acqua: cadeva in mare e restava quieto qualche secondo con il becco sotto la superficie, quindi alzava la testa ed ingoiava la sardina che aveva pescato. Allora si alzava di nuovo in volo e si univa al gruppo dei suoi compagni.

Dopo una trentina di minuti di camminata il sole era già alto sull'orizzonte; si vedeva come una grande ruota color giallo intenso, che illuminava il fogliame verde chiaro degli alberi e delle palme. Adesso il cielo era azzurro brillante, e contrastava con l'acqua verde smeraldo del mare; la spuma bianca delle onde dava al paesaggio un tocco di eleganza e maestosità. Non c'era quasi vento. Si sentiva solo il rumore del nostro calpestio sulla sabbia, il frangersi delle onde e, ogni tanto, il canto degli uccelli del mattino.

*Scivoli sulla spiaggia nera,
i tuoi piedi sfiorano appena la spuma del mare...
il dio sole illumina di giallo la tua figura dorata...
Sotto il tuo corto vestito bianco
c'è il tuo corpo nudo...
perfetto...
La musica delle onde
muove il tuo corpo, le tue braccia, le tue gambe...
Con il tuo bel sorriso
saluti il dio sole in questo magico mattino...
Le tue labbra così rosse...*

Quando arrivammo alla disimboccatura del fiume non ci fermammo, ma continuammo a camminare sulla riva risalendo la corrente. Era un cammino arduo perché c'erano molte pietre tondeggianti e grandi tronchi lasciati dalle piene dell'inverno. A tratti dovevamo allontanarci dalla sponda del fiume, dato che c'erano delle pareti di pietra che non ci permettevano di passare, però poi tornavamo a riprendere e seguire il nostro cammino. Così andammo per un paio d'ore. Il fiume era largo e possente, con acque verdastre sulle quali galleggiavano molte foglie colorate. La corrente era soave, tutto era silenzioso.

Ad un certo momento arrivammo ad una spiaggia sulla riva del fiume. In quel posto si formava un canale molto largo dove il fiume era poco profondo, però anche così scorreva sereno e placido. A un centinaio di metri da dove eravamo, sempre sulla spiaggia, c'era un tronco d'albero mezzo interrato nella sabbia da cui usciva e ne sporgeva solo un pezzo, sopra il quale restava scoperto un ramo senza foglie, che si elevava sulla sabbia per circa un metro. Sulla punta del ramo, immobile, c'era un grande airone bianco.

Era un uccello molto bello. Il colore bianco del suo piumaggio contrastava con il colore nero-caffè della spiaggia. Sullo sfondo si vedeva l'acqua verdastra del fiume e, in lontananza, il verde intenso degli alberi, alcuni dei quali erano

coperti di fiori arancioni. Sopra di noi, riflettendosi nell'acqua del fiume, c'era il cielo azzurro delle otto o nove del mattino.

*La tua figura dorata e sottile
con i capelli appena agitati dalla brezza,
è una bella statua di bronzo
dalle proporzioni perfette...
Adesso mi guardi e sorridi
Sapendo che ammiro meravigliato
la tua bellezza e la tua danza...
il tuo sguardo dolce e i tuoi gesti eleganti...
Passa un istante eterno,
adesso sei immobile
illuminata dai raggi del dio sole...
i tuoi bei capelli e
i tuoi occhi dalle palpebre azzurre...
le tue labbra così rosse...*

Io e Pepe Maraca decidemmo che lui avrebbe sparato all'airone. Era un tiro difficile per una calibro 22, visto che l'airone, a quella distanza, era un bersaglio davvero piccolo. Per questo lui avrebbe dovuto avvicinarsi piano, con movimenti lenti ed in completo silenzio: sparerebbe quando lo avrebbe tenuto a una ventina di metri. Quantunque l'airone stesse immobile, sapevamo che il suo udito è molto fine e sempre, anche se non sembra, è in stato di allerta, pronto a prendere il volo davanti a qualsiasi pericolo. Siccome eravamo ancora lontani dall'animale, ci avvicinammo poco a poco, con molta cautela per non spaventarlo. Però quando stemmo a una cinquantina di metri ci accorgemmo di una situazione che non avevamo considerato, perché non lo sapevamo.

Vicino all'airone, a quattro o cinque metri da dove si era posato sul ramo del tronco d'albero senza foglie, come se stesse prendendo il sole, c'era un coccodrillo. Il suo corpo enorme, di un cinquecento chili, era di color caffè; il rettile era immobile, in agguato verso la sua preda, con il muso in direzione dell'airone, e si notava che era pronto per attaccare. Quell'animale ci conteneva la preda; bisognava sparare all'uccello prima che il coccodrillo lo attaccasse.

Pepe Maraca lo capì dall'inizio, per cui si buttò pancia a terra tra le pietre e iniziò, lui solo, ad avvicinarsi al bersaglio. Si muoveva lentamente, senza

fare rumore. A volte gli si vedeva solo il cappello, quando alzava la testa per localizzare l'obiettivo.

Così avanzò Bepe Maraca, poco a poco, finché non stette a una ventina di metri dall'airone che sembrava non l'avesse visto; non si accorse del pericolo che rappresentava l'essere umano che gli si stava avvicinando, anzi sembrava che non si fosse reso conto del fatto, perché teneva la vista fissa sul coccodrillo che lo stava osservando. Pepe Maraca avanzò alcuni metri, adesso ce l'aveva già a tiro: vidi quando puntò il fucile, l'airone era immobile. Allora successe l'inatteso.

Qualche istante prima che Pepe Maraca sparasse all'airone, il coccodrillo attaccò l'uccello con la velocità del fulmine: il gigantesco rettile di cinque metri si mosse correndo con estrema velocità, come se fosse sospeso sulle sue quattro zampe, verso la sua preda che in quel momento rimaneva immobile al suo posto.

Qualche secondo prima che il coccodrillo potesse catturarlo con le sue fauci, l'airone, come spinto da una forza inusuale, si sospese un paio di metri nell'aria e, con gran difficoltà, cercò di spiccare il volo per scappare dal rettile. Questo movimento lo fece sfuggire momentaneamente al coccodrillo che, fallito il suo tentativo di cacciare l'airone, cadde pesantemente sul tronco senza riuscire a divorare la sua preda. Stando nel suolo, il coccodrillo ebbe ancora la forza di sospendere la parte frontale del suo corpo verso l'alto, saltando sulla sabbia, nel tentativo di catturare l'airone che in quel momento cercava di allontanarsi dal pericolo restando temporaneamente sospeso in aria. Il coccodrillo non potette morderlo e cadde di nuovo pesantemente sulla sabbia, dove rimase immobile, come riposando per lo sforzo estremo che aveva compiuto. L'airone era scappato. Non potette ucciderlo il cacciatore, né potette divorarlo il coccodrillo. Per sua fortuna sarebbe rimasto vivo e libero.

Pepe Maraca si era messo in piedi, e ben concentrato, con il cappello nella mano sinistra, osservava l'esito di quel gioco tra la vita e la morte. Ambedue fummo testimoni di quel fatto emozionante che successe nel seno della natura.

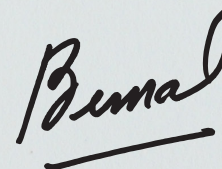
Dopo, tutto rimase quieto e silenzioso. Si vedeva solo il movimento della corrente del fiume. Passato che fu quel momento così significativo, decidemmo di ritornare al villaggio per lo stesso cammino dal quale eravamo venuti. In quel momento era quasi mezzogiorno.

Camminavamo senza parlare, ma dopo un po' Pepe Maraca mi disse: "Paulino, per colpa di quel maledetto coccodrillo abbiamo perso l'airone". E continuò: "Me l'ha spaventato quando stavo già per sparare".

Io allora risposi: "È meglio così, in questo modo continuerà ad adornare il fiume, l'estuario e il mangroviato...".

In seguito aggiunsi: "Comunque io lo volevo per fare un cuscino, invece il coccodrillo aveva fame e lo voleva per poter mangiare". Infine dissi: "Non cacerò più animali così belli per puro piacere". Allora Pepe Maraca rispose: "Neanch'io". E rimase in silenzio. Dopo quel dialogo non parlammo più. Semplicemente continuammo il nostro cammino di ritorno a casa.

*Donna delicata dal corpo così bianco,
adesso galleggi nell'aria
sospesa sull'acqua verde del fiume...
il tuo corpo perfetto
scivola verso il cielo azzurro
levandosi su un dorato raggio di sole...
Posso vedere il tuo bel viso e
Il tuo bel sorriso...
Stendi le braccia verso di me...
Me ne andrò con te
e staremo insieme...
Hāi le sembianze
dell'elegante airone bianco del fiume.*



Agosto, 2013.



El mar.



Está amaneciendo,
son tal vez las cinco de la mañana,
no sopla brisa, todo está en calma,
hace frío...

Estoy sentado en un tronco en la playa,
me levaté de la cama para ver el mar al amanecer...

Las olas revientan ruidosamente frente a mí,
la espuma es blanca y el agua es color verde oscuro...
Miro hacia el horizonte y veo su color azul profundo,
casi violeta...

A mi derecha veo las islas negras
tiradas de panza sobre el agua...
Parecen animales marinos inmensos
que duermen tranquilos en la madrugada silenciosa...

Un pez volador emerge del agua a gran velocidad,
vuela cincuenta metros
y cae de nuevo al mar...

Me gusta el paisaje,
este lindo paisaje hecho por la naturaleza buena...

Bernal

Octubre, 2013.



Il mare.



Sta albeggiando,
saranno forse le cinque del mattino,
non c'è brezza, tutto è calmo.
Fa freddo...

Sono seduto in spiaggia su di un tronco,
mi sono alzato dal letto per vedere il mare all'alba...
le onde si infrangono rumorosamente di fronte a me,
la spuma è bianca e l'acqua color verde scuro...
guardo verso l'orizzonte e vedo il suo colore azzurro profondo,
quasi viola...

Alla mia destra vedo le isole nere
appoggiate con la pancia sull'acqua...
Sembrano immensi animali marini
che dormono tranquilli nell'alba silenziosa...

Un pesce vela emerge dall'acqua a gran velocità,
vola cinquanta metri
e cade di nuovo in mare...

Mi piace il paesaggio,
questo bel paesaggio fatto dalla natura buona.

Bernal

Octubre, 2013.

El cocodrilo.

Los poemas que adornan este relato, por medio de la voz del cocodrilo, representan la voz de la naturaleza que le habla al cazador. El relato se refiere a un hecho acontecido realmente al padre del autor.

Serían tal vez las cinco de la tarde cuando Paulino y Ezequiel llegaron a la zona de la desembocadura del río Barranca. Era un día de febrero que había estado luminoso, soleado y caliente. Ellos habían planeado ir esa noche a cazar un cocodrilo, tan grande como la suerte se los reparara. Una vez muerto lo remolcarían con el bote hasta un playón de la rivera del río, lugar donde lo desollarían para vender la carne y la piel en Puntarenas. Pero quizás eso de la venta no era lo más importante, lo realmente interesante era la peligrosa aventura de cazar en la oscuridad de la noche uno de esos lindos y poderosos animales.

Muy cerca de la desembocadura del río, como a las cinco y media de la tarde, con la marea alta, abordaron el bote de madera que los llevaría río arriba, remando contra la suave corriente y navegando muy cerca de los manglares que crecían en la orilla de la amplia zona en la que desemboca el río. En la oscuridad de la noche irían avanzando lenta y silenciosamente, alumbrando con una linterna de minero cerca y dentro del manglar. La esperanza era encandilar un cocodrilo. Cuando éste está deslumbrado por la luz de la linterna, sus ojos brillan en la oscuridad con un tono rojizo brillante. Entonces se acercarían sigilosamente hasta estar lo suficientemente cerca como para colocar el cañón del rifle bala U justo al frente de uno de los ojos. En ese momento el cazador dispararía y los dos se apartarían rápidamente, pues el animal, herido de muerte, se revolvería violentamente en el agua y podría volcar el bote o golpear a los cazadores.

Ezequiel remaba y Paulino iba en la proa del bote con la linterna en la frente y el rifle bala U en sus manos. La intención era ir en completo silencio para no espantar al cocodrilo. La atención y la concentración eran de suma importancia, pues lo que iban a hacer era sumamente peligroso. El premio era un lindo cocodrilo que matarían y que llevarían a la orilla para desollarlo. Ese sería el trofeo de caza.



Cazador, ¿por qué has venido a mi mundo...?

Este es mi río, mi estero y mi manglar.

Soy el hijo del río milenario, del agua verde y del barro moreno.

El río es mi padre, mi hermano, mi amigo...

Acá vivo feliz...

Cazador, ¿por qué has venido a mi mundo...?

A las cinco y treinta de la tarde, viendo más allá de la cercana desembocadura del río, estaba el mar inmenso. Ambos estaban separados solamente por lo que los lugareños llaman la barra, una zona donde la corriente del río, al encontrarse con el agua del mar, forma una zona de fuerte oleaje en que el sabor del agua es salobre, producto de la mezcla del agua dulce del río con el agua salada del mar.

A lo lejos, allá en el horizonte, a esa hora se ocultaba el sol. Era una enorme rueda roja brillante que provocaba un lindo celaje anaranjado y púrpura, con el cielo aún azul conforme uno levantaba la vista hacia el zenit. Pocas nubes blancas adornaban aquel maravilloso paisaje, que contrastaba con el agua ya oscura del río y del mar.

Luego de unos veinte minutos de estar remando, llegaron a la cercanía de los manglares. El agua aún se veía de color verde oscuro, con hojas de mangle amarillas y anaranjadas que flotaban arrastradas por la corriente del río. Paulino todavía no había encendido la luz de la linterna, pero los dos cazadores ya iban en completo silencio.

Cazador, has venido a buscarme,

¿por qué me buscas...?

Yo no te he hecho nada malo,

ni a ti, ni a los tuyos.

¿Por qué no me dejas tranquilo...?

Estás en mi río, mi mar y mi manglar...

Cazador, has venido a buscarme...

Luego de unos veinte minutos cayó la noche. Todo quedó sumido en la más completa oscuridad. El enorme silencio sólo era turbado por el ruido que hacían las sardinas saltando en el agua. De vez en cuando se escuchaba la voz de la lechuza o el ruido de las aves marinas que duermen en el manglar. Apenas se escuchaba el ruido de los remos partiendo silenciosamente el agua del río. Paulino había encendido la luz de la linterna. En la negrura de la noche el haz de la luz se paseaba lentamente en el agua del río y en las entrañas del manglar. En cualquier momento esperaban encandilar al animal.

Como era una noche de verano, a esa hora ya habían salido las estrellas. Un lindo cacho de luna mostraba la luna en creciente. Arriba en lo alto el cielo estaba negro como el azabache, pero las estrellas verdes le daban un aire de majestad y belleza que es imposible describir. De vez en cuando Paulino apagaba la lámpara y, de alguna manera que aún no logro comprender, los cazadores podían ver en la oscuridad. Tal vez sus ojos se adaptaban a ésta, lo que los hacía similares al cocodrilo.

Cazador, ¿por qué quieres matarme...?
En realidad para nada necesitas mi carne ni mi piel...
Yo soy tu hermano y tu amigo, y no sé por qué me matas...
Cazador, es una ironía que me dispares...
El río y el estero ya no serán nunca más los mismos sin mí...
Mejor vete a casa y duerme en paz con los tuyos...
Cazador, ¿por qué quieres matarme...?

Paulino y Ezequiel habían y pasado una hora y media navegando silenciosamente cerca del manglar. El silencio era total y la oscuridad absoluta. Ésta sólo era turbada por la luz de la linterna. De pronto Ezequiel le tocó suavemente la espalda a Paulino cuando vio los dos ojos rojizos que brillaban como brazas sobre el agua, justo al pie del manglar. Ya Paulino los había visto también. Sin quitar la luz de la linterna de los ojos del animal, le hizo señas a Ezequiel para que acercara muy lentamente el bote al cocodrilo. Para suerte de los cazadores, en esa parte del río la corriente era apenas perceptible, por lo que la maniobra de aproximación se dio sin ningún problema.

Pronto estuvieron muy cerca del animal. Estarían tal vez a unos dos metros. Entonces lo pudieron ver a la luz de la linterna. Parecía un tronco de árbol flotando en el agua del río. Era de color café oscuro y contrastaba con el

agua verde claro del agua. Mediría unos cuatro metros de largo, lo que lo constituía en un excelente ejemplar. Sus ojos brillaban siempre de color rojo, como las brasas del anafre de mi tía Haydeé en su casa de Puntarenas.

El acercamiento final tomó unos diez minutos. El bote se acercaba cada vez más en el más completo silencio. Éste solo era turbado levemente por el suave ruido del canalete al cortar el agua del río. En medio de una gran tensión, pronto se dieron cuenta que estaban a distancia para poder matar al animal. Estarían a un metro de la cabeza del cocodrilo. Paulino, lentamente, martilló el rifle bala U. Estiró el brazo derecho y acercó la boca del cañón al ojo derecho del animal.

Vas a matarme cazador...
Lo noto en tus ojos y en la boca de tu rifle...
No te odio ni te rechazo...
De todos modos eres mi hermano y mi amigo...
Pero cometes un error...
Si me matas a mí, te matas a ti mismo...
Contarás a tu familia que mataste a un hermano...
Vas a matarme cazador...
No te odio ni te rechazo...
Pero no te entiendo...

Lo que pasó a continuación fue realmente sorprendente, fue un drama inmenso que se dio en la oscuridad de la noche. Tan impresionante fue aquello que Paulino y Ezequiel quedaron aterrorizados.

Justo en el momento en que Paulino acercó el cañón del rifle al ojo derecho del animal, y cuando ya se disponía a halar del gatillo, el cocodrilo abrió su hocico de manera violentísima y emitió un sonido gutural muy extraño, algo así como un estruendoso ronquido de tono muy grave que retumbó de manera impresionante en aquellos oscuros y silenciosos parajes. Simultáneamente se revolvió sobre sí mismo con formidable violencia y celeridad, golpeando con su enorme cola el bote de madera. Éste fue suspendido en el aire como a un metro de altura y fue lanzado a unos dos metros de distancia donde calló pesadamente al agua. El cocodrilo desapareció bajo el agua con gran rapidez

y todo volvió a quedar en silencio en la más completa oscuridad. La linterna y el rifle habían desaparecido.

Paulino fue el primero en gritar, -Ezequiel, Ezequiel, ¿dónde estás?-. Pero no hubo respuesta. Volvió a gritar y tampoco tuvo respuesta. Entonces se aterrorizó aún más. Ezequiel había desaparecido.

Iba a gritar nuevamente cuando sintió que algo se agarraba con gran fuerza de su hombro. En la oscuridad se volvió y lo pudo ver. Era Ezequiel semiparalizado por el terror. Paulino le tocó la cara con sus manos y notó que estaba completamente frío. Le preguntó que cómo estaba, pero Ezequiel no podría hablar. Entonces Paulino buscó a tientas el bote, pero éste también había desaparecido.

Se fue nadando hacia el manglar halando el cuerpo frío y casi rígido de Ezequiel, hasta que llegó a unas ramas que caían sobre el agua. Trató de apoyar los pies en el fondo, pero se le hundieron en el barro hasta las rodillas. Entonces decidió quedarse ahí, a la espera de que se le ocurriera alguna idea de qué hacer en aquellas peligrosas circunstancias.

Cazador, ¿por qué me buscas...?
Somos amigos, somos hermanos...
Yo nací cocodrilo y tu naciste cazador...
O eres quizá un ser humano que vive en mi mundo...
Yo te ofrezco mi río, mi estero y mi manglar...
Ven a vivir conmigo y seremos hermanos...
No me dispaes, cazador...
Somos amigos, somos hermanos...

Con el paso de los minutos, Ezequiel empezó a emitir ruidos guturales, como queriendo decirle algo a su amigo, pero no lograba articular palabras coherentes. Eso preocupó mucho a Paulino, quien de alguna manera logró subirlo en unas ramas de mangle, sitio al que se subió él también. Ahí pasaron el resto de la noche en aquella oscura y silenciosa soledad, tiritando de frío, picados por los zancudos y con muchísima hambre. Todo a su alrededor olía a barro y a manglar. Por suerte de ellos, no los atacó ningún animal.

Al amanecer del día siguiente, al ser las cinco de la mañana, pasó por ahí un bote con otros pescadores quienes lograron recogerlos. Paulino les contó lo que les había pasado pero ellos no parecían creerle. De todas maneras los llevaron a unas casas y negocios que había cerca de la desembocadura del río, y de ahí se fueron en bus hacia Puntarenas, adonde llegaron extenuados a eso del mediodía.

Ya por ese momento Ezequiel había recuperado el habla. Pero estaba aún aterrorizado por lo ocurrido. En los días siguientes estuvo mejor, hasta que recuperó la normalidad. De ese momento en adelante dejaron de salir de cacería. De hecho Paulino decidió no cazar más. Había concluido que los animales son demasiado valiosos como para matarlos casi que por pura diversión.

Ezequiel contaba que de noche, cuando estaba durmiendo, se soñaba con aquel animal.

La historia había terminado. Estábamos en nuestra casa de Monterrey. Era el mes de octubre. Había llovido mucho ese día. Hacía frío y ya era tarde. Mi papá Paulino guardó silencio. Estaba sentado en un extremo de la mesa en que todos nosotros, sus hijos y su esposa, habíamos cenado esa noche. Luego de haber terminado de comer, mientras mi padre nos contaba el cuento, todos escuchamos con mucha atención la narración de aquella aventura maravillosa y emocionante.

Todos nos quedamos en silencio, pero pensando en aquella impresionante historia. En ese momento eran como las ocho de la noche. Afuera de nuevo había empezado a llover. Luego nos dimos las buenas noches y todos nos fuimos a dormir.

Ya en la tibieza de la cama, antes de dormirme, no pude dejar de pensar en mi hermano, el cocodrilo de cuatro metros...

Bernal

Abril, 2013.

Il coccodrillo.

Le poesie che adornano questo racconto, per mezzo della voce del coccodrillo, rappresentano la voce della natura che parla al cacciatore. Il racconto si riferisce ad un fatto accaduto realmente al padre dell'autore.

Saranno state forse le cinque del pomeriggio quando Paulino ed Ezechiele giunsero nella zona della foce del fiume Barranca: era febbraio, ed era stata una giornata luminosa, soleggiata e calda.

Quella notte avevano programmato di andare a cacciare un coccodrillo, grande quanto la sorte avesse loro destinato. Una volta morto lo avrebbero rimorchiato con la barca fino alla spiaggia del fiume, dove lo avrebbero scuoiato per venderne la pelle e la carne a Puntarenas. Ma forse quello della vendita non era il punto importante, la cosa veramente interessante era la pericolosa avventura di cacciare, nel buio della notte, uno di quei bellissimi e poderosi animali.

Vicino alla foce del fiume, verso le cinque e mezza del pomeriggio, con l'alta marea, salirono a bordo della barca di legno che li avrebbe portati a monte del fiume, remando contro la dolce corrente e navigando molto vicino alle mangrovie che crescevano lungo la sponda dell'ampia zona in cui sbocca il fiume. Nell'oscurità della notte sarebbero avanzati lentamente e in silenzio, illuminando con una lanterna da minatori vicino e dentro il mangroviato. La speranza era di abbagliare un coccodrillo: quando questi è abbagliato dalla luce della lanterna, i suoi occhi brillano nell'oscurità con una luminosa tonalità rossastra. Quindi gli si sarebbero avvicinati furtivamente fino a stare abbastanza vicino da mettergli la canna del fucile calibro 22 proprio di fronte a uno degli occhi: in quel momento il cacciatore avrebbe sparato e i due si sarebbero allontanati immediatamente perché l'animale, ferito a morte, si sarebbe rivoltato violentemente nell'acqua e avrebbe potuto rovesciare la barca o colpire i cacciatori.

Ezechiele remava e Paulino stava a prua della barca, con la lanterna di fronte e il fucile nelle mani: dovevano stare completamente in silenzio per non spaventare il coccodrillo. L'attenzione e la concentrazione erano di primaria importanza, perché quello che stavano per fare era estremamente pericoloso.



Il premio era un un bel coccodrillo che avrebbero ucciso e portato a riva per scuoiarlo: questo sarebbe stato il trofeo di caccia.

Cacciatore, perché sei venuto nel mio mondo...?

Questo è il mio fiume, il mio estuario di mangrovie.

Sono il figlio del fiume millenario, dell'acqua verde e della bruna argilla.

Il fiume è mio padre, mio fratello, mio amico ...

Qui vivo felice ...

Cacciatore, perché sei venuto nel mio mondo...?

Alle cinque e mezzo, guardando oltre la vicina foce del fiume, si vedeva il mare immenso. Fiume e mare erano separati solo da quello che gli abitanti del posto chiamano la barra, un tratto dove la corrente del fiume, incontrando l'acqua del mare, forma una zona di onde forti nella quale il sapore dell'acqua è salmastra, prodotto dell'acqua dolce del fiume mischiata con l'acqua salata dal mare.

In lontananza, all'orizzonte, a quell'ora si nascondeva il sole. Era una enorme, brillante ruota rossa che provocava un bel caleidoscopio color arancione e viola, e si poteva vedere il cielo ancora azzurro man mano che si alzava lo sguardo verso lo zenit.

Poche nuvole bianche adornavano quello splendido paesaggio, che contrastava con le acque già scure del fiume e del mare.

Dopo aver remato circa venti minuti, raggiunsero la zona delle mangrovie.

L'acqua si vedeva ancora di colore verde scuro, con le foglie di mangrovia gialle e arancioni che galleggiavano trascinate dalla corrente.

Paulino non aveva ancora acceso la lanterna, ma i due cacciatori stavano già in completo silenzio.

Cacciatore, sei venuto a cercarmi,

Perché mi cerchi...?

Io non ti ho fatto niente di male,

né a te, né alla tua gente.

Perché non mi lasci in pace...?

*Sei nel mio fiume, nel mio mare e nel mio mangroviato...
Cacciatore, sei venuto a cercarmi...*

Dopo circa venti minuti cadde la notte. Tutto rimase immerso nel buio più completo. L'enorme silenzio era turbato solo dal rumore che facevano le sardine saltando sull'acqua; ogni tanto si sentiva il verso della civetta o quello degli uccelli marini che vivevano nel mangroviato. Si sentiva appena il rumore dei remi rompere dolcemente l'acqua del fiume. Paulino aveva acceso la lanterna, e nel buio della notte il fascio di luce scivolava lentamente sull'acqua del fiume e nelle viscere del mangroviato: in qualsiasi momento speravano di abbagliare l'animale.

Dato che era una notte d'estate, a quell'ora c'erano già le stelle, e una bella falce mostrava la luna crescente. In alto, il cielo era nero come la pece, ma le stelle verdi gli davano un'aria di maestà e di bellezza impossibile da descrivere. Ogni tanto Paulino spegneva la lampada e, in qualche modo che ancora non posso capire, i cacciatori potevano vedere nel buio: forse i loro occhi si adattavano ad esso, rendendoli simili a quelli del coccodrillo.

*Cacciatore, perché vuoi uccideremi...?
In realtà a nulla ti servono la mia carne e la mia pelle...
Io sono tuo fratello e tuo amico, non so perché mi uccidi...
Cacciatore, è un'ironia che mi spari...
Il fiume e l'estuario non saranno più gli stessi senza di me...
È meglio che vai a casa a dormire in pace con i tuoi...
cacciatore, perché vuoi uccideremi...?*

Paulino ed Ezechiele avevano già trascorso un'ora e mezza navigando silenziosamente vicino al mangroviato. Il silenzio era totale e l'oscurità, rotta solo dalla luce della lanterna, quasi assoluta. Improvvisamente Ezechiele sfiorò delicatamente la schiena di Paulino quando vide due occhi rossi che brillavano come braci sull'acqua, appena sotto le mangrovie: anche Paulino li aveva visti. Senza togliere la luce della lanterna dagli occhi dell'animale, fece cenno a Ezechiele di avvicinare molto lentamente la barca al coccodrillo. Fortunatamente per i cacciatori, in quella parte del fiume la corrente era appena percepibile, cosicché la manovra di avvicinamento si svolse senza problemi.

Ben presto furono molto vicini all'animale, forse a un paio di metri di distanza. Allora lo videro alla luce della lanterna: sembrava un tronco d'albero galleggiante sull'acqua del fiume. Il suo colore marrone scuro contrastava con quello verde chiaro dell'acqua; misurava circa quattro metri di lunghezza, il che lo rendeva un ottimo esemplare. I suoi occhi brillavano sempre di rosso, come i carboni accesi della stufa di mia zia Haydee nella sua casa di Puntarenas.

L'avvicinamento finale durò circa dieci minuti; la barca si avvicinava nel più completo silenzio, turbato solo leggermente dal soffice rumore della pagaia che tagliava l'acqua del fiume. In mezzo a una grande tensione, ben presto si resero conto che erano a distanza utile per poter uccidere l'animale: saranno stati a un metro dalla testa del coccodrillo. Paulino, lentamente, alzò il percussore del fucile calibro 22, allungò il braccio destro e avvicinò la bocca della canna all'occhio destro dell'animale.

*Mi ucciderai cacciatore...
Io vedo nei tuoi occhi e nella bocca del tuo fucile...
Non ti odio né ti respingo...
In ogni modo sei mio fratello e mio amico...
Ma fai un errore...
Se mi uccidi, uccidi te stesso...
Racconterai alla tua famiglia che uccidesti un fratello...
mi ucciderai cacciatore...
Non ti odio né ti rifiuto...
però non ti capisco...*

Quello che successe dopo fu davvero incredibile, fu un dramma immenso che si svolse nell'oscurità della notte, tanto impressionante che Paulino e Ezechiele rimasero terrorizzati.

Proprio nel momento in cui Paulino avvicinò la canna del fucile all'occhio destro dell'animale, e quando stava per premere il grilletto, il coccodrillo aprì la bocca in modo violentissimo emettendo un suono gutturale molto strano, qualcosa di simile a un frastuono dal tono grave che rimbombò in modo impressionante in quei luoghi bui e silenziosi. Contemporaneamente si contorse su sé stesso con grande violenza e velocità, colpendo con la sua enorme coda la barca di legno; questa fu sospesa in aria a circa un metro di altezza e lanciata a due metri di distanza, dove cadde pesantemente in

acqua. Il coccodrillo sparì sott'acqua con grande rapidità, e tutto fu di nuovo silenzioso nel buio più completo. La lanterna e il fucile erano scomparsi. Paulino fu il primo a gridare: "Ezechiele, Ezechiele, dove sei?". Ma non ebbe risposta. Urlò di nuovo ma nessuno rispose. Allora si spaventò ancora di più: Ezechiele era sparito.

Stava per gridare di nuovo quando sentì qualcosa che si aggrappava con forza alla sua spalla, si voltò nel buio e potette vederlo: era Ezechiele, semi-paralizzato dal terrore. Paulino gli toccò il viso con le mani e si accorse che era completamente freddo; gli chiese come stava, ma Ezechiele non poteva parlare. Cercò a tentoni la barca, però anche quella era sparita.

Nuotò verso le mangrovie tirando il corpo freddo e quasi rigido di Ezechiele, finché raggiunse alcuni rami che cadevano sull'acqua: cercava di tenere i piedi sul fondo, ma affondò nel fango fino alle ginocchia.

Decise allora di rimanere lì, in attesa di qualche idea su che cosa fare in quella circostanza pericolosa.

Cacciatore, perché mi cerchi...?

Siamo amici, siamo fratelli...

Io nacqui coccodrillo e tu cacciatore...

O forse sei un essere umano che vive nel mio mondo...

Ti offro il mio fiume, il mio estuario e il mio mangroviato...

Vieni a vivere con me e saremo fratelli...

Non spararmi, cacciatore...

Siamo amici, siamo fratelli...

Con il passare dei minuti, Ezechiele cominciò ad emettere suoni gutturali, come se volesse dire qualcosa al suo amico, ma non poteva articolare parole coerenti, il che preoccupò molto Paulino, che in qualche modo riuscì a caricarlo su alcuni rami di mangrovia, dove salì anche lui. Lì, in quella oscura e silenziosa solitudine, passarono il resto della notte, rabbrivendo per il freddo e punti dalle zanzare; tutto intorno odorava di fango e mangrovie. Per loro fortuna non li attaccò nessun animale.

All'alba del giorno dopo, verso le cinque del mattino, passò di lì una barca con alcuni pescatori che riuscirono a raccoglierci; Paulino raccontò loro che cosa era successo, ma sembrò che non gli credessero. Comunque li portarono presso alcune case che si trovavano vicino alla foce del fiume, e da lì andarono in barca verso Puntarenas, dove arrivarono esausti verso mezzogiorno.

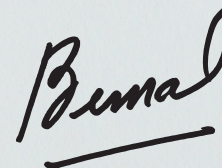
Per allora Ezechiele aveva recuperato la parola, però era ancora terrorizzato per l'accaduto; nei giorni successivi cominciò a star meglio, finché non recuperò la normalità. Da quella volta smisero di andare a caccia: di fatti Paulino decise di non cacciare più. Aveva deciso che gli animali sono troppo preziosi per ucciderli per puro divertimento.

Ezechiele raccontava che di notte, mentre dormiva, sognava quel coccodrillo. La storia era finita. Eravamo nella nostra casa di Monterrey, era il mese di ottobre e quel giorno aveva piovuto: faceva freddo ed era tardi.

Mio padre Paulino rimase in silenzio; era seduto a un'estremità del tavolo sul quale tutti noi, i suoi figli e sua moglie avevamo cenato quella sera. Dopo che avemmo finito di mangiare, mentre mio padre raccontava la storia, tutti avevamo ascoltato molto attentamente il racconto di quella meravigliosa ed emozionante avventura.

Rimanemmo in silenzio, pensando a quella storia incredibile; erano circa le otto di sera e fuori aveva ricominciato a piovere: ci demmo la buona notte e andammo a dormire.

Una volta nel tepore del letto, prima di addormentarmi, non potevo smettere di pensare a mio fratello, il coccodrillo di quattro metri.



Aprile, 2013.



El río.



Soy el río, hermano, piensa en mí como ser vivo...
Soy poderoso y bello, soy el hijo de la nube y el sol...
Le doy vida al bosque y al animal silvestre...
Nutro de agua dulce y fresca al mar inmenso...

Todos somos nacidos del mismo polvo original...
Todos somos hijos de la madre naturaleza...
Todos somos parte del universo
lleno de estrellas...

No me ensucies, hermano, no cortes a mi amigo el árbol...
Respeto mi cauce y mi crecida de invierno...
No mates mi lagarto, mi guapote ni mi garza...
En vez de eso toma tu guitarra, siéntate en mi ribera
y canta una canción...

Soy el río, hermano, piensa en mí como ser vivo...

Bernal

Octubre, 2013.



Il fiume.



Sono il fiume, fratello, pensa a me come a un essere vivo...
Sono poderoso e bello, sono il figlio della nube e il sole...
Do la vita al bosco e all'animale selvatico...
Nutro di acqua dolce e fresca il mare inmenso...

Siamo nati tutti dalla stessa polvere originale...
Siamo tutti figli della Madre Natura...
Tutti siamo parte dell'universo
pieno di stelle...

Non sporcarmi, fratello, non tagliare il mio amico albero...
Rispetta il mio letto e la mia piena d'inverno...
Non uccidere il mio coccodrillo, il mio guapote e il mio airone...
Prendi invece la tua chitarra, siediti sulla mia riva
E canta una canzone...

Sono il fiume, fratello, pensa a me come a un essere vivo.

Bernal

Octobre, 2013.

El venado.

En este relato la naturaleza se expresa por medio de un venado, que se dirige al cazador que ha ido a matarlo. El cazador es el ser humano que destruye los animales y su hábitat.

Me levanté de madrugada para salir de cacería. Me hice un gallopinto y me lo comí con un pedazo de salchichón y una gran taza de café con leche con bastante azúcar. El pan añejo estaba un poco duro pero sabroso. Ese día me sentía muy bien.

Serían quizás las cinco de la mañana cuando salí de la casa.

Aún estaba muy oscuro y el ambiente era fresco.

Mis zapatones de cacería producían bastante ruido en la calle pedregosa. Era el único sonido que turbaba el silencio del pueblo, aquella agradable madrugada de domingo.

Hacía varios meses que quería cazar un venado pero, pese a que salía a buscarlos, no había podido tirar ninguno. Era talvés porque no había tenido la suerte de encontrar un buen ejemplar. – Será otro día –, pensaba siempre que regresaba a la casa llevando nada más que un par de garrobos.

A eso del jueves anterior me fui a tomar unos tragos al bar El Gavilán y ahí me encontré al Negro Violeta, mi amigo de toda la vida.

Le decían así porque era un hombre muy moreno, quizás un poco más que lo normal en esa región.

Era un buen amigo mío, a quien yo conocía desde que éramos niños. Siempre había vivido en el pueblo y le gustaba andar entre el monte y los tacotales. Tenía una gran resistencia para andar y trepar cerros a toda carrera, detrás de algún animal. Con el paso de los años había adquirido una amplia experiencia en aventuras de todo tipo, por lo que era un excelente compañero para tomar tragos, conversar, pescar o ir de cacería.



Yo llevaba puesto un pantalón caqui muy viejo y una desteñida camisa azul de manga larga. Llevé una caja de veinte tiros y el bala U que me había regalado mi papá hacía ya muchos años. Me puse los zapatones cafés y mi sombrero de cazador que le había comprado a un gringo unos años antes. Para almorzar, eché una botella plástica con agua de azúcar, un pedazo de pan añejo y un trozo de queso duro, en un bolso de lona que me amarré a la faja del pantalón.

Unos quince minutos después llegué a la casa del Negro Violeta. Él me estaba esperando parado en media calle, tirándole piedras a un horcón de la cerca de un potrero que había al frente de su casa.

Nos saludamos y nos pusimos en marcha alejándonos del pueblo, hacia el sur, buscando hacia el mar.

Hermano, vienes a matarme...

Yo soy el venado, tu hermano de siempre,
quieres matarme sin tener razón para hacerlo...

Soy el resultado de la evolución...

Por eso mi cuerpo es perfecto...

Mis ojos son como un milagro...

Y mi cerebro es un órgano maravilloso...

Soy, como tu, mi hermano,
orgullo de la creación...

Aprovechando la marea baja, nos fuimos caminando por la playa unos dos kilómetros, yendo hacia un claro del bosque que iba a dar al mar y por el que normalmente nos encaminábamos tierra adentro, cuando íbamos de cacería.

El paisaje era muy bonito, porque como ya empezaba a clarear, se veían las olas verdes que al llegar a la arena negra de la playa, se convertían en espuma blanca. El cielo era de un color azul celeste un poco oscuro, que combinaba muy bien con el color verde claro del bosque y las palmeras.

Disfruté el momento escuchando el ruido del mar en aquel ambiente tan colorido y estimulante.

Cuando llegamos al claro del bosque, dejamos la playa y nos internamos en unos tacotales. La intención era llegar al río, con la esperanza de tirar algún venado que anduviera por ahí en busca de agua, puesto que transcurría el mes de abril. Estábamos en pleno verano y en esa época del año, era más probable que nuestra idea tuviera éxito.

El río Barranca bajaba al llano desde las cerranías por lo que sus aguas eran cristalinas y frescas. Tenía lindas pozas donde el agua era muy mansa. Vistas desde la parte de arriba de los paredones se veían verdes y tranquilas. Además, como en ese punto el río ya estaba muy cerca de su desembocadura en el mar, abundaban los gualajes que pescaban los habitantes de nuestro poblado, para comerlos fritos en aceite muy caliente.

Caminamos como media hora y llegamos al río. Nos desplazábamos en silencio observando con cuidado, tratando de sorprender a algún animal que hubiera ido a tomar agua.

Por momentos nos quedábamos muy callados a la orilla del río, ocultos entre los troncos de los árboles, velando por si algún animal llegaba a ese lugar. Así pasábamos un rato y luego volvíamos a emprender la marcha.

En algunos lugares de las orillas pude ver huellas de venado muy recientes, así es que era probable que nuestra idea fuera buena y tiráramos algún buen ejemplar.

Así caminamos largo rato, entre las grandes piedras y árboles de las orillas, velando a ratos y trepando y bajando paredones en que crecían plantas de todo tipo.

Soy el venado del bosque sagrado,
soy el hijo del dios sol...

Mis patas son delgadas y fuertes,
mi inteligencia es suprema y
mi mirada es aguda y precisa,
puedo oír caminar a mi hermana la hormiga,
puedo olfatear a mi amigo el mapache...

Soy el hijo del dios sol...

Vienes a matarme hermano, lo sé,
pero no te entiendo

El Negro Violeta avanzaba con gran rapidez y agilidad, por lo que yo tenía que esforzarme más de lo habitual para mantenerle el paso.

Más o menos una hora después llegamos a un plano muy bonito, lugar en que decidimos alejarnos del río para cazar en los extensos potreros y zacatales que había cerca de la finca de los Aguirre.

Yo me sentía fuerte y bien, aunque estaba un poco cansado luego de la caminata por las riveras del río.

Ahí ya no nos cubría la sombra de los árboles que crecían por los lugares en donde antes habíamos caminado. Ahora el sol caía a plomo sobre nuestras cabezas.

El zacate y pasto de los potreros estaban de color café de puro no llover ese verano. En ese momento ya serían las diez y media, por lo que el sol calentaba muy fuerte. Yo ya iba sudando, y me sentía con mucho calor por el color azul oscuro y las mangas largas de mi camisa.

Una media hora después llegamos cerca de un hato ganado que estaba en un potrero, como buscando la sombra de un gran higuerón que crecía en medio del mismo.

Yo no me había fijado antes, pero de pronto me di cuenta de que un buen ejemplar de venado macho estaba pastando junto con el ganado en ese lugar.

Sin decir una palabra le toqué el hombro y se lo enseñé al Negro Violeta y, muy despacio, nos tiramos de panza en el suelo.

Soy el venado del bosque milenario,
soy el hijo de la diosa luna...

Puedo ver de noche como lo hago de día,
disfruto el silencio y el fresco de la madrugada,
de noche, contento, escucho el ruido del mar,
me gusta mirar las estrellas verdes en el cielo negro,
y entiendo el lenguaje del rugir del jaguar...

Has venido a buscarme, hermano...

El venado aquel era un excelente animal de linda cachera. Lo teníamos como a cincuenta metros y no nos había visto.

Echamos a la suerte cuál de los dos lo tiraría y resulté favorecido yo.

Me fui gateando sin hacer ruido unos diez metros, hasta llegar a una piedra gris que me serviría de mampuesto. Era un buen lugar porque ahí había un pasto más o menos alto y estaba contra la brisa, así el animal no podría ni verme ni olfatearme.

Además yo era consciente de que sólo disponía de una única oportunidad. Si fallaba el tiro, perdería el animal.

El venado, de vez en cuando, bajaba la cabeza mordisqueando el zacate seco, levantaba la cabeza como vigilando, caminaba un par de pasos y volvía a mordisquear el zacate café. Cada vez se me acercaba más, por lo que decidí esperar un poco, hasta tener el tiro seguro.

Cuando llegó a unos veinte metros lo tuve a buena distancia, pero estaba de frente a mí, y yo lo quería de costado para pegarlo en el codillo. Me pareció que así el tiro sería más fácil y seguro.

En verdad ese era un lindo animal.

Para mi buena suerte dos novillos empezaron a pelear, por lo que el venado se alejó de ellos, se me acercó un poco más y se puso de costado. Se quedó quieto como si estuviera observando la pelea, por lo que tomé el rifle muy despacio y sin hacer muchos movimientos que fuera a escuchar el animal, apoyé el arma en la piedra y llevé mi mejilla hacia la culata.

El animal estaba cerca, le apunté exactamente al codillo para matarlo con ese único disparo de que disponía.

Lo veía muy bien bajo el sol intenso. Su esbelta figura de color café claro, se recortaba claramente contra la sombra del higuerón. Estaba inmóvil ofreciéndome un blanco perfecto.

Yo tenía las manos húmedas y por mi cara bajaban las gotas de sudor. Sentía en la espalda la camisa caliente como una plancha. Tenía la boca seca, pero me sentía tranquilo y contento por la oportunidad que se me presentaba.

Acerqué mi dedo índice al gatillo del rifle mientras apuntaba con mucho cuidado, detuve la respiración por unos dos segundos y disparé.

Pero, un instante antes de jalar el gatillo, ocurrió algo que yo no había previsto. Al darse esa situación yo ya había iniciado el movimiento del dedo al disparar, y no pude interrumpir la acción. Por eso, de todas maneras, siempre disparé.

Al momento de disparar, por alguna razón, el animal se movió hacia un lado. Fue algo completamente simultáneo, el movimiento de mi dedo al jalar el gatillo y el movimiento del venado.

Oí el sonido del disparo y, casi al mismo tiempo, también vi al venado dar un gran salto en el aire en el momento en que corrió, con gran rapidez, hacia un tacotal que había a un lado del potrero.

Ni siquiera lo herí. A unos treinta metros pude ver el poquillo de polvo que levantó la bala al pegar contra el suelo.

Había fallado el tiro.

Me puse de pie y casi ni vi al animal correr por el potrero, puesto que se movía muy rápido. Así me quedé unos segundos.

El Negro Violeta se me acercó y soltó una gran risotada mientras me golpeaba la espalda con la palma de la mano. No me decía ni una palabra. Sólo reía ruidosamente.

Me sacudí el polvo y las hojillas de zacate que se me habían pegado en la ropa, cogí el rifle y yo también me puse a reír, aún sabiendo que había perdido el venado.

En el fondo de mí mismo me sentía bien por no haber matado aquel lindo animal.

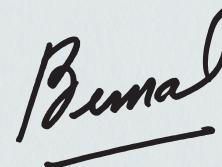
Ahora pienso que probablemente quise sentir eso para animarme un poco, después de haber fallado un tiro fácil.

Soy el venado del tacotal y del potrero,
soy el hijo de la diosa tormenta,
por eso soy rápido como el viento y
veloz como la centella...

Soy el venado que bebe agua del río,
soy el hijo de la diosa del agua,
soy hermano del árbol de Guanacaste,
soy también el hermano de la hierba amiga...

Amigo, aunque no te entienda,
tu eres mi hermano...

El Negro Violeta y yo continuamos riendo y, bajo el fuerte sol del medio día, nos fuimos caminando hacia el pueblo...



25-07-2000

Il cervo.

In questo racconto la natura si esprime per mezzo di un cervo, che si dirige al cacciatore che è andato ad ucciderlo. Il cacciatore rappresenta l'essere umano che sta distruggendo gli animali e il loro habitat.

Quel giorno mi alzai di buon mattino per andare a caccia. Mi feci un gallopinto e me lo mangiai con un pezzo di salsiccia e una gran tazza di caffelatte con molto zucchero. Il pane raffermo era un po' duro però gustoso: quel giorno mi sentivo in forma. Saranno state le cinque del mattino quando uscii di casa. Era ancora buio e l'ambiente era fresco. I miei scarponi da caccia risuonavano sulla strada pietrosa: era l'unico rumore che turbava il silenzio del villaggio in quella gradevole mattina di domenica. Era da alcuni mesi che volevo cacciare un cervo ma, nonostante fossi uscito altre volte a cercarne uno, non avevo potuto sparare a nessuno di essi. Forse perché non avevo potuto incontrare un buon esemplare. - Sarà per un altro giorno-, pensavo tornando a casa portando solo un paio di iguane. Il giovedì precedente ero andato a bere un paio di bicchieri al bar *El Gabilàn*, e lì incontrai il Negro Violeta, il mio amico di tutta la vita: lo chiamavano così perché era un uomo dalla pelle molto scura, forse un po' più del normale per quei paraggi. Era un buon amico mio che conoscevo da quando eravamo bambini, aveva sempre vissuto in paese e gli piaceva camminare per quelle colline. Possedeva una gran resistenza per correre e arrampicarsi a tutta velocità dietro a un animale. Con il passare degli anni aveva acquisito una vasta esperienza in avventure di ogni genere, quindi era un eccellente compagno di bevute, oltre che per conversare, pescare o andare a caccia.

Io indossavo un paio di vecchi pantaloni color cachi e una sbiadita camicia blu con maniche lunghe, gli scarponi color caffè e il mio cappello da cacciatore che avevo comprato da un gringo qualche anno prima; portavo con me una scatola di venti cartucce calibro 22 che mi aveva regalato mio padre. Per il pranzo misi una bottiglia di plastica con acqua e zucchero, un pezzo di pane raffermo e un pezzo di formaggio duro in un sacchetto di lana che legai alla cintura dei pantaloni.

Circa quindici minuti dopo arrivai alla casa del Negro Violeta: mi stava aspettando in piedi in mezzo alla strada, lanciando pietre alla staccionata

di un pascolo di fronte a casa sua. Ci salutammo e ci mettemmo in marcia allontanandoci dal villaggio verso sud, puntando verso il mare.

*Fratello, vieni per uccidermi...
io sono il cervo, il tuo fratello di sempre,
vuoi uccidermi senza avere un motivo per farlo...
Io sono il risultato dell'evoluzione ...
Per questo il mio corpo è perfetto...
I miei occhi sono una specie di miracolo...
il mio cervello un organo meraviglioso ...
Sono come te fratello,
orgoglio del creato ...*

Approfittando della bassa marea camminammo lungo la spiaggia per un paio di chilometri, diretti a una radura del bosco che arrivava al mare e per il quale normalmente ci incamminavamo nell'entroterra, quando andavamo a caccia. Il paesaggio era molto bello, perché siccome cominciava ad albeggiare si vedevano le onde verdi arrivare sulla sabbia nera della spiaggia convertendosi in spuma bianca. Il cielo era di un color azzurro scuro che combinava bene con il verde chiaro del bosco e delle palme.

Assaporai il momento ascoltando il rumore del mare in quell'ambiente tanto colorato e stimolante.

Arrivati alla radura lasciammo la spiaggia e ci inoltrammo nel bosco. L'intenzione era di arrivare al fiume, con la speranza di tirare a qualche cervo che andasse in giro da quelle parti in cerca di acqua, visto che eravamo nel mese di aprile, e in quell'epoca dell'anno avevamo più probabilità di avere successo.

Il fiume Barranca scendeva verso la pianura dalle colline, per cui le sue acque erano cristalline e fresche, formando belle pozze dove l'acqua era calma. Inoltre, siccome in quel punto il fiume è molto vicino alla sua foce, abbondavano i *gualajes* che gli abitanti del posto pescavano per mangiarli fritti in olio bollente.

Camminammo circa mezz'ora ed arrivammo al fiume, spostandoci silenziosamente ed osservando con cura, cercando di sorprendere qualche animale che fosse andato a bere.

Restammo in silenzio per qualche momento sulla riva del fiume, nascosti fra i tronchi degli alberi, aspettando che qualche preda venisse in quel posto; trascorso così un pò di tempo, riprendemmo la marcia.

In alcuni tratti della riva si potevano vedere delle tracce di cervo molto recenti, quindi era probabile che la nostra idea fosse stata buona e avremmo potuto tirare a qualche buon esemplare.

Così camminammo a lungo, tra i massi e gli alberi sulla sponda del fiume, osservando ogni tanto, arrampicandoci e scendendo lungo le pareti dove crescevano piante di tutti i tipi.

*Sono il cervo della foresta sacra,
il figlio del dio sole...*

*Le mie zampe sono sottili e forti,
la mia intelligenza è suprema,
il mio sguardo acuto e preciso.*

Riesco a sentire camminare la mia sorella formica,

Posso fiutare il mio amico procione,

Sono il figlio del dio sole...

*Fratello vieni ad uccidermi, lo so,
e non ti capisco.*

Il Negro Violeta avanzava agile e veloce, per cui dovevo sforzarmi più del solito per mantenere il passo. Più o meno un'ora dopo arrivammo in un bel posto, quando decidemmo di allontanarci dal fiume per cacciare nei pascoli esterni e nei prati che circondavano la fattoria degli Aguirre.

Mi sentivo forte e in buona forma, anche se un po' stanco dopo la marcia lungo la riva del fiume.

Lì non ci copriva più l'ombra degli alberi che crescevano nei luoghi dove avevamo camminato prima, adesso il sole cadeva a piombo sulle nostre teste; l'erba era di color caffè a causa della mancanza di pioggia. In quel momento saranno state le dieci e mezza e il calore del sole era molto forte.

Io stavo già sudando ed avevo molto caldo a causa del colore azzurro scuro e le maniche lunghe della mia camicia.

Una mezz'ora dopo arrivammo nei pressi di una mandria di bovini che stava pascolando all'ombra di un grande *higuerón* che cresceva lì.

Non l'avevo notato prima, ma improvvisamente mi resi conto che un bell'esemplare di cervo maschio stava pascolando in quel posto insieme al bestiame: senza dire una parola, toccai la spalla di Negro Violeta per mostrarglielo e, molto lentamente, ci mettemmo pancia a terra.

*Sono il cervo del bosco millenario,
sono il figlio della dea luna...*

*Posso vedere di notte così come di giorno,
godere del silenzio e del fresco dell'alba.*

Di notte, contento, ascolto il rumore del mare.

*Mi piace guardare le stelle verdi nel cielo nero
e comprendo il linguaggio del ruggito del giaguaro...*

Sei venuto a cercarmi, fratello...

Quel cervo era un eccellente animale con un bel pelo, si trovava a una cinquantina di metri e non ci aveva visto: tirammo a sorte per decidere chi dei due gli avrebbe sparato e io risultai favorito.

Strisciai silenziosamente una decina di metri, fino a raggiungere una parete di pietra grigia che mi sarebbe servita da appoggio. Era un buon posto perché l'erba era abbastanza alta e mi trovavo controvento, cosicché l'animale non poteva vedermi né fiutarmi.

Inoltre, ero consapevole del fatto che avevo una sola opportunità: se avessi mancato il bersaglio avrei perso l'animale.

Il cervo, di tanto in tanto, abbassava la testa brucando l'erba secca, la alzava come se stesse vigilando, faceva qualche passo e tornava a brucare l'erba color caffè. Ogni volta si avvicinava di più, per cui decisi di aspettare un po', fino a poter sparare a colpo sicuro.

Giunto a una ventina di metri ero a una buona distanza, però lo tenevo di fronte, mentre io lo volevo di lato per colpirlo al cuore: mi sembrò che così il tiro sarebbe stato più facile e sicuro. Era davvero un bell'animale.

Per mia fortuna due vitelli cominciarono a litigare tra loro, per cui il cervo si allontanò da essi, mi si avvicinò un po' di più e mi si mise di lato. Rimase quieto come se stesse osservando la lotta, per cui impugnai il fucile molto lentamente e, senza fare molti movimenti che potessero allarmare l'animale, appoggiai l'arma sulla pietra e misi la mia guancia sul calcio del fucile. Il

cervo era vicino, puntai esattamente al cuore per ucciderlo con quell'unico colpo di cui disponevo. Lo vedevo molto bene sotto il sole intenso, la sua agile figura color caffè si stagliava chiaramente sotto l'ombra del *higuerón*: stava immobile, offrendomi un bersaglio perfetto. Le mie mani erano umide e lungo il mio viso scendevano gocce di sudore; sentivo sulla schiena la camicia calda come un ferro da stiro. Avevo la bocca secca, però ero tranquillo e felice per l'opportunità che mi si presentava. Avvicinai il dito indice al grilletto del fucile mentre puntavo con molta attenzione, trattenni il respiro un paio di secondi e sparai.

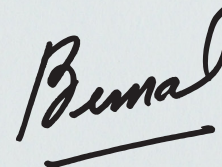
Un attimo prima di premere il grilletto, successe qualcosa che non avevo previsto: in quella situazione avevo già iniziato il movimento del dito per sparare e non potetti interrompere l'azione quindi, comunque, sparai. Nel momento dello sparo, per qualche motivo, l'animale si spostò di lato: fu qualcosa di completamente simultaneo, il movimento del mio dito premendo il grilletto e il movimento del cervo. Udii il rumore dello sparo e, quasi allo stesso tempo, vidi anche il cervo fare un gran salto nell'aria nel momento in cui fuggì con grande rapidità verso un cespuglio che era accanto al pascolo. Neppure lo ferii.

A una trentina di metri potetti vedere la poca polvere che sollevò la pallottola colpendo il terreno: avevo sbagliato il tiro. Mi alzai in piedi e quasi non vidi neppure l'animale correre per il prato, tanto si mosse rapidamente: restai così alcuni secondi. Il Negro Violeta mi si avvicinò e si lasciò sfuggire una gran risata, mentre mi batteva la schiena con il palmo della mano: non disse una parola, rideva solo rumorosamente. Mi tolsi la polvere di dosso pulendomi sulle foglie dell'erba, presi il fucile ed anch'io cominciai a ridere, nonostante sapessi di aver perso il cervo. Nel fondo di me stesso mi sentivo bene per non aver ucciso quel bell'animale. Adesso credo che probabilmente volli pensare quello per animarmi un poco, dopo aver sbagliato un tiro facile.

*Sono il cervo del pascolo,
Sono il figlio della dea tormenta,
Per questo sono rapido come il vento e
veloce come la scintilla...
Sono il cervo che beve l'acqua del fiume,
sono il figlio della dea delle acque,*

*sono il fratello dell'albero guanacaste,
Sono anche il fratello dell'erba amica...
Amico, anche se non ti capisco,
tu sei mio fratello...*

Il Negro Violeta ed io continuammo a ridere e, sotto il forte sole di mezzogiorno, ci incamminammo verso il villaggio.



25-07-2000



El mero.



Tengo cinco años de edad,
estoy sentado en la ventana del almacén de mi padre, frente al estero...
A mi lado está parado el viejo Arteaga...
Él es un empleado de mi padre...
Son tal vez las cinco de la tarde...
Pronto debo irme a la casa de mi tía...

Escucho un ruido extraño, un ronquido muy fuerte...
Le pregunto al viejo Arteaga,
-¿qué es eso que suena...?-.
-¡Es el mero de cien kilos...!-, contesta.
-¡Vamos a pescarlo...!-, le digo.
El viejo Arteaga contesta...
-Debes pescarlo sólo si tienes hambre...-.
-Ese pez es uno de los tantos habitantes del estero...-.
-La naturaleza lo hizo para que viva libre como usted o como yo...-.
-¡Debemos dejarlo vivir en libertad...!-.
-¡Está bien...!-, le digo.

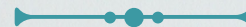
Ya son tal vez las cinco de la tarde,
pronto debo irme a casa de mi tía...

Bernal

Noviembre, 2013.



La spìgola.



Ho cinque anni di età,
Sono seduto sulla finestra del magazzino di mio padre, di fronte alla foce...
In piedi a fianco a me c'è il vecchio Arteaga...
è un impiegato di mio padre...
Saranno forse le cinque del pomeriggio...
Tra poco dovrò andare a casa di mia zia...

Ascolto un rumore strano, un russare molto forte...
Chiedo al vecchio Arteaga,
-Cos'è questo suono...?-.
-È la spìgola di cento chili...!-, risponde.
-Andiamo a pescarlo...!-, gli dico.
Il vecchio Arteaga risponde...
- Devi pescarlo solo se hai fame...-.
- Quel pesce è uno dei tanti abitanti della foce...-.
- La natura lo creò perché viva libero come te ed io...-.
- Dobbiamo lasciarlo vivere in libertà...!-.
- Sta bene...!-, gli dico.

Saranno forse già le cinque del pomeriggio,
tra poco dovrò andare a casa di mia zia...

Bernal

Novembre, 2013.

El jaguar.

Aquella era una típica noche del mes de junio en Costa Rica. Había llovido toda la tarde y, como ya eran como las siete de la noche, aunque ya había dejado de llover, hacía un poco de frío. Apenas habíamos acabado de cenar en el comedor de nuestra casa en Monterrey, y todos, mi madre, mis hermanos y yo, nos disponíamos a escuchar un cuento que nos iba a contar mi padre Paulino.

Papá estaba sentado en la cabecera de la mesa y todos guardábamos silencio, expectantes por escuchar la narración de una aventura que había vivido él allá por el año 1930 en las riberas del río Barranca. Se trataba de una historia de cacería que se había dado un día de los tantos en que él había salido a cazar por entretenerse, y porque le gustaba mucho caminar por los cerros y los potreros, en medio de los bosques que abundaban en esa región.

Esa noche él vestía una camisa de manga larga, de color claro, y un pantalón café oscuro de casimir español. Estaba sentado con los antebrazos apoyados en la mesa. Se sirvió una humeante taza grande de café, y se dispuso a iniciar la narración del cuento.

Mi padre Paulino empezó a contar la historia de esta manera.

Esa mañana del mes de abril me levanté temprano. Serían quizás las cuatro de la mañana cuando me despertó el ruido de las olas que reventaban en la playa. Me bañé sintiendo con satisfacción el agua dulce y fría de la madrugada. Luego desayuné, sentado en la cocina de la casa, pan con queso y café con leche con bastante azúcar. Al final me comí un banano bien maduro. La idea era tener bastante energía ese día que iría de cacería.

Al ser las cinco de la mañana llegó a la casa el Macho Marimba, mi compañero de aventura ese día de verano. Cargué una botella con agua en la que había destripado un par de limones ácidos, endulcé la mezcla con azúcar, me preparé un pedazo de pan con queso Bagaces, lo puse todo en una bolsa, y salimos rumbo a la ribera del río.



La idea para ese día era cazar un venado. Pensamos caminar unas dos horas hasta una poza a los que los lugareños la llaman La Lora, por tener sus aguas siempre verdes. Ahí nos esconderíamos en silencio, entre las raíces de los grandes árboles que crecen en la orilla, a esperar algún venado de los que llegan al río a tomar agua temprano por la mañana. Como era abril en pleno verano, y hacía mucho calor, creímos que esa estrategia nos daría resultado.

Yo soy Gregorio, el indio de barro,
soy el hijo del dios de la luna y del dios del sol...
Este es mi bosque, mi mundo, mi paraíso...
Tú eres el hombre blanco, mi hermano...
El árbol inmenso es mi amigo...
El río sereno y silencioso es también mi amigo...
Soy amigo también del jaguar lindísimo...
Tu eres el hombre blanco...
Te miro pasar y te siento extraño...
Sé bien para dónde vas...

Apenas salía el sol cuando empezamos la caminata hacia el río. Era aún muy temprano y ya sentíamos el calor que empezaba como a caer del cielo y a arremolinarse en torno a nosotros. El camino empedrado, de color colorado, blanco y amarillo, estaba seco y empezaba a calentarse. Todo estaba en silencio y éste sólo era turbado por el diálogo que sosteníamos el Macho Marimba y yo. Hablábamos de que, si cazábamos el venado, comeríamos su mejor carne esa misma noche, y pondríamos a curar el cuero en el patio de la casa, de forma tal que lo secara la brisa del mar. Esta vez ese cuero sería para él, pues la vez anterior que cazamos uno de esos lindos animales, su piel me había tocado a mí.

Pronto, al cabo de una hora de caminata, alcanzamos la cumbre de las bajas colinas que hay poco antes de empezar a descender hacia el río. Ya casi había amanecido completamente y el paisaje desde ahí era bellissimo. Todo se veía verde, con grandes motas del color anaranjado de los malinches. En lo alto se veía el cielo de color púrpura, apenas coloreado de blanco por las nubes del amanecer.

Yo soy el indio Gregorio...
 Estoy viendo el amanecer
 sentado en mi rancho de techo de paja...
 Dentro duermen mi esposa y mis hijos...
 Me gusta el cielo púrpura, las nubes blancas
 y el malinche anaranjado...
 Estoy hablando con mis padres
 El dios sol y la diosa luna...
 Apenas empieza a amanecer...
 Te miro pasar y te siento extraño...
 Sé bien para dónde vas...

El último trecho de camino hacia la poza lo hicimos trotando. Esa era una práctica que le gustaba al Macho Marimba, que era un hombre muy fuerte. A mí me costaba mantenerle el paso, especialmente llevando el rifle y el almuerzo, que conforme me iba cansando, me resultaban una carga cada vez más pesada. Así pasaron los últimos tres cuartos de hora. Cuando llegamos a la poza ambos íbamos completamente mojados por el sudor, y empolvados de pies a cabeza.

Ya cerca del río, los últimos doscientos metros los hicimos caminando despacio y en silencio, tratando de no golpear mucho las piedras con los zapatos. Esto era para no asustar a los venados que anduvieran por ahí. Anduvimos entre los árboles del bosque, avanzando y deteniéndonos, cada vez más despacio, haciendo lo posible por no respirar muy fuerte. Yo iba fijándome en la dirección en que soplabla la brisa. La intención era que ésta me diera en la cara, para que el venado no pudiera olfatearnos.

Cuando llegamos a la orilla escogimos un sitio justo al lado del playón del río. Ahí crecían grandes árboles entre cuyas raíces nos podríamos esconder a esperar a que llegara el venado. Hicimos una especie de guarida con troncos secos y hojas de arbustos cercanos, y nos sentamos pacientemente a esperar. Frente a nosotros quedó una pequeña playa arenosa y, al otro lado de esta, el agua verde de la poza. Teníamos toda la fe en que pronto llegaría el animal. Nos quedamos en completo silencio. Ahora ya había amanecido completamente.

Yo soy el indio Gregorio,
 ¿miras como brilla el sol de la mañana?,
 soy el indio que habita estos bosques,
 ¿miras qué bellos los árboles y las flores?,
 Soy el indio de cobre fundido,
 ¿miras cómo pasa el agua del río fresca y silenciosa?
 Soy el indio, soy el hombre, soy el poeta,
 ¿escuchas mi voz potente levantarse hacia el cielo?,
 soy la voz del poeta,
 que se escucha en el bosque bendito...
 A ti te siento extraño...

Habían pasado probablemente unos cuarenta y cinco minutos, cuando ocurrió algo inesperado. Escuchamos un ruido apenas perceptible entre las hojas secas del bosque y creímos que era un venado. Pero no. Era un jaguar grandísimo que escasamente iba entrando a la zona de la pequeña playa que había frente a nosotros.

Avanzaba con gran sigilo y en completo silencio. Pronto pudimos verlo de cuerpo completo. Era un animal bellísimo. Se veía joven y fuerte. Su piel de color mezclado negro con manchas amarillo claro era impecable. No tenía un solo defecto. De vez en cuando levantaba la cabeza con la nariz hacia el cielo, como olfateando para asegurarse de que no había nada en los alrededores que lo amenazara.

Se quedó quieto unos momentos y luego, sigilosamente, se acercó a la poza a beber agua. Ese era el momento que yo estaba esperando para coger el rifle muy pero muy despacio. Desde hacía rato yo ya lo tenía martillado. Lentamente lo levanté y me lo llevé a la cara para poder apuntarle al animal. Cuando sentí el frío de la culata en mi mejilla respiré profundo para no perder la precisión al hacer el disparo.

El animal no estaba en posición para dispararle al codillo. Estaba de canto a mí. Por eso tuve que esperar unos segundos. Si le disparaba en esa condición nada más lo iba a herir, y el animal se iría a morir al bosque y no podríamos capturarlo, por lo que perderíamos la presa. En realidad queríamos ese cuero perfecto, para colgarlo en algún lugar de la casa.

De pronto el animal se volvió hacia nosotros luego de beber agua. Le apunté con cuidado para meterle la bala justo entre los dos ojos, sin dañarle la piel. El animal caminó despacio acercándose a nuestro escondite y se quedó quieto. Entonces ocurrió algo extraño. El jaguar me miró directamente a los ojos. La mirada no era de odio, ni de enojo, ni de hambre. Era una mirada buena.

No me dio miedo. Me quedé sosteniendo la mirada de aquel bello animal. En el silencio del bosque pude escuchar el sonido de mi corazón. Ni el jaguar ni yo estábamos asustados, nos mirábamos mutuamente, como interrogándonos uno al otro.

Puse el dedo en el gatillo del rifle. Iba a matar al animal. Era un tiro sencillo y que sería letal. Tenía al jaguar a unos cuatro metros. Luego llevaríamos el animal muerto al pueblo.

Pero no pude disparar. No podía matar aquella obra maestra de la naturaleza.

Sentí que aquel animal era sagrado.

El jaguar me echó una última mirada, dio vuelta y caminó despacio hacia el bosque, en el que desapareció silenciosamente.

Aparté el rifle de mi cara, lo puse en el suelo, y me quedé ahí sentado, en silencio.

Estaba tan impresionado que no quería hablar.

El Macho Marimba me preguntó sorprendido, -¿por qué no le disparó?.

Yo le contesté, -porque no pude..., porque no debía hacerlo...-, y me quedé callado.

El Macho Marimba me respetó y también guardó silencio.

Luego nos levantamos y nos fuimos caminando de regreso al pueblo.

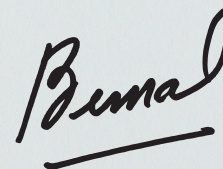
Casi no hablamos durante el trayecto hasta la casa.

Lo único que hice fue, mientras caminaba,irme comiendo el almuerzo que me había preparado antes de venirnos para el río en la madrugada.

Soy el indio Gregorio,
soy el jaguar, soy el árbol, soy el río...
estoy sentado en mi rancho de techo de paja...
Estoy mirando el mundo y la luz del sol...
Adentro escucho a mi mujer y a mis hijos...
Te miro pasar,
te miro contento y en paz...
Un día vivirás en el bosque, al lado del río...
El jaguar será tu amigo...
Yo soy el indio Gregorio...

La historia había terminado. Mi padre Paulino guardó silencio. Todos nosotros también permanecimos callados, sobrecogidos talvez por la historia que acabábamos de escuchar. Rezamos una oración y nos fuimos a dormir.

Han pasado de eso muchos años y nunca olvidé la historia del jaguar...



Agosto, 2013.

Il giaguaro.

Questo racconto è accompagnato da poesie declamate da un personaggio chiamato l'indio Gregorio. Si tratta di una persona che ho conosciuto nella realtà. Ciò che esprimono è il messaggio della natura, il bosco ed il giaguaro che parlano per mezzo di lui.

Era una tipica notte di giugno in Costa Rica. Aveva piovuto tutto il pomeriggio e, alle sette di sera, anche se la pioggia era cessata, faceva un po' freddo. Avevamo appena finito di cenare nella sala da pranzo di casa nostra a Monterrey e tutti, mia madre, i miei fratelli ed io ci preparammo ad ascoltare una storia che stava per raccontarci mio padre Paulino.

Papà era seduto a capotavola ed eravamo tutti in silenzio, in attesa di ascoltare un'avventura che lui aveva vissuto nel 1930 sulle rive del fiume Barranca. Si trattava di una storia di caccia successa un giorno dei tanti in cui lui era uscito per allenarsi, perché gli piaceva molto camminare per i pascoli e le colline in mezzo ai boschi che abbondavano in quella regione.

Quella notte indossava una camicia con maniche lunghe di colore chiaro e dei pantaloni color caffè scuro di cashemire spagnolo. Era seduto con gli avambracci appoggiati sul tavolo, si servì una grande tazza fumante di caffè e si preparò a narrare la storia. Questo fu il suo racconto.

Quella mattina del mese di aprile mi alzai presto. Saranno state forse le quattro quando mi svegliò il rumore delle onde che si infrangevano sulla spiaggia; mi lavai sentendo con soddisfazione l'acqua dolce e fredda dell'alba. Dopo feci colazione seduto nella cucina di casa, pane e formaggio, caffellate con molto zucchero e una banana ben matura; l'idea era di avere abbastanza energie quel giorno che sarei andato a caccia.

Alle cinque arrivò a casa il Macho Marimba, il mio compagno di avventure in quel giorno d'estate. Presi una bottiglia d'acqua dove avevo spremuto un paio di limoni, l'addolcii con zucchero, preparai un pezzo di pane con formaggio bagaces, misi tutto in una borsa ed uscimmo incamminandoci verso la riva del fiume.

Il proposito di quel giorno era cacciare un cervo. Pensavamo di camminare un paio d'ore verso una pozza che gli abitanti del luogo chiamavano La Lora, dovuto al fatto che le sue acque erano sempre verdi. Lì ci saremmo nascosti in silenzio, tra le radici dei grandi alberi che crescevano sulla sponda, in attesa di qualche cervo di quelli che vengono al fiume a bere la mattina presto.

Siccome eravamo in aprile, in piena estate, e faceva molto caldo, credevamo che quella strategia avrebbe avuto successo.

*Io sono Gregorio, l'indio di fango,
sono il figlio della dea luna e del dio sole...
Questo è il mio bosco, il mio mondo, il mio paradiso...
Tu sei l'uomo bianco, mio fratello...
L'albero immenso è mio amico...
Il fiume sereno e silenzioso è anche mio amico...
Sono amico del giaguaro bellissimo...
Tu sei l'uomo bianco...
Ti vedo passare e ti sento estraneo...
So bene per cosa vieni...*

Si era appena levato il sole quando cominciammo a camminare verso il fiume. Era ancora molto presto e sentivamo già il caldo che sembrava cadere dal cielo e vorticare intorno a noi. Il sentiero pietroso di colore rosso, bianco e giallo, era secco e cominciava a scaldarsi. Il silenzio era turbato solo dal dialogo tra me e il Macho Marimba. Parlavamo del fatto che, se avessimo preso il cervo, avremmo mangiato la sua carne migliore quella stessa notte, e ne avremmo messo a seccare la pelle nel patio della casa alla brezza del mare. Questa volta la pelle sarebbe stata del mio compagno, dato che la volta precedente che cacciammo uno di quegli animali la pelle era toccata a me. Ben presto, nel giro di un'ora, raggiungemmo la vetta delle basse colline che si trovano poco prima di scendere verso il fiume. Era quasi giorno fatto e il paesaggio che si mostrava lì era bellissimo: tutto era verde, il cielo era color porpora, appena dipinto di bianco dalle nubi dell'alba.

*Io sono l'indio Gregorio...
Sto vedendo l'alba
seduto nella mia fattoria col tetto di paglia...
dentro dormono mia moglie e i miei figli...
mi piacciono il cielo porpora, le nuvole bianche
e il malinche arancione...
sto parlando con i miei genitori
il dio sole e la dea luna...*

*comincia appena ad albeggiare...
ti vedo passare e ti sento estraneo...
so bene per cosa vieni...*

L'ultimo tratto di cammino verso la pozza lo facemmo correndo: era una pratica che piaceva al Macho Marimba, che era un uomo molto forte. Io faticavo a stargli dietro, specialmente portando il fucile e il pranzo, che man mano che mi stancavo risultavano un carico sempre più pesante. Passarono così gli ultimi tre quarti d'ora. Quando arrivammo alla pozza eravamo entrambi completamente bagnati di sudore e impolverati dalla testa ai piedi. Già vicini al fiume, gli ultimi duecento metri li percorremmo camminando piano ed in silenzio, cercando di non colpire molto le pietre con le scarpe, per non spaventare i cervi che andassero da quelle parti. Camminammo tra gli alberi del bosco, avanzando e fermanoci, sempre più piano, facendo il possibile per non respirare troppo forte. Io cercavo di fissarmi nella direzione da dove soffiava la brezza: l'intenzione era che questa ci desse sulla faccia affinché il cervo non potesse fiutarci.

Quando arrivammo sulla sponda scegliemmo un posto proprio di fianco alla spiaggia del fiume. Lì crescevano grandi alberi tra le cui radici ci potevamo nascondere ad aspettare che arrivasse il cervo. Facemmo una specie di tana con i rami e le foglie secche degli arbusti vicini, e ci sedemmo pazientemente ad aspettare. Di fronte a noi avevamo una piccola spiaggia sabbiosa e, all'altro lato, l'acqua verde della pozza. Avevamo tutta la fede che presto sarebbe arrivato l'animale. Rimanemmo in completo silenzio. Adesso si era fatto giorno completamente.

*Io sono l'indio Gregorio,
vedi come brilla il sole del mattino?
Sono l'indio che abita in questi boschi,
vedi che belli gli alberi e i fiori?
Sono l'indio di rame fuso,
vedi come scorre l'acqua del fiume, fresca e silenziosa?
Sono l'indio, sono l'uomo, sono il poeta,
senti la mia voce potente alzarsi verso il cielo?
Sono la voce del poeta,
che si ode nel bosco benedetto...
Ti sento estraneo...*

Erano forse passati circa quarantacinque minuti, quando successe qualcosa di inaspettato. Udimmo un rumore appena percepibile tra le foglie secche

del bosco e credemmo che fosse un cervo, ma non lo era. Era un giaguaro grandissimo che stava appena entrando nella zona della piccola spiaggia di fronte a noi. Avanzava furtivamente e in completo silenzio. Potemmo subito vederne il corpo completo. Era un animale bellissimo: appariva giovane e forte, la sua pelle con macchie giallo chiaro era impeccabile, non aveva il minimo difetto. Ogni tanto alzava la testa con il naso rivolto verso il cielo, come annusando per assicurarsi che non ci fosse nulla nei dintorni che lo minacciasse.

Rimase quieto per un momento e dopo, furtivamente, si avvicinò alla pozza per bere l'acqua. Quello fu il momento che stavo aspettando per prendere il fucile, molto, molto lentamente; già da un pezzo lo tenevo con il percussore alzato. Lo portai al viso per puntare all'animale: quando sentii il freddo del calcio dell'arma sulla mia guancia respirai profondamente per non perdere la precisione mentre sparavo.

L'animale non era in posizione per ricevere il colpo, mi stava di lato, per cui dovetti aspettare alcuni secondi. Se gli avessi sparato in quella posizione lo avrei solo ferito, sarebbe andato a morire nel bosco e non avremmo potuto catturarlo, e avremmo perso la preda. In realtà volevamo quella pelle perfetta, per poterla appendere in qualche posto della casa.

Improvvisamente il giaguaro si girò verso di noi, dopo aver bevuto. Puntai con attenzione per mettergli la palla esattamente in mezzo agli occhi senza rovinargli la pelle: l'animale camminò piano avvicinandosi al nostro nascondiglio e rimase quieto. Allora successe qualcosa di strano.

Il giaguaro mi guardò dritto negli occhi: lo sguardo non era di odio, né di collera, né di fame. Era uno sguardo buono.

Non mi fece paura. Rimasi sostenendo lo sguardo di quel bell'animale. Nel silenzio del bosco potevo udire i battiti del mio cuore. Né il giaguaro né io eravamo spaventati, ci guardavamo reciprocamente come per interrogarci l'un l'altro.

Poggiai il dito sul grilletto del fucile. Avrei ucciso l'animale. Era un tiro facile e sarebbe stato letale. Avevo il giaguaro a circa quattro metri, dopo avremmo portato l'animale morto al villaggio.

Però non potei sparare. Non potevo uccidere quell'opera d'arte della natura. Sentii che quell'animale era sacro. Il giaguaro mi lanciò un'ultima occhiata, si girò e camminò piano verso il bosco, dove sparì silenziosamente.

Spostai il fucile dal mio viso, lo appoggiai al suolo e rimasi seduto lì, in silenzio.

Ero talmente impressionato che non avevo voglia di parlare.

Il Macho Marimba mi chiese sorpreso: - Perché non hai sparato? - Io risposi:-

Perché non ho potuto..., perché non dovevo farlo...-, e rimasi in silenzio.
Il Macho Marimba rispettò il mio silenzio e anche lui tacque. Dopo ci alzammo e ci incamminammo di ritorno al villaggio. Quasi non parlammo durante il tragitto verso casa. L'unica cosa che feci fu, mentre camminavo, mangiare il pranzo che mi ero preparato prima di venircene al fiume all'alba.

*Sono l'indio Gregorio,
sono il giaguaro, sono l'albero, sono il fiume...
sto seduto nella mia fattoria dal tetto di paglia...
sto guardando il mondo e la luce del sole...
dentro casa ascolto mia moglie e i miei figli...
Ti guardo passare,
ti vedo contento e in pace.
Un giorno vivrai nel bosco, al lato del fiume...
Il giaguaro sarà tuo amico...
Io sono l'indio Gregorio...*

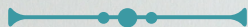
La storia era terminata. Mio padre Paulino restò in silenzio, e anche tutti noi, forse sopraffatti dalla storia che avevamo appena ascoltato. Recitammo una preghiera ed andammo a dormire.
Sono passati da allora molti anni e non ho mai dimenticato la storia del giaguaro.

Bernal

Agosto, 2013.



Soy.



El bosque verde es mi mundo,
en él viven el jaguar y la garza,
el venado y la güiriza...

El río de agua verde
lo baña, lo alimenta y lo refresca...

Yo soy el hijo del rayo y de la nube,
soy el hermano del viento y la centella...

Del árbol centenario,
del camino rojizo y polvoriento...
Del indio que vive en el rancho con techo de palma...

Soy el poeta
que sueña con un mundo sano y en paz...
Soy el poeta que canta a la naturaleza,
al agua, al animal y al bosque...
A la mujer esbelta de cara bonita...
A su cuerpo que parece escultura de belleza indescriptible...

Soy la música de las galaxias...
Soy la luz de las estrellas...
Soy un rayo de sol...

Bernal

Octubre, 2013.



Sono.



Il bosco verde è il mio mondo,
in esso vivono il giaguaro e l'airone,
il cervo e la güiriza...

Il fiume d'acqua verde
lo bagna, lo alimenta e lo rinfresca...

Io sono il figlio del fulmine e della nube,
sono il fratello del vento e della scintilla...

dell'albero centenario,
del cammino rossiccio e polveroso...
dell'indio che vive nella fattoria dal tetto di palma...

Sono il poeta
che sogna un mondo sano ed in pace...
Sono il poeta che canta alla natura,
all'acqua, all'animale ed al bosco...
Alla donna snella dal viso grazioso...
Al suo corpo che sembra scultura di bellezza indescrivibile...

Sono la musica delle galassie...
Sono la luce delle stelle...
Sono un raggio di sole.

Bernal

Octobre, 2013.

El armadillo.

En este cuento el personaje sin nombre, el indio Juan Leoncio y la india que declaman, representan a la naturaleza que les habla a los protagonistas.

Ese amanecer era parte de la madrugada de un día del mes de diciembre. La noche había sido muy clara y, por lo tanto, un poco fría. Sin embargo ese fue un problema menor, que resolví echándome encima una cobija liviana que yo tenía guardada en la casa y que normalmente no utilizaba.

Serían acaso las cuatro de la mañana cuando me levanté, tal como lo hacía normalmente. Yo tenía la costumbre de bajarme de la cama temprano en la mañana porque, de esa manera, el día me rendía más. Lo hacía así excepto los sábados y los domingos, ocasiones en que dormía un poco más.

Lo primero que hice ese día, luego de encender el anafre, fue bañarme con agua fría, en el baño sin techo de mi casa. Ese momento era especial pues la madrugada estaba llena de estrellas. Las podía ver muy bien desde el baño, lo que me hacía sentir especialmente optimista y contento.

Luego me preparé el desayuno, consistente en un huevo revuelto con tallo de cebolla, la cebolla, picada, propiamente dicha y unos trozos de tomate. Lo revolví todo junto en el sartén. Eso lo comí con pan añejo y queso duro de Bagaces. Finalmente me tomé una taza de café con leche endulzado con miel de abeja y, ya para salir, un vaso de agua de pipa fría.

Ese día, a pesar de ser domingo, me levanté temprano porque iba a ir con Pepe Maraca al rancho donde vivían los indios Juan Tencio y su esposa Josefa. Esto lo habíamos acordado desde el jueves, cuando por la noche estuvimos todos juntos viendo las estrellas sentados en la playa.

Para ese día, habíamos pensado cazar algún animal por la mañana, para luego, a eso de las doce o doce y treinta, llegar al rancho para que Josefa cocinara el producto de la cacería. Lo comeríamos a la hora de almuerzo.

Has andado por los cerros desde niño,
has bordeado el río en centenares de ocasiones,
has velado en las pozas días enteros,

has planeado cómo cazarme, Paulino, miles de veces...

Pero ahora piensas que no debes cazar nunca más...

Sé que te gusta el bosque, el río, el llano y la aventura,
pero ya no quieres cazarme...

¡Eso me alegra...!

Me vestí con mi indumentaria de cacería, me puse el sombrero, me eché al hombro el bala U, eché en una alforja una botella con agua con limón ácido, unos bollos de pan añejo y un pedazo de salchichón. Entonces me puse en camino hacia la boca del río, sitio en que había quedado de encontrarme con Pepe Maraca.

Al ser las cinco y treinta de la mañana llegó él ya listo para emprender la caminata por entre los potreros y los cerros, permaneciendo siempre alerta por si veíamos algún animal, pues pensábamos que podríamos ver y tirar incluso un buen venado.

Sin embargo, yo caminaba con cierto sentimiento de duda dentro de mí. En realidad ya no quería disparar a los animales.

Disfrutaba, por cierto, de la frescura de la madrugada, de la brisa marina que soplabla, del verdor del bosque, del olor de la montaña y del amanecer colorido, pero dentro de mí existía el sentimiento que antes mencioné.

Desde hacía meses había empezado a sentir una gran admiración por la perfección de la obra de la naturaleza. De los animales, del bosque, del río, de las aves, de las estrellas. Había empezado a sentirme, genuinamente, como un ser privilegiado, al formar parte de esa naturaleza bellísima y llena de vida.

Había empezado a sentirme, por primera vez, como un ser que es parte del universo infinito, y que habita en un pequeño lugar al que llamamos la tierra. Que siendo parte de ese universo infinito y que, siendo tan pequeño con relación a la inmensidad de la noche estrellada, era capaz, entre muchas otras cosas, de pensar y de discernir entre lo bueno y lo malo.

De esto y de otras cosas similares, hablaba con Pepe Maraca durante el largo camino.

Me parece oír hablar al indio Juan Leoncio,
me parece oírlo cuando pregunta que por qué guardo silencio,
sus ojos vivaces se fijan en los míos,
me interroga en forma silenciosa, sin gestos, sin ademanes...
Paulino, me dice, ¿por qué matas al animal...?,
no lo haces por hambre o por necesidad,
¿no ves que el animal es tan bello, o tan importante,
como la estrella más brillante...?
Es tan perfecto, tan bello y tan único como lo eres tú, Paulino...
Me parece oír hablar al indio Juan Leoncio...
¿Por qué matas al animal...?

Cuando llegamos al pie de la colina todavía me sentía fresco y descansado. Esto a pesar de que ya habíamos andado cerca de una hora y media. Serían ya las siete y treinta de la mañana. No habíamos visto ningún animal. Sólo garrobos, una gran güiriza y un par de taltuzas.

Nos sentamos debajo de un árbol, saqué de la alforja la botella de agua con limón ácido, los bollos de pan añejo y el pedazo de salchichón, y lo compartí con Pepe Maraca. A esa hora de la mañana eso era un verdadero manjar. Aunque había previsto que nos lo comeríamos a las nueve y treinta, la verdad es que teníamos tanta hambre que nos lo comimos ahí mismo.

Ahí permanecimos sentados cerca de veinte minutos, conversando y admirando la linda vista del bosque en la ladera de la colina.

Me parece escuchar la voz de la india cuando dijo...
¿Eres único, Paulino, o hay otros seres como tú en el universo...?.
Si existieran, ¿son tan evolucionados como lo eres tú...?.
pienso que una civilización pudiera durar un tiempo definido...
Esa civilización, si la hubiera, ¿es simultánea con la tuya...?.
¿O existió antes...?, ¿o existirá después...?.
¿O existirán sólo seres muy pequeños como las bacterias...?.
¿Será que somos únicos en el universo, Paulino?.
Y si lo fuéramos, entonces,
¿por qué matas a un animal que quizá es único como lo pudieras ser tú...?.
¿Entiendes, Paulino, que es un error matarlo...?.

Y si no fuéramos únicos, si fuéramos muchos en el universo,
¿no sería siempre un error matarlo...?
Todo estaba en silencio, Pepe Maraca y yo nos miramos,
y nos quedamos callados, pensando...

Nos pusimos de pie y continuamos andando, esta vez, subiendo la colina, en medio del bosque verde, caminando en silencio para no espantar a los animales que pudieran andar por ahí. Subíamos entre los grandes troncos de los árboles, a la sombra de su inmenso follaje, agarrándonos a ratos de los bejucos y de las enredaderas que crecen en esos lugares.

Al cabo de una hora alcanzamos la cima de la colina. El esfuerzo de la trepada me hacía sentir cansado, mi corazón latía con rapidez, tenía la respiración agitada, y sentía que el rifle me pesaba como una tonelada. Nos sentamos en un claro del bosque y desde ahí pudimos ver el mar inmenso y las islas del golfo. Era en realidad un paisaje lindísimo pintado con todos los colores de la naturaleza, todo alumbrado por la rueda amarilla del sol.

No soplabla brisa, todo era quietud y silencio. Serían entonces como las once de la mañana.

Estar ahí, en ese momento, era un privilegio único. Todo aquello en realidad era un templo, un sitio casi sagrado...

Así lo entendimos Pepe Maraca y yo.

Percibo entre los árboles,
bajando desde el infinito,
la voz de la india morena...
Ella me dice, sin hacer gestos...,
este paisaje, Paulino,
es mi hijo querido,
es el resultado de mi existencia...
Soy la madre del bosque,
del árbol, del mar, del gavián y del río...
También soy tu madre, Paulino...

La bajada de la colina no fue tan cansada como la subida. Caminábamos hacia abajo con rapidez y sin mucho esfuerzo. En cuestión de treinta minutos llegamos a las cercanías de la finca de los Briceño. Desde donde estábamos,

todavía un poco alto en la loma de la colina, a lo lejos, ya podíamos ver los corrales y el ganado.

Nos vinimos bordeando una acequia casi seca, hasta llegar a un potrero limitado, en ese lugar, por una cerca de piñuelas. El suelo era rojizo, un poco empedrado y sin vegetación.

Veníamos caminando tranquilamente y en silencio, cuando un movimiento delante de nosotros llamó nuestra atención. Volvimos nuestra mirada hacia el sitio del que provenía el ruido, y vimos un hermoso armadillo que, torpemente, corría hacia el fondo del potrero siguiendo un rumbo paralelo a la cerca de piñuela.

Era un lindo animal de color café oscuro por encima, y de un color café más claro, un poco gris, por debajo. Se veía claramente su cabeza y su hocico alargado. Tenía unas orejas muy desarrolladas, diseñadas de esa forma para escuchar sin problemas a sus presas y a sus enemigos. Sus ojos, un poco saltones y grandes, eran vivaces y brillantes. Sobre su lomo parecía brillar el caparazón, hecho en piezas que calzan entre sí a la perfección. Por la parte de atrás se veía sobresalir un corto rabo que se deslizaba sobre el suelo.

Ahí estaba nuestro almuerzo de ese día.

Corrió unos segundos y se detuvo sin mirar hacia nosotros. Se quedó quieto como buscando alimento, con su hocico, entre las piedrillas del suelo. Tal vez habría visto algún insecto y estaba tratando de capturarlo para comérselo.

Era un blanco fácil.

Lo echamos a la suerte y ganó Pepe Maraca. Él haría el disparo. Tomó su rifle lentamente, se acomodó el sombrero para que no le estorbara, se agachó hasta arrodillarse en el suelo, sigilosamente se tiró de panza, apoyó los codos contra el suelo y apuntó con mucho cuidado.

Así estuvo algunos segundos. Le apuntaba al animal con gran cuidado. No quería fallar aquel tiro tan fácil. Transcurrieron algunos momentos más y observé que no disparaba.

Entonces le toqué la espalda con mi mano, como para que él me volviera a ver, pero seguía apuntando al animal.

Entonces, lentamente, bajó el cañón del rifle, lo apoyó con cuidado en la tierra rojiza, se sentó en el suelo y me dijo, -Paulino, no debo dispararle-. ¡No puedo matarlo!-. ¡No disparo por respeto al armadillo y a la naturaleza...! ¡Mejor que lo mate la india Josefa un día en que tenga mucha hambre...! ¡No disparo por respeto a nosotros dos, y por respeto a todos los seres humanos...!

Con el movimiento de Pepe Maraca, y con el ruido de su voz, el animal se asustó y huyó entre la maleza de los alrededores.

Pepe Maraca se enderezó, se puso de pie, me miró fijamente, y nos dimos un apretón de manos.

Luego, sin intercambiar palabras, seguimos nuestro camino.

Como a las doce y treinta llegamos al rancho de Juan Tencio y Josefa. Ellos nos estaban esperando sentados al lado de la puerta de entrada.

Nos saludamos contentos y nos sentamos con ellos a la sombra de un enramado cubierto con palmas secas. Entonces preguntó Josefa, -¿cazaron algo?-, -¡les veo las manos vacías...!-.

-No-, contestó Pepe Maraca, -no vimos ningún animal-.

El indio Juan Tencio me miró fijamente y, sin moverse de su sitio, dijo, -yo sabía que si lo hubieran visto, no dispararían...-, -a ustedes los he venido escuchando y observando últimamente...-. -Conozco bien su forma de pensar...-.

Y continuó diciendo, -pienso que un día ustedes vendrán al bosque, pero sólo a admirar su belleza y compartirlo con sus hermanos los animales...-.

Todos guardamos silencio.

Entonces dijo la india Josefa, -vengan a almorzar, ya está servida la comida...-.

Bernal

Dicembre, 2013.

L'armadillo.

In questo racconto il personaggio senza nome, l'indio Juan Leoncio e la india che declamano, rappresentano la natura che parla ai protagonisti.

Quell'aurora era un momento dell'alba di un giorno del mese di dicembre. La notte era stata molto chiara, e quindi, un po' fredda. Ciononostante quello fu un problema minore, che risolsi mettendomi addosso una coperta leggera che tenevo conservata in casa e che normalmente non usavo.

Saranno state le quattro del mattino quando mi alzai, come facevo normalmente. Avevo l'abitudine di scendere dal letto al mattino presto perché, in quel modo, il giorno mi rendeva di più. Facevo così tranne il sabato e la domenica, quando dormivo un po' di più.

La prima cosa che feci quel giorno, dopo aver acceso la stufa, fu lavarmi con acqua fredda nel bagno senza tetto di casa mia. Quel momento era speciale poiché l'alba era piena di stelle. Potevo vederle molto bene dal bagno, cosa che mi faceva sentire specialmente ottimista e contento.

Dopo mi preparai la colazione, consistente in un uovo strapazzato con un gambo di cipolla, una cipolla vera e propria tritata e dei pezzi di pomodoro. Mischiai tutto insieme nella padella. Lo mangiai con pane raffermo e formaggio duro di Bagaces. Infine bevvi una tazza di caffelatte addolcita con miele e, per uscire, un bicchiere d'acqua fredda di cocco.

Quel giorno, nonostante fosse domenica, mi alzai presto perché sarei andato con Pepe Maraca alla fattoria dove vivevano gli indios Juan Tencio e sua moglie Josefa. Ci eravamo messi d'accordo già da giovedì, quando eravamo tutti insieme a guardare le stelle seduti sulla spiaggia.

Per quel giorno avevamo pensato di cacciare qualche animale al mattino, per arrivare dopo, verso mezzogiorno o mezzogiorno e mezzo, alla fattoria affinché Josefa cucinasse il prodotto della caccia. Lo avremmo mangiato all'ora di pranzo.

Sei andato per le colline da bambino,
hai costeggiato il fiume in centinaia di occasioni,



hai vegliato nelle pozze giorni interi,
hai programmato come cacciarmi, Paulino, migliaia di volte...
Però adesso pensi che non devi cacciare mai più...
So che ti piacciono il bosco, il fiume, la pianura e l'avventura,
Però non vuoi più cacciarmi...
Quasto mi rallegra...!

Mi vestii con i miei indumenti da caccia, indossai il cappello, mi gettai in spalla la calibro 22, misi in una bisaccia una bottiglia d'acqua con limone acido, qualche pagnotta di pane raffermo e un pezzo di salsiccia. Quindi mi misi in cammino verso la foce del fiume, dove ero d'accordo di incontrarmi con Pepe Maraca.

Quando furono le cinque e mezzo del mattino lui arrivò già pronto per intraprendere la camminata per i pascoli e le colline, rimanendo sempre allerta nel caso che vedessimo qualche animale, dato che pensavamo di poter vedere e tirare perfino a un buon cervo.

Tuttavia, io camminavo con un certo sentimento dubbioso dentro di me. In realtà non volevo più sparare agli animali.

Godevo, senz'altro, della frescura dell'alba, della brezza marina che soffiava, del verde del bosco, dell'odore della montagna e dell'alba colorata, però dentro di me c'era il sentimento che ho menzionato.

Da mesi avevo cominciato a provare una grande ammirazione per la perfezione dell'opera della natura. Degli animali, del bosco, del fiume, degli uccelli, delle stelle. Avevo cominciato a sentirmi, genuinamente, come un essere privilegiato per formar parte di questa natura bellissima e piena di vita. Avevo cominciato a sentirmi, per la prima volta, come un essere che è parte dell'universo infinito, e che abita in un piccolo luogo che chiamiamo terra. Che essendo parte di quell'universo infinito e che, essendo tanto piccolo in relazione all'immensità della notte stellata, era capace, tra l'altro, di pensare e discernere tra il buono e il male.

Di queste ed altre cose simili parlavo con Pepe Maraca durante il lungo cammino.

Mi sembra di sentir parlare l'indio Juan Leoncio,
Mi sembra di sentirlo quando chiede perché sto in silenzio,
I suoi occhi vivaci si fissano nei miei,
Mi interroga in forma silenziosa, senza gesti, senza mimica...
Paulino, mi dice, perché uccidi gli animali...?,
Non lo fai per fame o necessità,
Non vedi che l'animale è così bello, o così importante,
Come la stella più brillante...?
È tanto perfetto, tanto bello e tanto unico come lo sei tu, Paulino...
Mi sembra di sentir parlare l'indio Juan Leoncio...
Perché uccidi l'animale...?

Quando arrivammo ai piedi della collina mi sentivo ancora fresco e riposato. E questo nonostante che avessimo camminato per circa un'ora e mezza. Saranno già state le sette e mezzo del mattino. Non avevamo visto nessun animale. Solo iguane, una gran güiriza e un paio di marmotte.

Ci sedemmo sotto un albero, tirai fuori dalla bisaccia la bottiglia d'acqua con limone acido, le pagnotte di pane raffermo e il pezzo di salsiccia, e li condivisi con Pepe Maraca. A quell'ora del mattino era una vera prelibatezza. Quantunque avessi previsto che ce la saremmo mangiata alle nove e mezzo, il fatto è che avevamo tanta fame che ce la mangiammo sul posto.

Permanemmo seduti lì circa venti minuti, conversando ed ammirando la bella vista del bosco sul pendio della collina.

Mi sembra di ascoltare la voce dell'india quando disse...
Sei unico, Paulino, o c'è un altro essere come te nell'universo...?
Se esistessero, sarebbero così evolti come lo sei tu...?
Penso che una civilizzazione potrebbe durare un tempo definito...
Quella civilizzazione, se c'è, è simultanea alla tua...?
Oppure è esistita prima...?, o esisterà dopo...?
O esisteranno esseri molto piccoli come i batteri...?
Sarà che siamo unici nell'universo, Paulino?
E se lo fossimo, allora,
perché uccidi un animale che forse è unico come potresti esserlo tu...?
capisci, Paulino, che è un errore ucciderlo...?

E se non fossimo unici, se fossimo molti nell'universo,
Non sarebbe sempre un errore ucciderlo...?
Tutto era in silenzio, Pepe Maraca ed io ci guardammo,
e tacemmo, pensando...

Ci alzammo in piedi e riprendemmo a camminare, questa volta, salendo la collina, in mezzo al bosco verde, facendo silenzio per non spaventare gli animali che sarebbero potuti passare da lì. Salivamo tra i grandi tronchi degli alberi, all'ombra dei loro immensi fogliami, afferrandoci ogni tanto ai rampicanti che crescono in quei luoghi.

Dopo un'ora raggiungemmo la cima della collina. Lo sforzo dell'arrampicata mi faceva sentire stanco, il cuore mi batteva rapidamente, avevo la respirazione agitata, e sentivo che il fucile pesava una tonnellata. Ci sedemmo in una radura del bosco e da lì potemmo vedere il mare immenso e le isole del golfo. Era realmente un paesaggio bellissimo dipinto con tutti i colori della natura, tutto illuminato dalla ruota gialla del sole.

Non c'era brezza, tutto era quiete e silenzio. Saranno state le undici del mattino. Stare lì, in quel momento, era un privilegio unico. Quello in realtà era un tempio, un luogo quasi sacro...

Così lo intendemmo Pepe Maraca ed io.

Percepisco tra gli alberi,
scendendo dall'infinito,
la voce dell'india morena...
lei mi dice, senza fare gesti...,
questo paesaggio, Paulino,
è il mio caro figlio,
il risultato della mia esistenza...
sono la madre del bosco,
dell'albero, del mare, dello spaviero e del fiume...
sono anche tua madre, Paulino...

La discesa della collina non fu tanto faticosa come la salita. Scendevamo con rapidità e senza molto sforzo. Nel giro di trenta minuti arrivammo nelle vicinanze del podere dei Briceño. Da dove eravamo, ancora un po' in alto sulla collina, in lontananza, potevamo già vederne i recinti ed il bestiame. Costeggiammo una roggia quasi secca, fino ad arrivare ad un pascolo limitato,

in quel posto, da un cerchio di ananas selvatici. Il suolo era rossiccio, un po' pietroso e senza vegetazione.

Venivamo camminando tranquillamente ed in silenzio, quando un movimento davanti a noi attirò la nostra attenzione. Volgemmo lo sguardo verso il posto dal quale proveniva il rumore, e vedemmo un grazioso armadillo che, goffamente, correva verso il fondo del pascolo seguendo una direzione parallela al recinto di ananas.

Lì stava il nostro pranzo di quel giorno.

Corse alcuni secondi e si fermò senza guardare verso di noi. Rimase quieto come se stesse cercando qualche alimento, con il muso tra le pietruzze del suolo. Forse aveva visto qualche insetto e stava cercando di catturarlo per mangiarselo.

Era un bersaglio facile.

Tirammo a sorte e vinse Pepe Maraca. Lui avrebbe sparato.

Prese il fucile lentamente, si accomodò il cappello perché non lo disturbasse, si accovacciò fino ad inginocchiarsi nel suolo, si buttò sulla pancia furtivamente, appoggiò i gomiti al suolo e puntò con molta cura.

Stette così alcuni secondi. Puntava l'animale con molta attenzione. Non voleva sbagliare quel tiro così facile. Trascorsero alcuni momenti ed osservai che non sparava.

Allora gli toccai la schiena con la mano, affinché lui tornasse a guardarmi, ma continuava a puntare l'animale.

Quindi, lentamente, abbassò la canna del fucile, lo appoggiò con cura sul terreno rossiccio, si sedette al suolo e disse, -Paulino, non devo sparagli-. -Non posso ucciderlo!-. Non sparo per rispetto all'armadillo e alla natura...! Meglio che lo uccida l'india Josefa un giorno in cui abbia molta fame...! ¡Non sparo per rispetto verso noi due, e per rispetto a tutti gli esseri umani...!

Per il movimento di Pepe Maraca, e per il rumore della sua voce, l'animale si spaventò e fuggì nella boscaglia dei dintorni.

Pepe Maraca si raddrizzò, si mise in piedi, mi guardò fissamente, e ci stringemmo la mano.

Dopo, senza scambiare una parola, seguimmo il nostro cammino.

Verso le dodici e trenta arrivammo alla fattoria di Juan Tencio e Josefa. Loro ci stavano aspettando seduti a lato della porta d'ingresso. Ci salutammo contenti e ci sedemmo con loro all'ombra di un tetto di rami coperto con foglie secche di palma.

Allora, chiese Josefa, -avete cacciato qualcosa?-, -vi vedo con le mani vuote...!-.

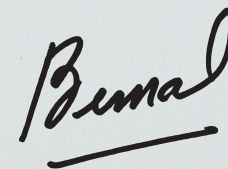
-No-, rispose Pepe Maraca, -non abbiamo visto nessun animale-.

L'indio Juan Tencio mi guardò fissamente e, senza muoversi dal suo posto, disse, -sapevo che se lo aveste visto, non avreste sparato...-, -voi due vi ho ascoltato ed osservato ultimamente...-. -Conosco bene il vostro modo di pensare...-.

E continuò dicendo, -penso che un giorno voi verrete al bosco, ma solo per ammirarne la bellezza e dividerlo con i vostri fratelli animali...-.

Restammo tutti in silenzio.

Allora disse l'india Josefa, -venite a mangiare, il pranzo è già servito...-.



Dicembre, 2013.

El cazador.

Los poemas incluidos en este cuento, el personaje sin nombre que los declama, y la niña bonita que he conocido en la realidad, y que dicho sea de paso se llama Karina, representan la naturaleza de la que todos hemos nacido. En este cuento, con el que termina el libro, el cazador se reconcilia con la naturaleza.

Aquella noche era una noche típica del mes de enero. Yo había estado dentro de mi casa descansando y pensando en muchas cosas. Pensaba sobre todo en mí mismo como persona y como cazador.

Al ser las seis y media de la tarde me cociné un delicioso pargo rojo pequeño, frito en aceite muy caliente, y me lo comí con arroz blanco sin sal, al que le había agregado muchas gotas de naranja agria. Eso lo acompañé con dos pedazos de plátano verde hervido que me habían sobrado del almuerzo de ese día. Esas cosas, combinadas con una ensalada de lechuga y tomate con mango cele, aderezados con bastante limón ácido y aceite de oliva, se convirtieron en una cena realmente deliciosa. Como postre me comí un pedazo de tapa de dulce que tenía guardada en un frasco de vidrio desde hacía varios días.

Cuando en el reloj de la pared de la cocina dieron las ocho de la noche, salí rumbo a la playa, sitio en que había quedado de encontrarme con el Macho Marimba y con el Negro Violeta a las ocho y treinta. Ahí nos reuníamos habitualmente a conversar y a disfrutar del fresco de las noches marinas. Entre muchas otras cosas que tratábamos, era ahí donde planeábamos nuestros viajes de cacería.

Al momento de llegar a la playa ellos aún no habían llegado, por lo que me senté en un tronco seco a esperarlos. La noche era muy oscura y sin luna. Todo era de color negro azabache. Mirando hacia el horizonte no se veía absolutamente nada. En esa ocasión sólo pude ver una débil luz de algún bote que regresaba de una gira de pesca. La luz apareció hacia mi izquierda y se fue desplazando lentamente, cruzando completamente el horizonte, de lado a lado, hasta desaparecer en la oscuridad por el lado derecho. Ese paso lo hizo sin hacer ruido, como respetando el silencio de la noche.



Las olas del mar reventaban frente al sitio en que yo estaba sentado, y su espuma se deslizaba por la arena para venir a descansar a unos quince metros de mí. El ruido del oleaje era casi lo único que turbaba aquel silencio inmenso de la noche marina. De vez en cuando, también era turbado por el canto de las lechuzas, o por el chirrido de los murciélagos que andaban mordisqueando las frutas maduras de los almendros.

Si miraba hacia atrás, sólo veía la luz amarillenta del bombillo encendido en la cocina de mi casa, que iluminaba el sitio a unos veinte metros de distancia. Ya mis ojos se habían adaptado a la oscuridad de esa linda noche.

Casi no soplaba viento, apenas una suave brisa que movía suavemente las ramas de los árboles. Aunque habían soplado los vientos del norte toda la semana, esa noche estaba especialmente tranquila.

Todo este ambiente maravilloso, había sido construido por la naturaleza bajo un cielo negro inmenso, en el que brillaban millones de estrellas verdes. Aunque parezca en principio difícil de creer, su luz era lo único que iluminaba aquel sobrecogedor paisaje nocturno. Bajo la luz blanca verdosa de las estrellas, el agua del mar jugaba entre las olas que venían a reventar justo al frente mío, y definía la silueta de las islas del golfo que parecían dormir tiradas de panza en el agua brillante del mar.

¿Qué piensas amigo...?,
¿es que sólo escuchas el ruido del mar...?,
¿o quizá sólo miras la luz de las estrellas...?,
¿pensarás tal vez en el pargo rojo de ocho kilos...?,
¿o estarás recordando el disparo de tu rifle al tirar un venado...?

Sé que piensas en esas cosas,
pero piensas también en la vida que hay en el bosque y en el mar,
en la belleza del río, del estero y de la garza blanca...,
en el silencio del bosque en la madrugada fría...,
en la música de las galaxias y de las estrellas...

¿Qué piensas amigo...?

Más o menos a las ocho y veinte, escuché el ruido de las carcajadas del Negro Violeta que venía tal vez contando chistes al Macho Marimba. Venían caminando por la playa negra, orientándose sin problemas bajo la luz de las estrellas. El sonido que producían sus zapatonos en la arena y el timbre sonoro de sus voces, hacían volar de los árboles, asustados, algunos pájaros que a esa hora ya estaban durmiendo.

-Buenas noches Paulino, ¿cómo está?-, me preguntó el Negro Violeta.

-Linda noche, ¿verdad?-, continuó diciendo.

-Aquí, en esta botella, traigo una limonada sin azúcar para que tengamos algo de tomar-, continuó diciendo, e inmediatamente se sentó a mi lado.

Lo mismo hizo el Macho Marimba que aún no había hablado.

Le respondí al Negro Violeta sus preguntas y guardé silencio.

Luego, nos quedamos, por unos momentos, los tres sentados en el tronco, mirando y escuchando el ruido de las olas que venían a descansar en la arena de la playa.

Pasados algunos minutos, rompí el silencio y dije.

-Ya no quiero cazar más-. -Mañana iremos de cacería, pero no pienso dispararle a ningún animal-. -Iré, pero sólo quiero ver los animales de cerca-. -Quiero admirarlos en todo su esplendor, pero no dispararles-. -He decidido dejar de ser un cazador-.

Bajo la luz de las estrellas vi la cara de perplejidad del Negro Violeta y del Macho Marimba, mis compañeros de cacería de tantos años, que se mostraban sorprendidos por lo que yo acababa de decir.

Después de algunos segundos de silencio, dijo el Macho Marimba.

-Yo sabía que tarde o temprano usted iba a tomar esa decisión-. -Lo he venido observando durante los últimos meses y cada vez lo veía menos entusiasmado cuando mataba algún animal-. -Me convencí que usted ya no era un cazador cuando le perdonó la vida a aquel jaguar tan lindo-. -No le quiso disparar porque ya no tiene el instinto asesino que necesita tener el cazador-.

Entonces intervino el Negro Violeta diciendo.

-Esa es su decisión Paulino, y yo la respeto-. -No haré nada para cambiar su manera de pensar, no sería ni lo correcto ni lo justo-. -Usted es mi amigo y así como piensa y como es, lo acepto y lo estimo-. -Le agradezco mucho que haya sido mi compañero de cacería durante tantos años-. -Ya no disparará más, pero no venda ni el rifle ni la cutacha, el olote no hay que tirarlo muy largo-. -Tal vez un día usted cambie de opinión-.

Soy la belleza del bosque,
soy el animal salvaje que es libre, bueno y sabio,
soy el árbol centenario que es la casa de las aves,
soy el estero verde que es el escondite del lagarto,
soy el mar azul que es el reino del tiburón y del róbalo,
soy la playa tibia en donde puedes descansar...
Soy la garza blanca que embellece la ribera del río...

Soy todo eso...

Tu eres un ser humano imperfecto...
Pero eres mi hermano, mi hijo...
Por eso te quiero...

Después de unos minutos en que permanecemos sin hablar, el Negro Violeta soltó una sonora carcajada. Luego dijo.

-Brindemos con un buen trago de limonada-.

Diciendo esto le dio un gran trago a la botella y nos la pasó a los otros dos para que hiciéramos lo mismo. Entonces continuó diciendo.

-Yo sí continuaré siendo un cazador, no podría dejar de serlo...-.

Lo mismo dijo el Macho Marimba y agregó, - soy feliz levantándome de madrugada, bañarme con agua fría, ver el amanecer y luego salir de cacería-, -me gusta caminar por la ribera del río, por el potrero ardiente en verano, por el bosque verde, llegar caminando hasta la Roca de Carballo-. - Me gusta velar el venado en el playón del río, o bañarme en el agua verde de la poza-. Me encanta el estampido del disparo de mi rifle y ver caer la presa-. Me place

comer la carne del venado y poner su piel en la sala de mi casa-. Mis amigos, por eso, entre otras muchas cosas, jamás dejaré de ser un cazador-.

Yo entonces les dije.

-Ustedes han sido mis compañeros por muchos años, hemos cazado juntos desde niños, y los he respetado siempre-. -Ustedes nacieron libres para pensar y para actuar, y lo serán por siempre, yo no estoy facultado para juzgar si ser un cazador está bien o está mal. A mí no me corresponde hacerlo-. -Sólo la naturaleza lo podrá hacer...-.

-Mucho menos intentaría tratar de cambiar su personalidad-. -Eso no sólo sería un error, sino también una suprema injusticia-. -Ustedes y yo nacimos libres-.

-Pero sí estoy convencido de que yo ya no quiero cazar más-. -He aprendido a amar a los animales, comprendo que ellos son perfectos, bellísimos, eternos-.

-Ellos representan la obra maestra de la naturaleza-. -Viven en el bosque sin molestar a nadie, matan para comer cuando tienen hambre, adornan el verde del paisaje y llenan de vida el universo nuestro, beben el agua fresca del río y son amigos de la lluvia, de la centella y del trueno-. -Regulan su población de manera lógica y natural-. -Somos nosotros, los seres humanos, los que alteramos ese equilibrio-.

-Si nuestro sol es una estrella como todas las demás, y si todos somos hechos del mismo material del que están hechas todas ellas, entonces todos somos hermanos-. -Yo me siento hermano del lagarto y del jaguar, de la güiriza y de la garza, del bosque verde y del árbol centenario, del río poderoso y del mar azul, de la luna y del sol...-.

-Soy un ser humano hermano del Negro Violeta, del Macho Marimba, de las islas del golfo y de la Roca de Carballo-.

La niña bonita
me mira de lejos y me pregunta sonriendo...
¿Soy yo la hija del sol y de la luna...?,
¿soy yo la hermana de la noche y de la estrella...?,
¿soy yo tan bella como las garzas o como las flores...?,
¿soy la amiga del viento y la gaviota...?

La miro en silencio y le respondo,
tu eres una niña muy bella,
que tiene su lugar en el universo perfecto...

Eres belleza, eres inteligencia, eres palabra, eres la luz...

Eres eterna...

Nos quedamos un rato sin hablar. Sólo se oía el inmenso silencio de la noche de verano al lado del mar. Periódicamente éste era roto por el murmullo de las olas y por la actividad de las aves nocturnas. Seguimos tomando tragos de la botella de limonada sin azúcar.

Luego de algunos minutos rompí el silencio diciéndoles.

-Mañana iremos de cacería pero no voy a disparar a ningún animal. De ahí en adelante, y en lo sucesivo, iré a caminar con Pepe Maraca y con Juan Marchena, quienes me han dicho que me acompañarán a recorrer el bosque y a ver los animales, porque quiero admirarlos y respetarlos, pues son mis hermanos-. -Si fuera pintor los pintaría como parte de los paisajes que siempre hemos visto por acá-.

-Yo soy parte de esa naturaleza que nos da la vida-, terminé diciendo.

-Paulino, te respetaremos siempre como hermano y como amigo-. -¿Nos veremos entonces mañana a las cinco de la mañana?-. Dijo el Macho Marimba.

-Sí, por supuesto, le contesté-.

Nos dimos un apretón de manos, nos deseamos buenas noches y nos retiramos a dormir.

Ya a esa hora serían pasadas las diez de la noche.

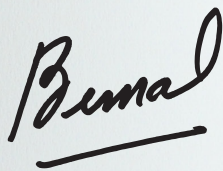
Llegué a mi casa y me acosté a dormir en medio de la quietud y la frescura de la noche.

Aquel silencio inmenso sólo era turbado por el murmullo del mar y por los animales silvestres.

Me dormí pensando en mí mismo, como persona y como cazador...

Te saludo cazador,
quiero estrechar tu mano...
Vendrás a vivir al bosque,
vas a convivir con el río, con el estero, con el mar...
Verás el amanecer y el atardecer,
caminarás por el sendero verde,
te bañarás en la poza fresca,
verás los animales y los árboles,
la guatusa y el garrobo...

Te saludo cazador,
quiero estrechar tu mano...

A stylized, handwritten signature in black ink that reads "Bernal". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke underneath the name.

Octubre, 2013.

Il cacciatore.

Le poesie contenute in questo racconto, il personaggio senza nome che le declama, e la niña bonita che ho conosciuto nella realtà, e che detto per inciso si chiama Karina, rappresentano la natura dalla quale tutti siamo nati. In questo racconto che chiude la collana del libro, il cacciatore si riconcilia con la natura.

Quella era una tipica notte di gennaio. Io ero rimasto in casa riposando e pensando a molte cose. Pensavo soprattutto a me stesso come persona e come cacciatore.

Alle sei e mezzo del pomeriggio mi cucinai un delizioso pargo rosso piccolo, fritto in olio bollente, e me lo mangiai con riso bianco senza sale a cui avevo aggregato molte gocce di arancia acida. Accompagnai il tutto con due pezzi di platano verde bollito che avevo avanzato dal pranzo di quel giorno. Queste cose, combinate con una insalata di lattuga e pomodori e con mango cele, conditi con limone ed olio di oliva, si convertono in una cena davvero deliziosa. Come dolce mangiai un pezzo di *tapa dulce* che tenevo conservato in un barattolo di vetro da alcuni giorni.

Quando dall'orologio appeso alla parete della cucina rintoccarono le otto di sera, uscii diretto alla spiaggia, il posto dove mi sarei incontrato con il Macho Marimba e il Negro Violeta alle otto e mezza. Lì ci incontravamo abitualmente a conversare e a goderci il fresco delle notti di mare. Tra le tante cose di cui parlavamo, lì era dove pianificavamo i nostri viaggi di caccia.

Quando giunsi alla spiaggia loro non erano ancora arrivati, per cui mi sedetti su un tronco secco ad aspettarli. La notte era molto oscura e senza luna. Tutto era di color nero. Guardando l'orizzonte non si vedeva assolutamente nulla. In quel momento potetti solo vedere una debole luce di una qualche barca che tornava da una battuta di pesca. La luce apparve alla mia sinistra e si fu spostando lentamente, attraversando completamente l'orizzonte da lato a lato, fino a scomparire nell'oscurità al lato destro. Quel passaggio lo fece senza far rumore, come se rispettasse il silenzio della notte.

Le onde del mare si infrangevano di fronte al posto dov'ero seduto, e la loro spuma scivolava sulla sabbia venendo a riposare a una quindicina di

metri da me. Il rumore delle onde era quasi il solo che turbava quel silenzio immenso della notte marina. Ogni tanto si sentiva anche il canto della civetta, o il cinguettio dei pipistrelli che andavano mordicchiando i frutti maturi dei mandorli.

Se guardavo alle mie spalle, vedevo solo la luce giallognola della lampadina accesa nella cucina di casa mia, che illuminava la zona per un raggio di venti metri. I miei occhi si erano già adattati all'oscurità di quella bella notte.

Quasi non soffiava il vento, solo una brezza soave muoveva dolcemente i rami degli alberi. Quantunque avessero soffiato i venti del nord tutta la settimana, quella notte era particolarmente tranquilla.

Questo ambiente meraviglioso era stato costruito dalla natura sotto un cielo negro immenso, in cui brillavano milioni di stelle verdi. Per quanto sembrasse difficile da credere, la loro era l'unica luce che illuminava quell'impressionante paesaggio notturno. Sotto la luce bianca e verdognola delle stelle, l'acqua del mare giocava tra le onde che venivano ad infrangersi di fronte a me, e definiva le sagome delle isole del golfo che sembravano dormire sdraiate sulla pancia nell'acqua brillante del mare.

- A che cosa pensi, amico?

Ascolti solo il rumore del mare?

O forse guardi solo la luce delle stelle?

Pensi forse al pargo rosso di otto chili?

O starai ricordando lo sparo del tuo fucile tirando a un cervo?

So che pensi a queste cose,

però pensa anche alla vita che c'è nel bosco e nel mare,
alla bellezza del fiume, della sua foce e dell'airone bianco...

al silenzio del bosco nell'alba fredda...

alla musica delle galassie e delle stelle... -

- A che cosa pensi amico? -

Più o meno alle otto e venti ascoltai il suono della risata del Negro Violeta che forse stava raccontando barzellette al Macho Marimba. Stavano camminando

sulla spiaggia nera, orientandosi senza problemi con la luce delle stelle. Il rumore che producevano i loro scarponi sulla sabbia e il timbro sonoro delle loro voci facevano volare dagli alberi, spaventati, alcuni uccelli che a quell'ora stavano già dormendo.

"Buona sera Paulino, come stai?", mi chiese il Negro Violeta.

"Bella notte, vero?", continuò.

"Qui, in questa bottiglia, ho una limonata senza zucchero per avere qualcosa da bere", aggiunse, e subito si sedette al mio lato. Lo stesso fece il Macho Marimba che non aveva ancora parlato.

Risposi alle domande del Negro Violeta e rimasi in silenzio.

Restammo per qualche tempo seduti sul tronco, guardando e ascoltando il rumore delle onde che venivano a riposare sulla sabbia della spiaggia.

Passati alcuni minuti, ruppi il silenzio e dissi:

"Io non voglio più cacciare. Domani andremo a caccia, però non ho intenzione di sparare a nessun animale. Andrò, ma voglio solo vedere gli animali da vicino. Voglio ammirarli in tutto il loro splendore, ma non sparagli. Ho deciso di smettere di essere un cacciatore".

Sotto la luce delle stelle vidi le facce perplesse del Negro Violeta e del Macho Marimba, i miei compagni di caccia di tanti anni, che si mostrarono sorpresi per ciò che avevo appena detto.

Dopo alcuni minuti di silenzio, disse il Macho Marimba:

"Sapevo che prima o poi avresti preso questa decisione. Ti stavo osservando durante questi ultimi mesi, ed ogni volta ti vedevo meno entusiasta quando uccidevi qualche animale. Mi convinsi che tu non eri più un cacciatore quando risparmiasti la vita a quel giaguaro così bello; non volesti sparagli perché non hai più l'istinto assassino che necessita un cacciatore".

Allora intervenne il Negro Violeta dicendo:

"Questa è una tua decisione, Paulino, ed io la rispetto. Non farò nulla per cambiare il tuo modo di pensare, non sarebbe né giusto né corretto. Tu sei mio amico così come la pensi e come sei, ti accetto e ti stimo. Ti ringrazio molto per essere stato il mio compagno di caccia durante tanti anni. Non sparerei più, ma non vendere né il fucile né la *cutacha*, il torsolo non bisogna buttarlo molto lontano. Forse un giorno cambierai opinione.

*Sono la bellezza del bosco,
sono l'animale selvaggio che è libero, buono e saggio,
sono l'albero centenario che è la casa degli uccelli,
sono l'estuario verde che è il nascondiglio del coccodrillo,*

*sono il mare azzurro che è il regno dello squalo e del branzino,
sono la spiaggia tiepida dove puoi riposare...
sono l'airone bianco che abbellisce la riva del fiume...
sono tutto questo.*

Tu sei un essere umano imperfetto...

*Ma sei mio fratello, mio figlio,
per questo ti voglio bene.*

Dopo alcuni minuti in cui restammo in silenzio, il Negro Violeta si lasciò andare a una sonora risata, e disse:

"Brindiamo con un buon sorso di limonata!".

Dicendo questo bevette un gran sorso dalla bottiglia e la passò a noi due perché facessimo lo stesso. Quindi continuò dicendo:

"Io invece continuerò a essere un cacciatore, non potrei smettere di esserlo...".

Lo stesso disse il Macho Marimba che aggiunse:

"Sono felice di alzarmi all'alba, lavarmi con acqua fredda, vedere l'alba e dopo uscire a caccia. Mi piace camminare lungo la riva del fiume, nel pascolo ardente dell'estate, per il bosco verde, giungere camminando fino alla Roca de Carballo. Mi piace osservare il cervo sulla spiaggia del fiume, o bagnarmi nell'acqua verde della pozza, mi incanta il fragore dello sparo del mio fucile e veder cadere la presa. Mi piace mangiare la carne del cervo ed appendere la sua pelle nella sala della mia casa. Amici miei, per questo ed altre molte cose, non smetterò mai di essere un cacciatore".

Allora io dissi:

"Siete stati miei compagni per molti anni, abbiamo cacciato insieme fin da bambini, e vi ho rispettato sempre. Siete nati liberi per pensare ed agire, e lo sarete sempre, io non ho facoltà per giudicare se essere un cacciatore sta bene o sta male. A me non spetta farlo. Solo la natura potrà farlo...".

"Tanto meno cercherei di cambiare la vostra personalità. Questo non solo sarebbe un errore, ma anche una suprema ingiustizia. Io e voi nascemmo liberi".

"Però sono convinto che io non voglio più cacciare. Ho imparato ad amare gli animali, capisco che loro sono perfetti, bellissimi, eterni".

"Loro rappresentano l'opera maestra della natura, vivono nel bosco senza molestare nessuno, uccidono per mangiare quando hanno fame, adornano il verde del paesaggio e riempiono di vita l'universo nostro, bevono l'acqua fresca del fiume e sono amici della pioggia, della scintilla e del tuono,

regolano la loro popolazione in forma logica e naturale. Siamo noi, gli esseri umani, quelli che alterano questo equilibrio”.

“Se il nostro sole è una stella come tutte le altre, e tutti siamo fatti della stessa materia con cui esse sono fatte, allora siamo tutti fratelli. Io mi sento fratello del coccodrillo e del giaguaro, della güiriza e dell’airone, del bosco verde e dell’albero centenario, del fiume poderoso e del mare azzurro, della luna e del sole...”.

“Sono un essere umano fratello del Negro Violeta, del Macho Marimba, delle isole del golfo e della Roca de Carballo”.

*La niña bonita
mi guarda da lontano e mi chiede sorridendo...
“Sono io la figlia del sole e della luna?
Sono io la sorella della notte e della stella?
Sono io così bella come gli aironi o come i fiori...?
Sono l’amica del vento e del gabbiano...?”.
La guardo in silenzio e rispondo:
“Sei una bambina molto bella,
che ha il suo posto nell’universo perfetto...
sei bellezza, sei intelligenza, sei parola, sei luce...
sei eterna.”*

Rimanemmo un po’ senza parlare. Si sentiva solo l’immenso silenzio della notte d’estate a fianco del mare, rotto a tratti dal mormorio delle onde e dalla attività degli uccelli notturni. Continuummo bevendo la limonata senza zucchero.

Dopo alcuni minuti ruppi il silenzio dicendo:

“Domani andremo a caccia, però non sparero’ a nessun animale. Da lì in poi, e nei giorni seguenti, andrò a camminare con Pepe Maraca e Juan Marchena, che mi hanno detto che mi accompagneranno a ricorrere il bosco e a vedere gli animali, perché voglio ammirarli e rispettarli, perché sono miei fratelli. Se fossi pittore li dipingerei come parte del paesaggio che sempre abbiamo visto da queste parti”. “Io sono parte di di quella natura che ci dà la vita”, terminai dicendo.

“Paulino, ti rispetteremo sempre come fratello e come amico; allora ci vediamo domani alle cinque del mattino?”, disse Macho Marimba.

“Sì, certo”, gli risposi.

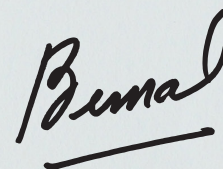
Ci stringemmo la mano, ci augurammo la buona notte ed andammo a dormire. A quell’ora saranno state già le dieci di notte passate.

Arrivai a casa e mi accostai per dormire nella quiete e il fresco della notte.

Quel silenzio immenso era solo turbato dal mormorio del mare e dagli animali selvatici.

Mi addormentai pensando a me stesso, come persona e come cacciatore.

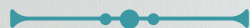
*Ti saluto cacciatore,
voglio stringerti la mano...
Verrai a vivere nel bosco,
andrai a convivere con il fiume, con l’estuario, con il mare...
vedrai l’alba e il tramonto,
camminerai per il sentiero verde,
ti bagnerai nella pozza fresca,
vedrai gli animali e gli alberi,
ti saluto cacciatore,
voglio stringerti la mano.*



Ottobre, 2013.



Respeto.



-¡El tiro es fácil Paulino, pero no dispararé!-.
-¡Quisiera comer la carne del armadillo, Paulino,
pero no puedo disparar!-.

-¡La india Juana Teresa lo puede cocinar en el anafre,
con papa y tomate y hojas de laurel y jugo de naranja dulce...!-.

-¡Lo comeríamos con cuadrado hervido
y arroz caliente...

Con chile picante picado, en jugo de limón criollo, con un poquito de sal...
Y un fresco de tamarindo con bastante azúcar...!-.

-¡El tiro es fácil Paulino, pero no dispararé!-.

-¡Debo respetarte Paulino,
tu ya no quieres matar los animales del bosque,
quieres proteger los árboles y la cuenca,
quieres evitar que ensucien el agua del río,
quieres la playa limpia...!-.

-¡Te respeto Paulino, mi hermano,
por eso no dispararé...!-.

Bernal

Octubre, 2013.



Rispetto.



"Il tiro è facile Paulino, ma non sparero!"
"Vorrei mangiare la carne dell'armadillo, Paulino,
ma non posso sparare!"

"L'india Juana Teresa lo potrebbe cuocere nella stufa,
con patate e pomodori e foglie di lauro e succo di arancia dolce!"

"Lo mangieremmo con riso caldo,
peperoncino piccante tritato
in succo di limone creolo, e un po'di sale...
e un succo di tamarindo con molto zucchero!"

"Il tiro è facile Paulino, ma non sparero!"

"Devo rispettararti Paulino,
tu non vuoi più uccidere gli animali del bosco,
vuoi proteggere gli alberi e il bacino,
vuoi evitare che sporchino l'acqua del fiume,
vuoi la spiaggia pulita!"

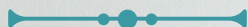
"Ti rispetto Paulino, fratello,
perciò non sparero!"

Bernal

Octobre, 2013.



Juana Teresa.



La india Juana Teresa está sentada a la mesa...
Lo mismo hacemos Pepe Maraca y yo...
Antes yo la veía tan lejos, ahora la veo tan cerca...

-¡No mataste el armadillo, Paulino...!-.
-¡Fallaste el disparo, Pepe Maraca...!-.
Nos dice Juana Teresa...

-¡Ya no mataremos más animales del bosque...!-.
Le contestó Pepe Maraca...

-¡Tú puedes matarlos por necesidad...!-.

-Sí, por estos lugares a veces hace mucha hambre...!-.
Contestó la india Juana Teresa...

Y guardó silencio...

Octubre, 2013.



Juana Teresa.



L'india Juana Teresa è seduta a tavola,
lo stesso facciamo Pepe Maraca ed io...
prima io la vedevo tanto lontana, adesso la vedo così vicina...

"Non uccidesti l'armadillo, Paulino!"
"Hai fallito il colpo, Pepe Maraca!",
ci dice Juana Teresa...

"Non uccideremo più gli animali del bosco,"
le rispose Pepe Maraca.
"Tu puoi ucciderli per bisogno!"

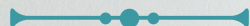
"Sì, da queste parti a volte c'è molta fame...",
rispose l'india Juana Teresa,

e rimase in silenzio.

Octobre, 2013.



El almuerzo.



A la india Juana Teresa
le cayeron del cielo diez camarones de río...
Por esos días ella tenía mucha hambre...
No tenía qué comer ni dinero para comprar comida...
Los diez camarones cayeron del cielo...

Ese día era domingo...

Los hirvió en agua con sal y gotas de limón...
Los cocinó con tomate, cebolla, tamarindo y pedacitos de coco...
Los sirvió con yuca suave y pan añejo...
Luego nos ofreció un fresco de agua con limón...

Nos invitó con la única comida que tenía...

Los cazadores, por diversión, no debíamos matar el armadillo...
Que lo matara la india Juana Teresa para comer...

Por esos días, en esos lugares,
hacía mucha hambre...

Bernal

Noviembre, 2013.



Il pranzo.



All'india Juana Teresa
caddero dal cielo dieci gamberi di fiume...
In quei giorni lei aveva molta fame...
Non aveva da mangiare né denaro per comprare il cibo...
I dieci gamberi caddero dal cielo...

Quel giorno era domenica...

Li bollì in acqua salata e gocce di limone...
Li cucinò con pomodoro, cipolla, tamarindo e pezzettini di cocco...
Li servì con yuca tenera e pane raffermo...
Dopo ci offrì un bicchiere di acqua e limone...

Ci invitò con l'unico cibo che aveva...

Noi cacciatori, per divertimento, non dovremmo uccidere l'armadillo...
Che lo uccidesse l'india Teresa per mangiare...

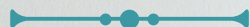
In quei giorni, da quelle parti,
c'era molta fame...

Bernal

Novembre, 2013.



¿Y entonces...?



¿Y entonces me preguntas que dónde nacieron las montañas...?

¿Me preguntas también que por qué fluyen los ríos...?

¿Piensas en el origen del mar y sus peces...?

¿Y entonces me preguntas que dónde nacieron los bosques...?

¿Me preguntas también que por qué nacieron los árboles...?

¿Piensas en el origen de la tierra y sus animales...?

¿Y entonces me preguntas que de dónde nacieron las galaxias...?

¿Me preguntas también que por qué nacieron las estrellas...?

¿Piensas en el origen de las lunas y los planetas...?

Entonces, dice Paulino, debes buscar las respuestas
en la belleza de las montañas, de los ríos, del mar y de los peces,
en los bosques, los árboles, la tierra y los animales,
en las galaxias, las estrellas, las lunas y los planetas...

Y termina diciendo Paulino,
busca las respuestas en el fondo de tu corazón...

Bernal

Noviembre, 2013.



E allora...?



E allora mi chiedi da dove nacquero le montagne?

Mi chiedi anche perché scorrono i fiumi...?

Pensi all'origine del mare e dei suoi pesci...?

E allora mi chiedi da dove nacquero i boschi...?

Mi chiedi anche perché nacquero gli alberi...?

Pensi all'origine della terra e dei suoi animali...?

E allora mi chiedi da dove nacquero le galassie...?

Mi chiedi anche perché nacquero le stelle...?

Pensi all'origine delle lune e dei pianeti...?

Allora, dice Paulino, devi cercare le risposte
nella bellezza delle montagne, dei fiumi, del mare e dei pesci,
Nei boschi, gli alberi, la terra e gli animali,
Nelle galassie, le stelle, le lune ed i pianeti...

E termina dicendo Paulino,
cerca le risposte nel fondo del tuo cuore...

Bernal

Novembre, 2013.

“Buenas noches, Paulino, ¿cómo está?”,
me preguntó el Negro Violeta.

“Linda noche, ¿verdad?”, continuó
diciendo.

“Aquí, en esta botella, traigo una
limonada sin azúcar para que tengamos
algo de tomar,” continuó diciendo, e
inmediatamente se sentó a mi lado. Lo
mismo hizo el Macho Marimba que aún
no había hablado.

Le respondí al Negro Violeta sus
preguntas y guardé silencio.

Luego nos quedamos por unos
momentos, los tres sentados en el
tronco, mirando y escuchando el ruido
de las olas que venían a descansar en la
arena de la playa.

Pasados algunos minutos, rompí el
silencio y dije:

“Ya no quiero cazar más. Mañana
iremos de cacería, pero no pienso
dispararle a ningún animal. Iré, pero
sólo quiero ver los animales de cerca.
Quiero admirarlos en todo su esplendor,
pero no dispararles. He decidido dejar
de ser un cazador.”

Del cuento: “El cazador”

“Buona sera Paulino, come stai?”, mi
chiese il Negro Violeta.

“Bella notte, vero?”, continuò.

“Quì, in questa bottiglia, ho una
limonata senza zucchero per avere
qualcosa da bere”, aggiunse, e subito
si sedette al mio lato. Lo stesso fece il
Macho Marimba che non aveva ancora
parlato.

Risposi alle domande del Negro Violeta
e rimasi in silenzio.

Restammo per qualche tempo seduti
sul tronco, guardando e ascoltando
il rumore delle onde che venivano a
riposare sulla sabbia della spiaggia.
Passati alcuni minuti, ruppi il silenzio e
dissi:

“Io non voglio più cacciare. Domani
andremo a caccia, però non ho
intenzione di sparare a nessun animale.

Andrò, ma voglio solo vedere gli
animali da vicino. Voglio ammirarli in
tutto il loro splendore, ma non sparagli.

Ho deciso di smettere di essere un
cacciatore”.

Dal racconto: “Il cacciatore”

Bumal